

| JEREMÍAS |

4

Estas son las palabras de Jeremías hijo de Jilquías. Jeremías provenía de una familia sacerdotal de Anatot, ciudad del territorio de Benjamín. La palabra del SEÑOR vino a Jeremías en el año trece del reinado de Josías hijo de Amón, rey de Judá. También vino a él durante el reinado de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, y hasta el fin del reinado de Sedequías hijo de Josías, rey de Judá; es decir, hasta el quinto mes del año undécimo de su reinado, cuando la población de Jerusalén fue deportada.

4

La palabra del SEÑOR vino a mí:

«Antes de formarte en el vientre,
ya te había elegido;
antes de que nacieras,
ya te había apartado;

te había nombrado profeta para las naciones».

Yo le respondí:

«¡Ah, SEÑOR mi Dios! ¡Soy muy joven, y no sé hablar!»

Pero el SEÑOR me dijo:

«No digas: “Soy muy joven”, porque vas a ir adondequiera que yo te envíe, y vas a decir todo lo que yo te ordene. No le temas a nadie, que yo estoy contigo para librarte». Lo afirma el SEÑOR.

Luego extendió el SEÑOR la mano y, tocándome la boca, me dijo:

«He puesto en tu boca mis palabras. Mira, hoy te doy autoridad sobre naciones y reinos,

»para arrancar y derribar,
para destruir y demoler,
para construir y plantar».

La palabra del SEÑOR vino a mí, y me dijo:

«¿Qué es lo que ves, Jeremías?»

«Veo una rama de almendro», respondí.

«Has visto bien —dijo el SEÑOR—, porque yo estoy alerta para que se cumpla mi palabra».

La palabra del SEÑOR vino a mí por segunda vez, y me dijo:

«¿Qué es lo que ves?»

«Veo una olla que hierve y se derrama desde el norte», respondí.

Entonces el SEÑOR me dijo:

«Desde el norte se derramará la calamidad sobre todos los habitantes del país. Yo estoy por convocar a todas las tribus de los reinos del norte —afirma el SEÑOR—.

»Vendrán, y cada uno pondrá su trono

a la entrada misma de Jerusalén;
 vendrán contra todos los muros que la rodean,
 y contra todas las ciudades de Judá.
 Yo dictaré sentencia contra mi pueblo,
 por toda su maldad,
 porque me han abandonado;
 han quemado incienso a otros dioses,
 y han adorado las obras de sus manos.

»Pero tú, ¡preparate! Ve y diles todo lo que yo te ordene. No temas ante ellos, pues de lo contrario yo haré que sí les temas. Hoy te he puesto como ciudad fortificada, como columna de hierro y muro de bronce, contra todo el país, contra los reyes de Judá, contra sus autoridades y sus sacerdotes, y contra la gente del país. Pelearán contra ti, pero no podrán vencerte, porque yo estoy contigo para librarte», afirma el SEÑOR.

3

La palabra del SEÑOR vino a mí: «Ve y proclama a oídos de Jerusalén que así dice el SEÑOR:

»“Recuerdo el amor de tu juventud,
 tu cariño de novia,
 cuando me seguías por el desierto,
 por tierras no cultivadas.
 Israel estaba consagrada al SEÑOR,
 era las primicias de su cosecha;
 todo el que comía de ella sufría las consecuencias,
 les sobrevenía la calamidad”»,
 afirma el SEÑOR.

¡Escuchen la palabra del SEÑOR, descendientes de Jacob,
 tribus todas del pueblo de Israel!

Así dice el SEÑOR:

«¿Qué injusticia vieron en mí sus antepasados,
 que se alejaron tanto de mí?
 Se fueron tras lo que nada vale,
 y en nada se convirtieron.
 Nunca preguntaron:
 “¿Dónde está el SEÑOR
 que nos hizo subir de Egipto,
 que nos guió por el desierto,
 por tierra árida y accidentada,
 por tierra reseca y tenebrosa,
 por tierra que nadie transita
 y en la que nadie vive?”
 Yo los traje a una tierra fértil,
 para que comieran de sus frutos

y de su abundancia.

Pero ustedes vinieron y contaminaron mi tierra;
hicieron de mi heredad algo abominable.

Nunca preguntaron los sacerdotes:

“¿Dónde está el SEÑOR?”

Los expertos en la ley jamás me conocieron;

los pastores se rebelaron contra mí,

los profetas hablaron en nombre de Baal
y se fueron tras dioses que para nada sirven.

Por eso, aún voy a entablar un litigio contra ustedes,
y también litigaré contra los hijos de sus hijos

—afirma el SEÑOR—.

»Crucen a las costas de Chipre, y miren;
envíen mensajeros a Cedar, e infórmense bien;
fíjense si ha sucedido algo semejante:

¿Hay alguna nación que haya cambiado de dioses,
a pesar de que no son dioses?

¡Pues mi pueblo ha cambiado al que es su gloria,
por lo que no sirve para nada!

¡Espántense, cielos, ante esto!

¡Tiemblen y queden horrorizados!

—afirma el SEÑOR—.

»Dos son los pecados
que ha cometido mi pueblo:

Me han abandonado a mí,
fuente de agua viva,

y han cavado sus propias cisternas,
cisternas rotas que no retienen agua.

¿Acaso es Israel un esclavo?

¿Nació en la esclavitud?

¿Por qué entonces lo saquean?

Los leones rugieron contra él,
lanzaron fuertes gruñidos.

Dejaron desolado su país,
sus ciudades fueron incendiadas,

y ya nadie las habita.

»Para colmo de males,
los de Menfis y los de Tafnes
te raparon la cabeza.

¿No te ha pasado todo esto
por haber abandonado al SEÑOR tu Dios,
mientras él te guiaba por el camino?

Y ahora, ¿qué sacas con ir a Egipto
a beber agua del Nilo?

¿Qué sacas con ir a Asiria

a beber agua del Éufrates?
 Tu maldad te castigará,
 tu infidelidad te recriminará.
 Ponte a pensar cuán malo y amargo
 es abandonar al SEÑOR tu Dios
 y no sentir temor de mí
 —afirma el Señor, el SEÑOR Todopoderoso—.

»Desde hace mucho quebraste el yugo;
 te quitaste las ataduras
 y dijiste: “¡No quiero servirte!”
 Sobre toda colina alta,
 y bajo todo árbol frondoso,
 te entregaste a la prostitución.
 Yo te planté, como vid selecta,
 con semilla genuina.
 ¿Cómo es que te has convertido
 en una vid degenerada y extraña?
 Aunque te laves con lejía,
 y te frotes con mucho jabón,
 ante mí seguirá presente
 la mancha de tu iniquidad
 —afirma el SEÑOR omnipotente—.

»¿Cómo puedes decir:
 “No me he contaminado,
 ni me he ido tras los baales”?
 ¡Considera tu conducta en el valle!
 ¡Reconoce lo que has hecho!
 ¡Camella ligera de cascos,
 que no puedes quedarte quieta!
 ¡Asna salvaje que tiras al monte!
 Cuando ardes en deseos, olfateas el viento;
 cuando estás en celo, no hay quien te detenga.
 Ningún macho que te busque tiene que fatigarse:
 cuando estás en celo, fácilmente te encuentra.
 »No andes con pies descalzos, que te lastimas,
 ni dejes que la garganta se te reseque.
 Pero tú insistes: “¡No tengo remedio!
 Amo a dioses extraños, y tras ellos me iré”.

»El pueblo de Israel se avergonzará,
 junto con sus reyes y autoridades,
 sacerdotes y profetas,
 como se avergüenza el ladrón cuando lo descubren.
 A un trozo de madera le dicen:
 “Tú eres mi padre”,
 y a una piedra le repiten:

“Tú me has dado a luz”.

Me han vuelto la espalda;
no quieren darme la cara.

Pero les llega la desgracia y me dicen:

“¡Levántate y sálvanos!”

¿Dónde están, Judá, los dioses que te fabricaste?

¡Tienes tantos dioses como ciudades!

¡Diles que se levanten!

¡A ver si te salvan cuando caigas en desgracia!

»¿Por qué litigan conmigo?

Todos ustedes se han rebelado contra mí

—afirma el SEÑOR—.

»En vano castigo a mi pueblo,

pues rechaza mi corrección.

Cual si fuera un león feroz,

la espada de ustedes devoró a sus profetas.

»Pero ustedes, los de esta generación, presten atención a la palabra del SEÑOR:

¿Acaso he sido para Israel
un desierto o una tierra tenebrosa?

¿Por qué dice mi pueblo:

“Somos libres, nunca más volveremos a ti”?

¿Acaso una joven se olvida de sus joyas,
o una novia de su atavío?

¡Pues hace muchísimo tiempo
que mi pueblo se olvidó de mí!

¡Qué mañosa eres
para conseguir amantes!

¡Hasta las malas mujeres
han aprendido de ti!

Tienes la ropa manchada de sangre,
de sangre de gente pobre e inocente,
a los que nunca sorprendiste robando.

Por todo esto te voy a juzgar:

por alegar que no has pecado,

por insistir en tu inocencia,

por afirmar: “¡Dios ya no está enojado conmigo!”

¡Con qué ligereza cambias de parecer!

Pues también Egipto te defraudará,
como te defraudó Asiria.

Saldrás de allí con las manos en la nuca,
porque el SEÑOR ha rechazado
a aquellos en quienes confías,
y no prosperarás con ellos.

»Supongamos que un hombre se divorcia de su mujer, y que ella lo deja para casarse con otro. ¿Volvería el primero a casarse con ella? ¡Claro que no! Semejante acción contaminaría por completo la tierra. Pues bien, tú te has prostituido con muchos amantes, y ya no podrás volver a mí —afirma el SEÑOR—.

»Fíjate bien en esas lomas estériles:
 ¡Dónde no se han acostado contigo!
 Como un beduino en el desierto,
 te sentabas junto al camino,
 a la espera de tus amantes.
 Has contaminado la tierra
 con tus infames prostituciones.
 Por eso se demoraron las lluvias,
 y no llegaron los aguaceros de primavera.
 Tienes el descaro de una prostituta;
 ¡no conoces la vergüenza!
 No hace mucho me llamabas:
 “Padre mío, amigo de mi juventud,
 ¿vas a estar siempre enojado?
 ¿Guardarás rencor eternamente?”
 Y mientras hablabas,
 hacías todo el mal posible».

3

Durante el reinado del rey Josías el SEÑOR me dijo: «¿Has visto lo que ha hecho Israel, la infiel? Se fue a todo monte alto, y allí, bajo todo árbol frondoso, se prostituyó. Yo pensaba que después de hacer todo esto ella volvería a mí. Pero no lo hizo. Esto lo vio su hermana, la infiel Judá, y vio también que yo había repudiado a la apóstata Israel, y que le había dado carta de divorcio por todos los adulterios que había cometido. No obstante, su hermana, la infiel Judá, no tuvo ningún temor, sino que también ella se prostituyó.

»Como Israel no tuvo ningún reparo en prostituirse, contaminó la tierra y cometió adulterio al adorar ídolos de piedra y de madera. A pesar de todo esto, su hermana, la infiel Judá, no se volvió a mí de todo corazón, sino que solo fingió volverse», afirma el SEÑOR.

El SEÑOR me dijo: «La apóstata Israel ha resultado ser más justa que la infiel Judá. Ve al norte y proclama este mensaje:

»“¡Vuelve, apóstata Israel!
 No te miraré con ira
 —afirma el SEÑOR—.
 No te guardaré rencor para siempre,
 porque soy misericordioso
 —afirma el SEÑOR—.
 Tan solo reconoce tu culpa,
 y que te rebelaste contra el SEÑOR tu Dios.
 Bajo todo árbol frondoso
 has brindado a dioses extraños tus favores,

y no has querido obedecerme”

—afirma el SEÑOR—.

»¡Vuélvanse a mí, apóstatas —afirma el SEÑOR—, porque yo soy su esposo! De ustedes tomaré uno de cada ciudad y dos de cada familia, y los traeré a Sión. Les daré pastores que cumplan mi voluntad, para que los guíen con sabiduría y entendimiento.

»En aquellos días, cuando ustedes se hayan multiplicado y sean numerosos en el país, ya no se dirá más: “Arca del pacto del SEÑOR”. Nadie pensará más en ella ni la recordará; nadie la echará de menos ni volverá a fabricarla —afirma el SEÑOR—.

»En aquel tiempo llamarán a Jerusalén: “Trono del SEÑOR”. Todas las naciones se reunirán en Jerusalén para honrar el nombre del SEÑOR, y ya no volverán a obedecer ciegamente a su malvado corazón.

»En aquellos días la tribu de Judá se unirá al pueblo de Israel, y juntos vendrán del país del norte, a la tierra que di como herencia a sus antepasados.

»Yo mismo dije:

»“¡Cómo quisiera tratarte como a un hijo,
y darte una tierra codiciable,
la heredad más hermosa de las naciones!”

Yo creía que me llamarías “Padre mío”,
y que nunca dejarías de seguirme.

Pero tú, pueblo de Israel,
me has sido infiel
como una mujer infiel a su esposo»,

afirma el SEÑOR.

Se escucha un grito en las lomas estériles,
la súplica angustiada del pueblo de Israel,
porque han pervertido su conducta,
se han olvidado del SEÑOR su Dios.

«¡Vuélvanse, apóstatas,
y los curaré de su infidelidad!»

«Aquí estamos, a ti venimos,
porque tú eres el SEÑOR nuestro Dios.

Ciertamente son un engaño las colinas,
y una mentira el estruendo sobre las montañas.

Ciertamente en el SEÑOR nuestro Dios
está la salvación de Israel.

Desde nuestra juventud, la vergonzosa idolatría
se ha engullido el esfuerzo de nuestros antepasados:
sus rebaños y su ganado,
sus hijos y sus hijas.

¡Acostémonos en nuestra vergüenza,
y que nos cubra nuestra desgracia!

¡Nosotros y nuestros antepasados
hemos pecado contra el SEÑOR nuestro Dios!

Desde nuestra juventud y hasta el día de hoy,
no hemos obedecido al SEÑOR nuestro Dios».

«Israel, si piensas volver,
 vuélvete a mí
 —afirma el SEÑOR—.

Si quitas de mi vista tus ídolos abominables
 y no te alejas de mí,
 si con fidelidad, justicia y rectitud
 juras: “Por la vida del SEÑOR”,
 entonces “en él serán benditas las naciones,
y en él se gloriarán”».

Así dice el SEÑOR
 a los habitantes de Judá y de Jerusalén:
 «Abran surcos en terrenos no labrados,
 y no siembren entre espinos.
 Habitantes de Judá y de Jerusalén,
 marquen su corazón con la señal del pacto:
 circuncídense para honrar al SEÑOR,
 no sea que por la maldad de sus obras
 mi furor se encienda como el fuego
 y arda sin que nadie pueda apagarlo.

2

»¡Anúncienlo en Judá,
 proclámenlo en Jerusalén!
 ¡Toquen la trompeta por todo el país!
 Griten a voz en cuello:
 “¡Reúnanse y entremos
 en las ciudades fortificadas!”
 Señalen a Sión con la bandera;
 ¡busquen refugio, no se detengan!
 Porque yo traigo del norte
 calamidad y gran destrucción.
 Un león ha salido del matorral,
 un destructor de naciones se ha puesto en marcha;
 ha salido de su lugar de origen
 para desolar tu tierra;
 tus ciudades quedarán en ruinas
 y totalmente despobladas.
 Por esto, vístanse de luto,
 láméntense y giman,
 porque la ardiente ira del SEÑOR
no se ha apartado de nosotros.

»En aquel día desfallecerá
 el corazón del rey y de los jefes;

los sacerdotes se llenarán de pánico
y los profetas quedarán atónitos»,
afirma el SEÑOR.

Yo dije: «¡Ah, SEÑOR mi Dios,
cómo has engañado a este pueblo y a Jerusalén!
Dijiste: “Tendrán paz”,
pero tienen la espada en el cuello».

En aquel tiempo se les dirá
a este pueblo y a Jerusalén:
«Desde las estériles lomas del desierto
sopla un viento abrasador
en dirección a la capital de mi pueblo.
No es el viento que sirve para aventar
ni para limpiar el trigo;
el viento que haré venir
es demasiado fuerte para eso,
porque yo mismo
dictaré sentencia contra ellos».

¡Mírenlo avanzar como las nubes!
¡Sus carros de guerra parecen un huracán!
¡Sus caballos son más veloces que las águilas!
¡Ay de nosotros! ¡Estamos perdidos!
Jerusalén, limpia de maldad tu corazón
para que seas salvada.

¿Hasta cuándo hallarán lugar en ti
los pensamientos perversos?
Una voz anuncia desgracia
desde Dan y desde las colinas de Efraín.

«Adviertan a las naciones,
proclámenlo contra Jerusalén:
“De lejanas tierras vienen sitiadores
lanzando gritos de guerra
contra las ciudades de Judá”.

La rodean como quien cuida un campo,
porque ella se rebeló contra mí
—afirma el SEÑOR—.

Tu conducta y tus acciones
te han causado todo esto.

Esta es tu desgracia. ¡Qué amarga es!
¡Cómo te ha calado en el propio corazón!»

¡Qué angustia, qué angustia!
¡Me retuerzo de dolor!
Mi corazón se agita. ¡Ay, corazón mío!
¡No puedo callarme!
Puedo escuchar el toque de trompeta

y el grito de guerra.
Un desastre llama a otro desastre;
todo el país está devastado.
De repente fueron destruidos
los pabellones y las carpas donde habito.
¿Hasta cuándo tendré que ver la bandera
y escuchar el toque de la trompeta?

«Mi pueblo es necio,
no me conoce;
son hijos insensatos
que no tienen entendimiento.
Son hábiles para hacer el mal;
no saben hacer el bien».

Miré a la tierra, y era un caos total;
miré a los cielos, y todo era tinieblas.
Miré a las montañas, y estaban temblando;
¡se sacudían todas las colinas!
Miré, y no quedaba nadie;
habían huido todas las aves del cielo.
Miré, y la tierra fértil era un desierto;
yacían en ruinas todas las ciudades,
por la acción del SEÑOR,
por causa de su ardiente ira.

Así dice el SEÑOR:

«Todo el país quedará desolado,
pero no lo destruiré por completo.
Por eso el país estará de luto,
y los altos cielos se oscurecerán,
pues ya lo dije, y no me retractaré;
lo he decidido, y no me volveré atrás».

Ante el ruido de arqueros y jinetes
huye toda la ciudad.
Algunos se meten en los matorrales,
otros trepan por los peñascos.
Toda la ciudad queda abandonada;
¡no queda un solo habitante!

¿Qué piensas hacer, ciudad devastada?
¿Para qué te vistes de púrpura?
¿Para qué te pones joyas de oro?
¿Para qué te maquillas los ojos?
En vano te embelleces,
pues tus amantes te desprecian;
solo buscan tu muerte.

Oigo gritos como de parturienta,
gemidos como de primeriza.
Son los gemidos de la bella Sión,
que respira con dificultad;
que extiende los brazos y dice:
«¡Ay de mí, que desfallezco!
¡Estoy en manos de asesinos!»

2

«Recorran las calles de Jerusalén,
observen con cuidado,
busquen por las plazas.
Si encuentran una sola persona
que practique la justicia y busque la verdad,
yo perdonaré a esta ciudad.
Aunque juran: “Por la vida del SEÑOR”,
de hecho juran en falso».

SEÑOR, ¿acaso no buscas tus ojos la verdad?
Golpeaste a esa gente, y no les dolió,
acabaste con ellos, y no quisieron ser corregidos.
Endurecieron su rostro más que una roca,
y no quisieron arrepentirse.
Entonces pensé: «Así es la plebe;
siempre actúan como necios,
porque no conocen el camino del SEÑOR
ni las demandas de su Dios.
Me dirigiré a los líderes
y les hablaré;
porque ellos sí conocen el camino del SEÑOR
y las demandas de su Dios».
Pero ellos también quebrantaron el yugo
y rompieron las ataduras.
Por eso los herirá el león de la selva
y los despedazará el lobo del desierto;
frente a sus ciudades está el leopardo al acecho,
y todo el que salga de ellas será despedazado,
pues son muchas sus rebeliones
y numerosas sus infidelidades.

«¿Por qué habré de perdonarte?
Tus hijos me han abandonado,
han jurado por los que no son dioses.
Cuando suplí sus necesidades,
ellos cometieron adulterio
y en tropel se volcaron a los prostíbulos.
Son como caballos bien cebados y fogosos;
todos relinchan por la mujer ajena.

¿Y no los he de castigar por esto?

—afirma el SEÑOR—.

¿Acaso no he de vengarme de semejante nación?

»Suban por los surcos de esta viña
y arrásenla, pero no acaben con ella.

Arránquenle sus sarmientos,
porque no son del SEÑOR.

Pues las casas de Israel y de Judá
me han sido más que infieles»,

afirma el SEÑOR.

Ellas han negado al SEÑOR,
y hasta dicen: «¡Dios no existe!

Ningún mal vendrá sobre nosotros,
no sufriremos guerras ni hambre».

Los profetas son como el viento:
la palabra del SEÑOR no está en ellos.

¡Que así les suceda!

Por eso, así dice el SEÑOR,
el Dios Todopoderoso:

«Por cuanto el pueblo ha hablado así,
mis palabras serán como fuego en tu boca,
y este pueblo, como un montón de leña.

Ese fuego los consumirá.

»Pueblo de Israel,
voy a traer contra ustedes una nación lejana,
una nación fuerte y antigua,
una nación cuyo idioma no conocen,
cuyo lenguaje no entienden
—afirma el SEÑOR—.

Todos ellos son guerreros valientes;
sus flechas presagian la muerte.

Acabarán con tu cosecha y tu alimento,
devorarán a tus hijos e hijas,
matarán a tus rebaños y ganados,
y destruirán tus viñas y tus higueras.

Tus ciudades fortificadas,
en las que pusiste tu confianza,
serán pasadas a filo de espada.

»Sin embargo, aun en aquellos días no los destruiré por completo —afirma el SEÑOR—. Y cuando te pregunten: “¿Por qué el SEÑOR, nuestro Dios, nos ha hecho todo esto?”; tú les responderás: “Así como ustedes me han abandonado y en su propia tierra han servido a dioses extranjeros, así también en tierra extraña servirán a gente extranjera”.

»Anuncien esto entre los descendientes de Jacob

y proclámenlo en Judá:

Escucha esto, pueblo necio e insensato,
que tiene ojos pero no ve,
que tiene oídos pero no oye.

¿Acaso has dejado de temerme?
—afirma el SEÑOR—.

¿No debieras temblar ante mí?

Yo puse la arena como límite del mar,
como frontera perpetua e infranqueable.

Aunque se agiten sus olas,
no podrán prevalecer;

aunque bramen,
no franquearán esa frontera.

Pero este pueblo tiene un corazón terco y rebelde;
se ha descarriado, ha sido infiel.

No reflexionan ni dicen:

“Temamos al SEÑOR, nuestro Dios,
quien a su debido tiempo nos da lluvia,
las lluvias de otoño y primavera,
y nos asegura las semanas señaladas
para la cosecha”.

Las iniquidades de ustedes
les han quitado estos beneficios;
sus pecados los han privado
de estas bendiciones.

Sin duda en mi pueblo hay malvados,
que están al acecho como cazadores de aves,
que ponen trampas para atrapar a la gente.

Como jaulas llenas de pájaros,
llenas de engaño están sus casas;
por eso se han vuelto poderosos y ricos,
gordos y pedantes.

Sus obras de maldad no tienen límite:
no le hacen justicia al huérfano,
para que su causa prospere;
ni defienden tampoco
el derecho de los menesterosos.

¿Y no los he de castigar por esto?

¿No he de vengarme de semejante nación?

—afirma el SEÑOR—.

»Algo espantoso y terrible
ha ocurrido en este país.

Los profetas profieren mentiras,
los sacerdotes gobiernan a su antojo,
¡y mi pueblo tan campante!

Pero, ¿qué van a hacer ustedes

cuando todo haya terminado?

2

»¡Huyan de Jerusalén, benjaminitas!
 ¡Toquen la trompeta en Tecoa!
 ¡Levanten señal en Bet Haqueren!
 Una desgracia, una gran destrucción,
 nos amenaza desde el norte.
 Estoy por destruir a Sión,
 tan hermosa y delicada.
 Los pastores y sus rebaños vienen contra ella:
 acampan a su alrededor,
 y cada uno escoge su pastizal».

«¡Prepárense para pelear contra ella!
 ¡Ataquémosla a plena luz del día!
 Pero, ¡ay de nosotros, que el día se acaba
 y se alargan las sombras de la noche!
 ¡Vamos, ataquémosla de noche,
 y destruyamos sus fortalezas!»

Así dice el SEÑOR Todopoderoso:

«¡Talen árboles
 y levanten una rampa contra Jerusalén!
 Esta ciudad debe ser castigada,
 pues en ella no hay más que opresión.
 Como agua que brota de un pozo,
 así brota de Jerusalén la maldad.
 En ella se oye de violencia y destrucción;
 no veo otra cosa que enfermedades y heridas.
 ¡Escarmienta, Jerusalén,
 para que no me aparte de ti!
 De lo contrario, te convertiré en desolación,
 en una tierra inhabitable».

Así dice el SEÑOR Todopoderoso:

«Busquen al remanente de Israel.
 Rebusquen, como en una viña;
 repasen los sarmientos,
 como lo hace el vendimiador».

¿A quién le hablaré?
 ¿A quién le advertiré?
 ¿Quién podrá escucharme?
 Tienen tapados los oídos
 y no pueden comprender.
 La palabra del SEÑOR los ofende;
 detestan escucharla.

Pero yo estoy lleno de la ira del SEÑOR,
y ya no puedo contenerme.

«Derrama tu ira sobre los niños de la calle,
sobre los grupos de jóvenes,
porque serán apresados el marido y la mujer,
la gente madura y la entrada en años.
Sus casas, sus campos y sus mujeres
caerán en manos extrañas,
porque yo voy a extender mi mano
contra los habitantes del país
—afirma el SEÑOR—.

»Desde el más pequeño hasta el más grande,
todos codician ganancias injustas;
desde el profeta hasta el sacerdote,
todos practican el engaño.
Curan por encima la herida de mi pueblo,
y les desean: “¡Paz, paz!”
cuando en realidad no hay paz.
¿Acaso se han avergonzado
de la abominación que han cometido?
¡No, no se han avergonzado de nada,
ni saben siquiera lo que es la vergüenza!
Por eso, caerán con los que caigan;
cuando los castigue, serán derribados»,
dice el SEÑOR.

Así dice el SEÑOR:

«Deténganse en los caminos y miren;
pregunten por los senderos antiguos.
Pregunten por el buen camino,
y no se aparten de él.
Así hallarán el descanso anhelado.
Pero ellos dijeron:
“No lo seguiremos”.
Yo aposté centinelas para ustedes, y dije:
“Presten atención al toque de trompeta”.
Pero ellos dijeron:
“No prestaremos atención”.
Por eso, ¡escuchen, naciones!
¡Sepa la congregación lo que le espera!
Escucha, tierra:
Traigo sobre este pueblo una desgracia,
fruto de sus maquinaciones,
porque no prestaron atención a mis palabras,
sino que rechazaron mi enseñanza.
¿De qué me sirve este incienso que llega de Sabá,

o la caña dulce de un país lejano?
 Sus holocaustos no me gustan;
sus sacrificios no me agradan».

Por eso, así dice el SEÑOR:

«Voy a ponerle obstáculos a este pueblo.
 Padres e hijos tropezarán contra ellos,
vecinos y amigos perecerán».

Así dice el SEÑOR:

«¡Miren! Del norte viene un ejército;
 una gran nación se moviliza
 desde los confines de la tierra.
 Empuñan el arco y la lanza;
 son crueles y no tienen compasión.
 Lanzan gritos como bramidos del mar,
 y cabalgan sobre sus corceles.
 ¡Vienen contra ti, hija de Sión,
listos para la batalla!»

Nos ha llegado la noticia,
 y nuestras manos flaquean;
 la angustia nos domina,
 como si tuviéramos dolores de parto.
 ¡Viene el enemigo armado con espada!
 No salgan al campo,
 ni transiten por los caminos.
 ¡Hay terror por todas partes!
 Vístete de luto, pueblo mío;
 revuélcate en las cenizas.
 Lloro amargamente,
 como lo harías por tu primogénito,
 porque nos cae por sorpresa
el que viene a destruirnos.

«Te he puesto entre mi pueblo
 como vigía y atalaya,
 para que escudriñes
 y examines su conducta.
 Todos ellos son muy rebeldes,
 y andan sembrando calumnias;
 sean de bronce o de hierro,
 todos son unos corruptos.
 Los fuelles soplan con furor,
 y el plomo se derrite en el fuego,
 pero los malvados no se purifican;
 ¡de nada sirve que se les refine!
 Por eso se les llama “Escoria de la plata”:

¡para el SEÑOR son un desecho!»

3

Esta es la palabra que vino a Jeremías de parte del SEÑOR: «Párate a la entrada de la casa del SEÑOR, y desde allí proclama este mensaje: ¡Escuchen la palabra del SEÑOR, todos ustedes, habitantes de Judá que entran por estas puertas para adorar al SEÑOR! Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Enmienden su conducta y sus acciones, y yo los dejaré seguir viviendo en este país. No confíen en esas palabras engañosas que repiten: ‘Este es el templo del SEÑOR, el templo del SEÑOR, el templo del SEÑOR!’ Si en verdad enmiendan su conducta y sus acciones, si en verdad practican la justicia los unos con los otros, si no oprimen al extranjero ni al huérfano ni a la viuda, si no derraman sangre inocente en este lugar, ni siguen a otros dioses para su propio mal, entonces los dejaré seguir viviendo en este país, en la tierra que di a sus antepasados para siempre.

»“;Pero ustedes confían en palabras engañosas, que no tienen validez alguna! Roban, matan, cometen adulterio, juran en falso, queman incienso a Baal, siguen a otros dioses que jamás conocieron, ¡y vienen y se presentan ante mí en esta casa que lleva mi nombre, y dicen: ‘Estamos a salvo’, para luego seguir cometiendo todas estas abominaciones! ¿Creen acaso que esta casa que lleva mi nombre es una cueva de ladrones? ¡Pero si yo mismo lo he visto! —afirma el SEÑOR—.

»“Vayan ahora a mi santuario en Siló, donde al principio hice habitar mi nombre, y vean lo que hice con él por culpa de la maldad de mi pueblo Israel. Y ahora, puesto que ustedes han hecho todas estas cosas —afirma el SEÑOR—, y puesto que una y otra vez les he hablado y no me han querido escuchar, y puesto que los he llamado y no me han respondido, lo mismo que hice con Siló haré con esta casa, que lleva mi nombre y en la que ustedes confían, y con el lugar que les di a ustedes y a sus antepasados. Los echaré de mi presencia, así como eché a todos sus hermanos, a toda la descendencia de Efraín”.

»Pero en cuanto a ti, Jeremías, no intercedas por este pueblo. No me ruegues ni me supliques por ellos. No me insistas, porque no te escucharé. ¿Acaso no ves lo que hacen en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén? Los niños juntan la leña, los padres encienden el fuego, y las mujeres hacen la masa para cocer tortas y ofrecérselas a la “reina del cielo”. Además, para ofenderme derraman libaciones a otros dioses. Pero no es a mí al que ofenden —afirma el SEÑOR—. Más bien se ofenden a sí mismos, para su propia vergüenza.

»Por eso, así dice el SEÑOR omnipotente: “Descargaré mi enojo y mi furor sobre este lugar: sobre los hombres y los animales, sobre los árboles del campo y los frutos de la tierra, ¡y arderá mi enojo y no se apagará!”

»Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “¡Junten sus holocaustos con sus sacrificios, y cómanse la carne! En verdad, cuando yo saqué de Egipto a sus antepasados, no les dije nada ni les ordené nada acerca de holocaustos y sacrificios. Lo que sí les ordené fue lo siguiente: ‘Obedézcanme. Así yo seré su Dios, y ustedes serán mi pueblo. Condúzcanse conforme a todo lo que yo les ordene, a fin de que les vaya bien’. Pero ellos no me obedecieron ni me prestaron atención, sino que siguieron los consejos de su terco y malvado corazón. Fue así como, en vez de avanzar, retrocedieron. Desde el día en que sus antepasados salieron de Egipto hasta ahora, no he dejado de enviarles, día tras día, a mis servidores los profetas. Con todo, no me obedecieron ni me prestaron atención, sino que se obstinaron y fueron peores que sus antepasados”.

»Tú les dirás todas estas cosas, pero no te escucharán. Los llamarás, pero no te responderán. Entonces les dirás: “Esta es la nación que no ha obedecido la voz del SEÑOR su Dios, ni ha aceptado su corrección. La verdad ha muerto, ha sido arrancada de su boca.

»“Córtate la cabellera, y tírala;
eleva tu lamento en las lomas desoladas,
porque el SEÑOR ha rechazado y abandonado
a la generación que provocó su ira.

2

»“La gente de Judá ha hecho el mal que yo detesto —afirma el SEÑOR—. Han profanado la casa que lleva mi nombre al instalar allí sus ídolos abominables. Además, construyeron el santuario pagano de Tofet, en el valle de Ben Hinón, para quemar a sus hijos y a sus hijas en el fuego, cosa que jamás ordené ni me pasó siquiera por la mente. Por eso llegarán días —afirma el SEÑOR—, cuando ya no lo llamarán más Tofet ni Valle de Ben Hinón, sino Valle de la Matanza; y a falta de otro lugar, en Tofet enterrarán a sus muertos. Los cadáveres de este pueblo servirán de comida a las aves del cielo y a los animales de la tierra, y no habrá quien los espante. Haré que en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén se apaguen los gritos de alegría, las voces de júbilo, y los cánticos del novio y de la novia, porque el país se convertirá en desolación.

»“En aquel tiempo —afirma el SEÑOR—, se exhumarán los huesos de los reyes y de los jefes de Judá, de los sacerdotes y de los profetas, y de los habitantes de Jerusalén. Quedarán expuestos al sol y a la luna, y a todas las estrellas del cielo, cuerpos celestes a los que ellos amaron, sirvieron, consultaron y adoraron. No se les recogerá ni se les enterrará; ¡como estiércol quedarán sobre la faz de la tierra! En todos los lugares por donde yo disperse a los sobrevivientes de esta nación malvada, los que hayan quedado preferirán la muerte a la vida. Lo afirma el SEÑOR Todopoderoso”.

2

»Pero tú les advertirás que así dice el SEÑOR:

»“Cuando los hombres caen,
¿acaso no se levantan?
Cuando uno se desvía,
¿acaso no vuelve al camino?
¿Por qué entonces este pueblo se ha desviado?
¿Por qué persiste Jerusalén en su apostasía?
Se aferran al engaño,
y no quieren volver a mí.
He escuchado con suma atención,
para ver si alguien habla con rectitud,
pero nadie se arrepiente de su maldad;
nadie reconoce el mal que ha hecho.
Todos siguen su loca carrera,
como caballos desbocados en combate.
Aun la cigüeña en el cielo

conoce sus estaciones;
la tórtola, la golondrina y la grulla
saben cuándo deben emigrar.

Pero mi pueblo no conoce

las leyes del SEÑOR.

»"¿Cómo se atreven a decir:
'Somos sabios; la ley del SEÑOR nos apoya,'
si la pluma engañosa de los escribas
la ha falsificado?

Los sabios serán avergonzados,
serán atrapados y abatidos.

Si han rechazado la palabra del SEÑOR,
¿qué sabiduría pueden tener?

Por eso entregaré sus mujeres a otros hombres,
y sus campos a otros dueños.

Porque desde el más pequeño hasta el más grande,
todos codician ganancias injustas;
desde el profeta hasta el sacerdote,
todos practican el engaño.

Curan por encima la herida de mi pueblo,
y les desean: '¡Paz, paz!'
cuando en realidad no hay paz.

¿Acaso se han avergonzado
de la abominación que han cometido?

¡No, no se han avergonzado de nada,
y ni siquiera saben lo que es la vergüenza!

Por eso, caerán con los que caigan;
cuando los castigue, serán derribados

—dice el SEÑOR—.

»"Cuando quiero cosechar
—afirma el SEÑOR—,

no encuentro uvas en la viña,
ni hay higos en la higuera;
sus hojas están marchitas.

¡Voy, pues, a quitarles
lo que les he dado!"»

«¿Qué hacemos aquí sentados?
¡Vengan, y vámonos juntos a las ciudades fortificadas
para morir allí!

El SEÑOR nuestro Dios nos está destruyendo.
Nos ha dado a beber agua envenenada,
porque hemos pecado contra él.

Esperábamos paz,
pero no llegó nada bueno.
Esperábamos un tiempo de salud,

pero solo nos llegó el terror.
 Desde Dan se escucha
 el resoplar de sus caballos;
 cuando relinchan sus corceles,
 tiembla toda la tierra.

Vienen a devorarse el país,
 y todo lo que hay en él,
la ciudad y todos sus habitantes».

«¡Miren! Estoy lanzando contra ustedes
 serpientes venenosas que los morderán,
 y contra ellas no hay encantamiento»,
afirma el SEÑOR.

La aflicción me abruma;
 mi corazón desfallece.
 El clamor de mi pueblo se levanta
 desde todos los rincones del país:
 «¿Acaso no está el SEÑOR en Sión?
¿No está allí su rey?»

«¿Por qué me provocan con sus ídolos,
con sus dioses inútiles y extraños?»

«Pasó la cosecha, se acabó el verano,
y nosotros no hemos sido salvados».

Por la herida de mi pueblo estoy herido;
 estoy de luto, el terror se apoderó de mí.
 ¿No queda bálsamo en Galaad?
 ¿No queda allí médico alguno?
 ¿Por qué no se ha restaurado
la salud de mi pueblo?

¡Ojalá mi cabeza fuera un manantial,
 y mis ojos una fuente de lágrimas,
 para llorar de día y de noche
 por los muertos de mi pueblo!
 ¡Ojalá tuviera yo en el desierto
 una posada junto al camino!
 Abandonaría a mi pueblo,
 y me alejaría de ellos.
 Porque todos ellos son adúlteros,
 son una banda de traidores.
 «Tensan su lengua como un arco;
 en el país prevalece la mentira, no la verdad,
 porque van de mal en peor,
 y a mí no me conocen
 —afirma el SEÑOR—.
 Cúidese cada uno de su amigo,

no confíe ni siquiera en el hermano,
 porque todo hermano engaña,
 y todo amigo difama.

Se engañan unos a otros;
 no se hablan con la verdad.

Han enseñado sus lenguas a mentir,

y pecan hasta el cansancio.

«Tú, Jeremías, vives en medio de engañadores,
 que por su engaño no quieren reconocerte»,
afirma el SEÑOR.

Por eso, así dice el SEÑOR Todopoderoso:

«Voy a refinarlos, a ponerlos a prueba.
 ¿Qué más puedo hacer con mi pueblo?
 Su lengua es una flecha mortífera,
 su boca solo sabe engañar;
 hablan cordialmente con su amigo,
 mientras en su interior le tienden una trampa.
 ¿Y no los he de castigar por esto?
 —afirma el SEÑOR—.

¿Acaso no he de vengarme de semejante nación?»

Lloraré y gemiré por las montañas,
 haré lamentos por las praderas del desierto,
 porque están desoladas:
 ya nadie las transita
 ni se escuchan los mugidos del ganado.
 Desde las aves del cielo hasta los animales del campo,
todos han huido.

«Convertiré a Jerusalén en un montón de ruinas,
 en una guarida de chacales.

Convertiré en desolación las ciudades de Judá;
¡las dejaré sin habitantes!»

¿Quién es tan sabio como para entender esto? ¿A quién le habló el SEÑOR,
 para que lo anuncie? ¿Por qué está arruinado el país, desolado como un desierto
 por el que nadie pasa?

El SEÑOR dice: «Ellos abandonaron la ley que yo les entregué; no me obedecieron ni vivieron conforme a ella. Siguiéron la terquedad de su corazón; se fueron tras los baales, como les habían enseñado sus antepasados». Por eso, así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: «A este pueblo le daré a comer ajeno y a beber agua envenenada. Los dispersaré entre naciones que ni ellos ni sus antepasados conocieron; los perseguiré con espada hasta aniquilarlos».

Así dice el SEÑOR Todopoderoso:

«¡Atención! Llaman a las plañideras.
 Que vengan las más expertas.
 Que se den prisa,

que hagan lamentación por nosotros.
 Nuestros ojos se inundarán de lágrimas,
 y brotará de nuestros párpados el llanto.
 Desde Sión se escuchan gemidos y lamentos:
 “Hemos sido devastados;
 nos han avergonzado por completo.
 Tenemos que abandonar el país,
 porque han derribado nuestros hogares”.

Escuchen, mujeres, la palabra del SEÑOR;
 reciban sus oídos la palabra de su boca.
 Enseñen a sus hijas a entonar endechas;
 que unas a otras se enseñen este lamento:
 «La muerte se ha metido por nuestras ventanas,
 ha entrado en nuestros palacios;
 ha eliminado en las calles a los niños,
 y en las plazas a los jóvenes.

Yacen tendidos los cadáveres
 como estiércol sobre los campos,
 como gavillas que caen tras el segador,
 sin que nadie las recoja»,
 afirma el SEÑOR.

Así dice el SEÑOR:

«Que no se gloríe el sabio de su sabiduría,
 ni el poderoso de su poder,
 ni el rico de su riqueza.
 Si alguien ha de gloriarse,
 que se gloríe de conocerme
 y de comprender que yo soy el SEÑOR,
 que actúo en la tierra con amor,
 con derecho y justicia,
 pues es lo que a mí me agrada
 —afirma el SEÑOR—.

»Vienen días —afirma el SEÑOR— en que castigaré al que haya sido circuncidado solo del prepucio: castigaré a Egipto, Judá, Edom, Amón, Moab, y a todos los que viven en el desierto y se rapan las sienes. Todas las naciones son incircuncisas, pero el pueblo de Israel es incircunciso de corazón».

2

Escucha, pueblo de Israel, la palabra del SEÑOR. Dice así:

«No aprendan ustedes la conducta de las naciones,
 ni se aterroricen ante las señales del cielo,
 aunque las naciones les tengan miedo.
 Las costumbres de los pueblos
 no tienen valor alguno.
 Cortan un tronco en el bosque,

y un artífice lo labra con un cincel.

Lo adornan con oro y plata,
y lo afirman con clavos y martillo
para que no se tambalee.

»Sus ídolos no pueden hablar;
¡parecen espantapájaros
en un campo sembrado de melones!

Tienen que ser transportados,
porque no pueden caminar.

No les tengan miedo,
que ningún mal pueden hacerles,
pero tampoco ningún bien».

¡No hay nadie como tú, SEÑOR!

¡Grande eres tú,
y grande y poderoso es tu nombre!

¿Quién no te temerá, Rey de las naciones?

¡Es lo que te corresponde!

Entre todos los sabios de las naciones,
y entre todos los reinos,
no hay nadie como tú.

Todos son necios e insensatos,
educados por inútiles ídolos de palo.

De Tarsis se trae plata laminada,
y de Ufaz se importa oro.

Los ídolos, vestidos de púrpura y carmesí,
son obra de artífices y orfebres;
¡todos ellos son obra de artesanos!

Pero el SEÑOR es el Dios verdadero,
el Dios viviente, el Rey eterno.

Cuando se enoja, tiembla la tierra;
las naciones no pueden soportar su ira.

«Así les dirás: “Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparecerán de la tierra y de debajo del cielo”».

Dios hizo la tierra con su poder,
afirmó el mundo con su sabiduría,
¡extendió los cielos con su inteligencia!

Cuando él deja oír su voz,
rugen las aguas en los cielos;

hace que vengan las nubes
desde los confines de la tierra.

Entre relámpagos hace llover,
y saca de sus depósitos al viento.

La humanidad es necia e ignorante;
todo orfebre se avergüenza de sus ídolos.

Sus imágenes son un engaño,

y no hay en ellas aliento de vida.
 No valen nada, son obras ridículas;
 cuando llegue el día de su castigo, serán destruidas.
 La heredad de Jacob no es como ellos,
 porque él es quien hace todas las cosas;
 su nombre es el SEÑOR Todopoderoso,
 e Israel es la tribu de su herencia.

2

Recoge del suelo tus cosas,
 tú que te encuentras sitiado.
 Porque así dice el SEÑOR:
 «Esta vez arrojaré a los habitantes del país
 como si los lanzara con una honda.
 Los pondré en aprietos
 y dejaré que los capturen».

¡Ay de mí, que estoy quebrantado!
 ¡Mi herida es incurable!
 Pero es mi enfermedad,
 y me toca soportarla.
 Devastada está mi carpa,
 y rotas todas mis cuerdas.
 Mis hijos me han abandonado;
 han dejado de existir.
 Ya no hay nadie que arme mi carpa,
 y que levante mis toldos.
 Los pastores se han vuelto necios,
 no buscan al SEÑOR;
 por eso no han prosperado,
 y su rebaño anda disperso.
 ¡Escuchen! ¡Llega un mensaje!
 Un gran estruendo viene de un país del norte,
 que convertirá las ciudades de Judá
 en guarida de chacales, en un montón de ruinas.

2

SEÑOR, yo sé que el hombre
 no es dueño de su destino,
 que no le es dado al caminante
 dirigir sus propios pasos.
 Corrígeme, SEÑOR, pero con justicia,
 y no según tu ira, pues me destruirías.
 Derrama tu furor
 sobre las naciones que no te reconocen,
 y sobre las familias que no invocan tu nombre.
 Porque se han devorado a Jacob;

se lo han tragado por completo,
y han asolado su morada.

3

Esta es la palabra que vino a Jeremías de parte del SEÑOR: «Atiende a los términos de este pacto, y comunícelos a la gente de Judá y a los habitantes de Jerusalén. Diles que así ha dicho el SEÑOR, Dios de Israel: “Maldito sea el hombre que no obedezca los términos de este pacto, que yo mismo prescribí a los antepasados de ustedes el día que los hice salir de Egipto, de esa caldera para fundir hierro”. Les dije: “Obedézcanme y cumplan con todo lo que les prescribo, y ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios. Así cumpliré el juramento que les hice a sus antepasados, de darles una tierra donde abundan la leche y la miel, como la que hoy tienen ustedes”».

Yo respondí: «Amén, SEÑOR».

El SEÑOR me dijo: «Proclama todo esto en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, diciendo: “Escuchen los términos de este pacto, y cúmplalos. Desde el día en que hice salir a sus antepasados de la tierra de Egipto hasta el día de hoy, una y otra vez les he advertido: ‘Obedézcanme’. Pero no obedecieron ni prestaron atención, sino que siguieron la terquedad de su malvado corazón. Por eso hice caer sobre ellos todo el peso de las palabras de este pacto, que yo les había ordenado cumplir, pero que no cumplieron”».

El SEÑOR también me dijo: «Se está fraguando una conspiración entre los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén. Han vuelto a los mismos pecados de sus antepasados, quienes se negaron a obedecerme. Se han ido tras otros dioses para servirles. Tanto el pueblo de Israel como la tribu de Judá han quebrantado el pacto que hice con sus antepasados. Por eso, así dice el SEÑOR: “Les enviaré una calamidad de la cual no podrán escapar. Aunque clamen a mí, no los escucharé. Entonces las ciudades de Judá y los habitantes de Jerusalén irán a clamar a los dioses a los que quemaron incienso, pero ellos no podrán salvarlos cuando llegue el tiempo de su calamidad. Tú, Judá, tienes tantos dioses como ciudades. Erigiste tantos altares como calles hay en Jerusalén; altares para quemar incienso a Baal, para vergüenza tuya”.

»Pero en cuanto a ti, Jeremías, no intercedas por este pueblo. No me ruegues ni me supliques por ellos, porque yo no escucharé cuando clamen a mí por causa de su calamidad.

»¿Qué hace mi amada en mi casa,
después de haber cometido tantas vilezas?

¿Acaso la carne consagrada
alejará de ti la calamidad?

¿Podrás así regocijarte?»

El SEÑOR te puso por nombre:

«Olivo frondoso, lleno de hermosos frutos».

Pero en medio de grandes estruendos,
te ha prendido fuego,

y tus ramas se consumen.

El SEÑOR Todopoderoso, el que te plantó, ha decretado una calamidad contra

ti, por causa de la maldad que cometieron el pueblo de Israel y la tribu de Judá. Dice el SEÑOR: «Me han agraviado al quemar incienso a Baal».

3

El SEÑOR me lo hizo saber y lo comprendí. Me mostró las maldades que habían cometido. Pero yo era como un manso cordero que es llevado al matadero; no sabía lo que estaban maquinando contra mí, y que decían:

«Destruyamos el árbol con su fruto,
arranquémoslo de la tierra de los vivientes,
para que nadie recuerde más su nombre».
Pero tú, SEÑOR Todopoderoso,
que juzgas con justicia,
que pruebas los sentimientos y la mente,
¡déjame ver cómo te vengas de ellos,
porque en tus manos he puesto mi causa!

«Por eso, así dice el SEÑOR en contra de los hombres de Anatot, que buscan quitarte la vida y afirman: “¡No profetices en nombre del SEÑOR, si no quieres morir a manos nuestras!” Por eso, así dice el SEÑOR Todopoderoso: “Voy a castigarlos. Los jóvenes morirán a filo de espada, y sus hijos y sus hijas se morirán de hambre. No quedará ni uno solo de ellos. En el año de su castigo haré venir una calamidad sobre los hombres de Anatot”».

2

Tú, SEÑOR, eres justo
cuando argumento contigo.
Sin embargo, quisiera exponerte
algunas cuestiones de justicia.
¿Por qué prosperan los malvados?
¿Por qué viven tranquilos los traidores?
Tú los plantas, y ellos echan raíces;
crecen y dan fruto.
Te tienen a flor de labio,
pero estás lejos de su corazón.
A mí, SEÑOR, tú me conoces;
tú me ves y sabes lo que siento por ti.
Arrástralos, como ovejas, al matadero;
apártalos para el día de la matanza.
¿Hasta cuándo estará seca la tierra,
y marchita la hierba de todos los campos?
Los animales y las aves se mueren
por la maldad de los que habitan el país,
quienes se atreven a decir:
«Dios no verá nuestro fin».

«Si los que corren a pie han hecho que te canses,
¿cómo competirás con los caballos?

Si te sientes confiado en una tierra tranquila,
¿qué harás en la espesura del Jordán?
Aun tus hermanos, los de tu propia familia,
te han traicionado y gritan contra ti.
Por más que te digan cosas agradables,
no confíes en ellos.

»He abandonado mi casa,
he rechazado mi herencia,
he entregado a mi pueblo amado
en poder de sus enemigos.
Mis herederos se han comportado conmigo
como leones en la selva.
Lanzan rugidos contra mí;
por eso los aborrezco.
Mi heredad es para mí
como un ave de muchos colores
acosada por las aves de rapiña.
¡Vayan y reúnan a todos los animales salvajes!
¡Tráiganlos para que la devoren!
Muchos pastores han destruido mi viña,
han pisoteado mi terreno;
han hecho de mi hermosa parcela
un desierto desolado.
La han dejado en ruinas,
seca y desolada ante mis ojos;
todo el país ha sido arrasado
porque a nadie le importa.
Sobre todas las lomas del desierto
vinieron depredadores.
La espada del SEÑOR destruirá al país
de un extremo al otro,
y para nadie habrá paz.
Sembraron trigo y cosecharon espinos;
¡de nada les valió su esfuerzo!
Por causa de la ardiente ira del SEÑOR
se avergonzarán de sus cosechas».

Así dice el SEÑOR: «En cuanto a todos los vecinos malvados que tocaron la heredad que le di a mi pueblo Israel, los arrancaré de sus tierras, y a la tribu de Judá la quitaré de en medio de ellos. Después que los haya desarraigado, volveré a tener compasión de ellos, y los haré regresar, cada uno a su heredad y a su propio país. Y si aprenden bien los caminos de mi pueblo y, si así como enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal, aprenden a jurar por mi nombre y dicen: “Por la vida del SEÑOR”, entonces serán establecidos en medio de mi pueblo. Pero a la nación que no obedezca, la desarraigaré por completo y la destruiré», afirma el SEÑOR.

3

Así me dijo el SEÑOR: «Ve y cómprate un cinturón de lino, y pónelo en la cintura, pero no lo metas en agua».

Conforme a las instrucciones del SEÑOR, compré el cinturón y me lo puse en la cintura. Entonces el SEÑOR me dijo por segunda vez: «Toma el cinturón que has comprado y que tienes puesto en la cintura, y ve a Perat, y escóndelo allí, en la grieta de una roca». Fui entonces y lo escondí en Perat, tal como el SEÑOR me lo había ordenado.

Al cabo de muchos días, el SEÑOR me dijo: «Ve a Perat y busca el cinturón que te mandé a esconder allí». Fui a Perat, cavé y saqué el cinturón del lugar donde lo había escondido, pero ya estaba podrido y no servía para nada.

Entonces el SEÑOR volvió a decirme: «Así dice el SEÑOR: “De esta misma manera destruiré el orgullo de Judá y el gran orgullo de Jerusalén. Este pueblo malvado, que se niega a obedecerme, que sigue la terquedad de su corazón y va tras otros dioses para servirlos y adorarlos, será como este cinturón, que no sirve para nada. Porque así como el cinturón se ajusta a la cintura del hombre, así procuré que todo el pueblo de Israel y toda la tribu de Judá se ajustaran a mí —afirma el SEÑOR— para que fueran mi pueblo y mi renombre, mi honor y mi gloria. ¡Pero no obedecieron!”

2

»Diles también lo siguiente: “Así dice el SEÑOR, el Dios de Israel: ‘Todo cántaro se llenará de vino.’ Y si ellos te dicen: ‘¿Acaso no sabemos bien que todo cántaro se debe llenar de vino?’ entonces les responderás que así dice el SEÑOR: ‘Voy a llenar de vino a todos los habitantes de este país: a los reyes que se sientan en el trono de David, a los sacerdotes y a todos los habitantes de Jerusalén. Haré que se despedacen unos a otros, padres e hijos por igual. No les tendré piedad ni lástima, sino que los destruiré sin compasión.’ Lo afirma el SEÑOR”».

2

¡Escúchenme, préstenme atención!
¡No sean soberbios, que el SEÑOR mismo lo ha dicho!

Glorifiquen al SEÑOR su Dios,
antes de que haga venir la oscuridad
y ustedes tropiecen contra los montes sombríos.

Ustedes esperan la luz,
pero él la cambiará en densas tinieblas;
¡la convertirá en profunda oscuridad!

Pero si ustedes no obedecen,
lloraré en secreto
por causa de su orgullo;
mis ojos llorarán amargamente
y se desharán en lágrimas,
porque el rebaño del SEÑOR
será llevado al cautiverio.

Di al rey y a la reina madre:
«¡Humíllense, siéntense en el suelo,
que ya no ostentan sobre su cabeza
la corona de gloria!»

Las ciudades del Néguev están cerradas,
 y no hay quien abra sus puertas.
 Todo Judá se ha ido al destierro,
 exiliado en su totalidad.
 Alcen los ojos y miren
 a los que vienen del norte.
 ¿Dónde está el rebaño que te fue confiado,
 el rebaño que era tu orgullo?
 ¿Qué dirás cuando el SEÑOR te imponga como jefes
 a los que tú mismo enseñaste
 a ser tus aliados predilectos?
 ¿No tendrás dolores
 como de mujer de parto?
 Y si preguntas:
 «¿Por qué me pasa esto?»,
 ¡por tus muchos pecados
 te han arrancado las faldas
 y te han violado!
 ¿Puede el etíope cambiar de piel,
 o el leopardo quitarse sus manchas?
 ¡Pues tampoco ustedes pueden hacer el bien,
 acostumbrados como están a hacer el mal!

«Los dispersaré como a la paja
 que arrastra el viento del desierto.
 Esto es lo que te ha tocado en suerte,
 ¡la porción que he medido para ti!
 —afirma el SEÑOR—.
 Ya que me has olvidado,
 y has confiado en la mentira,
 ¡yo también te alzaré las faldas
 hasta cubrirte el rostro
 y descubrir tus vergüenzas!
 He visto tus adulterios,
 tus relinchos,
 tu vergonzosa prostitución
 y tus abominaciones,
 en los campos y sobre las colinas.
 ¡Ay de ti, Jerusalén!
 ¿Hasta cuándo seguirás en tu impureza?»

3

Esta es la palabra del SEÑOR, que vino a Jeremías con motivo de la sequía:

«Judá está de luto
 y sus ciudades desfallecen;
 hay lamentos en el país,

y sube el clamor de Jerusalén.
 Los nobles mandan por agua a sus siervos,
 y estos van a las cisternas,
 pero no la encuentran.
 Avergonzados y confundidos,
 vuelven con sus cántaros vacíos
 y agarrándose la cabeza.
 El suelo está agrietado,
 porque no llueve en el país.
 Avergonzados están los campesinos,
 agarrándose la cabeza.
 Aun las ciervas en el campo
 abandonan a sus crías por falta de pastos.
 Parados sobre las lomas desiertas,
 y con los ojos desfallecientes,
 los asnos salvajes jadean como chacales
porque ya no tienen hierba».

Aunque nuestras iniquidades nos acusan,
 tú, SEÑOR, actúas en razón de tu nombre;
 muchas son nuestras infidelidades;
 ¡contra ti hemos pecado!
 Tú, esperanza y salvación de Israel
 en momentos de angustia,
 ¿por qué actúas en el país como un peregrino,
 como un viajero que solo pasa la noche?
 ¿Por qué te encuentras confundido,
 como un guerrero impotente para salvar?
 SEÑOR, tú estás en medio de nosotros,
 y se nos llama por tu nombre;
¡no nos abandones!

Así dice el SEÑOR acerca de este pueblo:

«Les encanta vagabundear;
 no refrenan sus pies.
 Por eso yo no los acepto,
 sino que voy a recordar sus iniquidades
y a castigar sus pecados».

Entonces el SEÑOR me dijo: «No ruegues por el bienestar de este pueblo. Aunque ayunen, no escucharé sus clamores; aunque me ofrezcan holocaustos y ofrendas de cereal, no los aceptaré. En verdad, voy a exterminarlos con la espada, el hambre y la peste».

Pero yo respondí: «¡Ah, SEÑOR mi Dios! Los profetas les dicen que no se enfrentarán con la espada ni pasarán hambre, sino que tú les concederás una paz duradera en este lugar».

El SEÑOR me contestó: «Mentira es lo que están profetizando en mi nombre esos profetas. Yo no los he enviado, ni les he dado ninguna orden, y ni siquiera les he hablado. Lo que les están profetizando son visiones engañosas, adivina-

ciones vanas y delirios de su propia imaginación. Por eso, así dice el SEÑOR: “En cuanto a los profetas que profetizan en mi nombre sin que yo los haya enviado, y que además dicen que no habrá espada ni hambre en este país, ellos mismos morirán de hambre y a filo de espada. Y el pueblo al que profetizan será arrojado a las calles de Jerusalén a causa del hambre y de la espada, y no habrá quien los entierre, ni a ellos ni a sus esposas, ni a sus hijos, ni a sus hijas; también les echaré encima su propia maldad”.

»Tú les dirás lo siguiente:

»“Que corran lágrimas de mis ojos
día y noche, sin cesar,
porque la virginal hija de mi pueblo
ha sufrido una herida terrible,
¡un golpe muy duro!
Si salgo al campo, veo los cuerpos
de los muertos a filo de espada;
si entro en la ciudad, veo los estragos
que el hambre ha producido.

Tanto el profeta como el sacerdote
andan errantes en el país sin saber lo que hacen.”»

¿Has rechazado por completo a Judá?
¿Detestas a Sión?

¿Por qué nos has herido de tal modo
que ya no tenemos remedio?

Esperábamos tiempos de paz,
pero nada bueno recibimos.

Esperábamos tiempos de salud,
pero solo nos llegó el terror.

Reconocemos, Señor, nuestra maldad,
y la iniquidad de nuestros padres;
¡hemos pecado contra ti!

En razón de tu nombre, no nos desprecies;
no deshonres tu trono glorioso.

¡Acuérdate de tu pacto con nosotros!
¡No lo quebrantes!

¿Acaso hay entre los ídolos falsos
alguno que pueda hacer llover?

SEÑOR y Dios nuestro,
¿acaso no eres tú, y no el cielo mismo,
el que manda los aguaceros?

Tú has hecho todas estas cosas;
por eso esperamos en ti.

El SEÑOR me dijo: «Aunque Moisés y Samuel se presentaran ante mí, no tendría compasión de este pueblo. ¡Échalos de mi presencia! ¡Que se vayan! Y si te preguntan: “¿A dónde iremos?”; adviérteles que así dice el SEÑOR:

»“Los destinados a la muerte, a la muerte;

los destinados a la espada, a la espada;
 los destinados al hambre, al hambre;
los destinados al cautiverio, al cautiverio”.

»Enviaré contra ellos cuatro clases de calamidades —afirma el SEÑOR—: la espada para matar, los perros para arrastrar, las aves del cielo para devorar, y las bestias de la tierra para destruir. Los haré motivo de espanto para todos los reinos de la tierra, por causa de lo que Manasés hijo de Ezequías, rey de Judá, hizo en **Jerusalén.**

»¿Quién tendrá compasión de ti, Jerusalén?
 ¿Quién llorará por ti?
 ¿Quién se detendrá a preguntar por tu salud?
 Tú me has rechazado,
 te has vuelto atrás
 —afirma el SEÑOR—.
 Extenderé mi mano contra ti,
 y te destruiré;
 estoy cansado de tenerte compasión.
 Te aventaré con la horquilla
 por las puertas de la ciudad.
 A ti te dejaré sin hijos,
 y a mi pueblo lo destruiré,
 porque no cambió su conducta.
 Haré que sus viudas sean más numerosas
 que la arena de los mares;
 en pleno día enviaré destrucción
 contra las madres de los jóvenes.
 De repente haré que caigan sobre ellas
 la angustia y el pavor.
 Se desmaya la que tuvo siete hijos;
 se queda sin aliento.
 Su sol se pone en pleno día;
 ¡se queda avergonzada y humillada!
 A sus sobrevivientes los entregaré a la espada
 delante de sus enemigos»,
afirma el SEÑOR.

¡Ay de mí, madre mía,
 que me diste a luz
 como hombre de contiendas y disputas
 contra toda la nación!
 No he prestado ni me han prestado,
pero todos me maldicen.

El SEÑOR dijo:

«De veras te libraré para bien;
 haré que el enemigo te suplique
 en tiempos de calamidad y de angustia.

»¿Puede el hombre romper el hierro,
el hierro del norte, y el bronce?

Por causa de todos tus pecados
entregaré como botín, sin costo alguno,
tu riqueza y tus tesoros,
por todo tu territorio.
Haré que sirvas a tus enemigos
en una tierra que no conoces,
porque en mi ira un fuego se ha encendido,
y arde contra ustedes».

Tú comprendes, SEÑOR;
¡acuérdate de mí, y cuídame!
¡Toma venganza de los que me persiguen!
Por causa de tu paciencia,
no permitas que sea yo arrebatado;
mira que por ti sufro injurias.
Al encontrarme con tus palabras,
yo las devoraba;
ellas eran mi gozo
y la alegría de mi corazón,
porque yo llevo tu nombre,
SEÑOR, Dios Todopoderoso.
No he formado parte de grupos libertinos,
ni me he divertido con ellos;
he vivido solo, porque tú estás conmigo
y me has llenado de indignación.
¿Por qué no cesa mi dolor?
¿Por qué es incurable mi herida?
¿Por qué se resiste a sanar?
¿Serás para mí un torrente engañoso
de aguas no confiables?

Por eso, así dice el SEÑOR:

«Si te arrepientes,
yo te restauraré y podrás servirme.
Si evitas hablar en vano,
y hablas lo que en verdad vale,
tú serás mi portavoz.
Que ellos se vuelvan hacia ti,
pero tú no te vuelvas hacia ellos.
Haré que seas para este pueblo
como invencible muro de bronce;
pelearán contra ti,
pero no te podrán vencer,
porque yo estoy contigo

para salvarte y librarte

—afirma el SEÑOR—.

Te libraré del poder de los malvados;

¡te rescataré de las garras de los violentos!»

3

La palabra del SEÑOR vino a mí, y me dijo: «No te cases, ni tengas hijos ni hijas en este lugar». Porque así dice el SEÑOR en cuanto a los hijos y las hijas que han nacido en este lugar, y en cuanto a las madres que los dieron a luz y los padres que los engendraron en este país: «Morirán de enfermedades horribles. Nadie llorará por ellos, ni los sepultará; se quedarán sobre la faz de la tierra, como el estiércol. La espada y el hambre acabarán con ellos, y sus cadáveres servirán de alimento para las aves del cielo y para las bestias de la tierra».

Así dice el SEÑOR: «No entres en una casa donde estén de luto, ni vayas a llorar, ni los consueles, porque a este pueblo le he retirado mi paz, mi amor y mi compasión —afirma el SEÑOR—. En este país morirán grandes y pequeños; nadie llorará por ellos, ni los sepultará; nadie se hará heridas en el cuerpo ni se rapará la cabeza por ellos. Nadie ofrecerá un banquete fúnebre a los que estén de duelo, para consolarlos por el muerto, ni a nadie se le dará a beber la copa del consuelo, aun cuando quien haya muerto sea su padre o su madre.

»No entres en una casa donde haya una celebración, ni te sientes con ellos a comer y beber. Porque así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: Voy a poner fin en este lugar a toda expresión de alegría y de regocijo, y al cántico del novio y de la novia. Esto sucederá en sus propios días, y ustedes lo verán.

»Cuando anuncies a este pueblo todas estas cosas, ellos te preguntarán: “¿Por qué ha decretado el SEÑOR contra nosotros esta calamidad tan grande? ¿Cuál es nuestra iniquidad? ¿Qué pecado hemos cometido contra el SEÑOR nuestro Dios?” Entonces les responderás: “Esto es porque sus antepasados me abandonaron y se fueron tras otros dioses, y los sirvieron y los adoraron. Pero a mí me abandonaron, y no cumplieron mi ley —afirma el SEÑOR—. Pero ustedes se han comportado peor que sus antepasados. Cada uno sigue la terquedad de su corazón malvado, y no me ha obedecido. Por eso los voy a arrojar de esta tierra, a un país que ni ustedes ni sus antepasados conocieron, y allí servirán a otros dioses día y noche. No les tendré clemencia”.

»Por eso —afirma el SEÑOR—, vienen días en que ya no se dirá: “Por la vida del SEÑOR, que hizo salir a los israelitas de la tierra de Egipto”, sino: “Por la vida del SEÑOR, que hizo salir a los israelitas de la tierra del norte, y de todos los países adonde los había expulsado”. Yo los haré volver a su tierra, la que antes di a sus antepasados.

»Voy a enviar a muchos pescadores —afirma el SEÑOR—, y ellos los pescarán a ustedes. Después, enviaré a muchos cazadores, y ellos los cazarán a ustedes por todas las montañas y colinas, y por las grietas de las rocas. Ciertamente mis ojos ven todas sus acciones; ninguna de ellas me es oculta. Su iniquidad no puede esconderse de mi vista. Primero les pagaré el doble por su iniquidad y su pecado, porque con los cadáveres de sus ídolos detestables han profanado mi tierra, y han llenado mi herencia con sus abominaciones».

SEÑOR, fuerza y fortaleza mía,
mi refugio en el día de la angustia:

desde los confines de la tierra
 vendrán a ti las naciones, y dirán:
 «Solo mentira heredaron nuestros antepasados;
 heredaron lo absurdo,
 lo que no sirve para nada.
 ¿Acaso puede el hombre hacer sus propios dioses?
 ¡Pero si no son dioses!»

Por eso, esta vez les daré una lección;
 les daré a conocer mi mano poderosa.
 ¡Así sabrán que mi nombre es el SEÑOR!

«El pecado de Judá está escrito
 con cincel de hierro;
 grabado está con punta de diamante
 sobre la tabla de su corazón
 y sobre los cuernos de sus altares.
 Bien que se acuerdan sus hijos
 de sus altares junto a árboles frondosos;
 de sus imágenes de Aserá sobre altas colinas
 y sobre mi montaña a campo abierto.

»Entregaré como botín tu riqueza,
 tus tesoros y tus santuarios paganos,
 por todos tus pecados
 en todo tu territorio.
 Por tu culpa perderás la herencia
 que yo te había dado.
 Te haré esclava de tus enemigos,
 en un país para ti desconocido,
 porque has encendido mi ira,
 la cual se mantendrá ardiendo para siempre».

Así dice el SEÑOR:

«¡Maldito el hombre que confía en el hombre!
 ¡Maldito el que se apoya en su propia fuerza
 y aparta su corazón del SEÑOR!
 Será como una zarza en el desierto:
 no se dará cuenta cuando llegue el bien.
 Morará en la sequedad del desierto,
 en tierras de sal, donde nadie habita.

»Bendito el hombre que confía en el SEÑOR
 y pone su confianza en él.
 Será como un árbol plantado junto al agua,
 que extiende sus raíces hacia la corriente;
 no teme que llegue el calor,
 y sus hojas están siempre verdes.
 En época de sequía no se angustia,

y nunca deja de dar fruto».

Nada hay tan engañoso como el corazón.
No tiene remedio.

¿Quién puede comprenderlo?

«Yo, el SEÑOR, sondeo el corazón
y examino los pensamientos,
para darle a cada uno según sus acciones
y según el fruto de sus obras».

El que acapara riquezas injustas
es perdiz que empolla huevos ajenos.
En la mitad de la vida las perderá,
y al final no será más que un insensato.

Trono de gloria,
exaltado desde el principio,
es el lugar de nuestro santuario.
SEÑOR, tú eres la esperanza de Israel,
todo el que te abandona quedará avergonzado.
El que se aparta de ti
quedará como algo escrito en el polvo,
porque abandonó al SEÑOR,
al manantial de aguas vivas.

Sáname, SEÑOR, y seré sanado;
sálvame y seré salvado,
porque tú eres mi alabanza.
No falta quien me pregunte:
«¿Dónde está la palabra del SEÑOR?
¡Que se haga realidad!»
Pero yo no me he apresurado
a abandonarte y dejar de ser tu pastor,
ni he deseado que venga el día de la calamidad.
Tú bien sabes lo que he dicho,
pues lo dije en tu presencia.
No seas para mí un motivo de terror;
tú eres mi refugio en tiempos de calamidad.
¡No me pongas a mí en vergüenza;
avergüénzalos a ellos!
¡No me llenes de terror a mí;
aterrorízalos a ellos!
Envíales tiempos difíciles;
¡destrózalos, y vuelve a destrozarlos!

3

Así me dijo el SEÑOR: «Ve y párate en la puerta del Pueblo, por donde entran y salen los reyes de Judá, y luego en todas las puertas de Jerusalén, y diles: “¡Es-

cuchen la palabra del SEÑOR, reyes de Judá, y toda la gente de Judá y todos los habitantes de Jerusalén que entran por estas puertas! Así dice el SEÑOR: 'Cuidense bien de no llevar ninguna carga en día sábado, y de no meterla por las puertas de Jerusalén. Tampoco saquen ninguna carga de sus casas en día sábado, ni hagan ningún tipo de trabajo. Observen el reposo del sábado, tal como se lo ordené a sus antepasados. Pero ellos no me prestaron atención ni me obedecieron, sino que se obstinaron y no quisieron escuchar ni recibir corrección.

»“Si de veras me obedecen —afirma el SEÑOR— y no meten ninguna carga por las puertas de esta ciudad en día sábado, sino que observan este día no haciendo ningún trabajo, entonces entrarán por las puertas de esta ciudad reyes y príncipes que se sentarán en el trono de David. Ellos y los príncipes entrarán montados en carros y caballos, acompañados por la gente de Judá y por los habitantes de Jerusalén, y esta ciudad será habitada para siempre. Vendrá gente de las ciudades de Judá y de los alrededores de Jerusalén, del territorio de Benjamín y de la Sefelá, de la región montañosa y del Néguev. Traerán a la casa del SEÑOR holocaustos y sacrificios, ofrendas de cereal y de incienso, y ofrendas de acción de gracias. Pero si no obedecen ustedes mi mandato de observar el reposo del sábado, y de no llevar carga al entrar en sábado por las puertas de Jerusalén, entonces les prenderé fuego a sus puertas, que no podrá ser apagado y que consumirá los palacios de Jerusalén”».

3

Esta es la palabra del SEÑOR, que vino a Jeremías: «Baja ahora mismo a la casa del alfarero, y allí te comunicaré mi mensaje».

Entonces bajé a la casa del alfarero, y lo encontré trabajando en el torno. Pero la vasija que estaba modelando se le deshizo en las manos; así que volvió a hacer otra vasija, hasta que le pareció que le había quedado bien.

En ese momento la palabra del SEÑOR vino a mí, y me dijo: «Pueblo de Israel, ¿acaso no puedo hacer con ustedes lo mismo que hace este alfarero con el barro? —afirma el SEÑOR—. Ustedes, pueblo de Israel, son en mis manos como el barro en las manos del alfarero. En un momento puedo hablar de arrancar, derribar y destruir a una nación o a un reino; pero si la nación de la cual hablé se arrepiente de su maldad, también yo me arrepentiré del castigo que había pensado infligirles. En otro momento puedo hablar de construir y plantar a una nación o a un reino. Pero si esa nación hace lo malo ante mis ojos y no me obedece, me arrepentiré del bien que había pensado hacerles. Y ahora habla con los habitantes de Judá y de Jerusalén, y advérteles que así dice el SEÑOR: “Estoy preparando una calamidad contra ustedes, y elaborando un plan en su contra. ¡Vuélvanse ya de su mal camino; enmienden su conducta y sus acciones!” Ellos objetarán: “Es inútil. Vamos a seguir nuestros propios planes”, y cada uno cometerá la maldad que le dicte su obstinado corazón».

Por eso, así dice el SEÑOR:

«Pregunten entre las naciones:
¿Quién ha oído algo semejante?
La virginal Israel
ha cometido algo terrible.
¿Acaso la nieve del Líbano
desaparece de las colinas escarpadas?

¿Se agotan las aguas frías
 que fluyen de las montañas?
 Sin embargo, mi pueblo me ha olvidado;
 quema incienso a ídolos inútiles.
 Ha tropezado en sus caminos,
 en los senderos antiguos,
 para andar por sendas
 y caminos escabrosos.
 Así ha dejado desolado su país;
 lo ha hecho objeto de burla constante.
 Todo el que pase por él
 meneará atónito la cabeza.
 Como un viento del este,
 los esparciré delante del enemigo.
 En el día de su calamidad
 les daré la espalda y no la cara».

Ellos dijeron: «Vengan, tramemos un plan contra Jeremías. Porque no le faltará la ley al sacerdote, ni el consejo al sabio, ni la palabra al profeta. Ataquémoslo de palabra, y no hagamos caso de nada de lo que diga».

¡SEÑOR, préstame atención!
 ¡Escucha a los que me acusan!
 ¿Acaso el bien se paga con el mal?
 ¡Pues ellos me han cavado una fosa!
 Recuerda que me presenté ante ti
 para interceder por ellos,
 para apartar de ellos tu ira.
 Por eso, entrega ahora sus hijos al hambre;
 abandónalos a merced de la espada.
 Que sus esposas se queden viudas y sin hijos;
 que sus maridos mueran asesinados,
 y que sus jóvenes caigan en combate a filo de espada.
 ¡Que se oigan los gritos desde sus casas,
 cuando de repente mandes contra ellos
 una banda de asaltantes!
 Han cavado una fosa para atraparme,
 y han puesto trampas a mi paso.
 Pero tú, SEÑOR, conoces
 todos sus planes para matarme.
 ¡No perdones su iniquidad,
 ni borres de tu presencia sus pecados!
 ¡Que caigan derribados ante ti!
 ¡Enfréntate a ellos en el momento de tu ira!

2

Así dice el SEÑOR: «Ve a un alfarero, y cómprale un cántaro de barro. Pide luego que te acompañen algunos de los ancianos del pueblo y de los ancianos de los

sacerdotes, y ve al valle de Ben Hinón, que está a la entrada de la puerta de los Alfareros, y proclama allí las palabras que yo te comunicaré. Diles: “Reyes de Judá y habitantes de Jerusalén, escuchen la palabra del SEÑOR. Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: ‘Haré venir tal calamidad sobre este lugar, que a todo el que se entere le zumbarán los oídos. Porque ellos me han abandonado. Han profanado este lugar, quemando en él incienso a otros dioses que no conocían ni ellos ni sus antepasados ni los reyes de Judá. Además, han llenado de sangre inocente este lugar. Han construido santuarios paganos en honor de Baal, para quemar a sus hijos en el fuego como holocaustos a Baal, cosa que yo jamás les ordené ni mencioné, ni jamás me pasó por la mente. Por eso vendrán días en que este lugar ya no se llamará Tofet, ni Valle de Ben Hinón, sino Valle de la Matanza —afirma el SEÑOR—. En este lugar anularé los planes de Judá y de Jerusalén, y los haré caer a filo de espada delante de sus enemigos, es decir, a manos de los que atentan contra su vida, y dejaré sus cadáveres a las aves del cielo y a las bestias de la tierra, para que les sirvan de comida. Convertiré a esta ciudad en un lugar desolado y en objeto de burla. Todo el que pase por ella quedará atónito y se burlará de todas sus heridas. Ante el angustioso asedio que les impondrán los enemigos que atentan contra ustedes, haré que se coman la carne de sus propios hijos e hijas, y que se devoren entre sí”.

»Rompe después el cántaro en mil pedazos, a la vista de los hombres que te acompañaron, y adviérteles que así dice el SEÑOR Todopoderoso: “Voy a hacer pedazos a esta nación y a esta ciudad, como quien hace pedazos un cántaro de alfarero, que ya no se puede reparar; y a falta de otro lugar, enterrarán a sus muertos en Tofet. Así haré con este lugar y con sus habitantes —afirma el SEÑOR—; esta ciudad quedará tal y como quedó Tofet. Todas las casas de Jerusalén y todos los palacios de los reyes de Judá, es decir, todas esas casas en cuyas azoteas se quemó incienso a los astros de los cielos y donde se derramaron libaciones a otros dioses, quedarán tan impuras como quedó Tofet”.

Cuando Jeremías regresó de Tofet, adonde el SEÑOR lo había enviado a profetizar, se paró en el atrio de la casa del Señor y dijo a todo el pueblo: «Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Como esta ciudad y todos sus pueblos vecinos se han obstinado en desobedecer mis palabras, voy a mandarles toda la calamidad que les había prometido”».

2

Cuando el sacerdote Pasur hijo de Imer, que era el oficial principal de la casa del SEÑOR, oyó lo que Jeremías profetizaba, mandó que golpearan al profeta Jeremías y que lo colocaran en el cepo ubicado en la puerta alta de Benjamín, junto a la casa del SEÑOR. A la mañana siguiente, cuando Pasur liberó a Jeremías del cepo, Jeremías le dijo: «El SEÑOR ya no te llama Pasur, sino “Terror por todas partes”. Porque así dice el SEÑOR: “Te voy a convertir en terror para ti mismo y para tus amigos, los cuales caerán bajo la espada de sus enemigos, y tú mismo lo verás. Entregaré a todo Judá en manos del rey de Babilonia, el cual los deportará a Babilonia o los matará a filo de espada. Además, pondré en manos de sus enemigos toda la riqueza de esta ciudad, todos sus productos y objetos de valor, y todos los tesoros de los reyes de Judá, para que los saqueen y se los lleven a Babilonia. Y tú, Pasur, irás al cautiverio de Babilonia junto con toda tu familia. Allí morirás, y allí serás enterrado, con todos tus amigos, a quienes les profetizabas mentiras”.

2

¡Me sedujiste, SEÑOR,
 y yo me dejé seducir!
 Fuiste más fuerte que yo,
 y me venciste.
 Todo el mundo se burla de mí;
 se ríen de mí todo el tiempo.
 Cada vez que hablo, es para gritar:
 «¡Violencia! ¡Violencia!»
 Por eso la palabra del SEÑOR
 no deja de ser para mí
 un oprobio y una burla.
 Si digo: «No me acordaré más de él,
 ni hablaré más en su nombre»,
 entonces su palabra en mi interior
 se vuelve un fuego ardiente
 que me cala hasta los huesos.
 He hecho todo lo posible por contenerla,
 pero ya no puedo más.
 Escucho a muchos decir con sorna:
 «¡Hay terror por todas partes!»
 y hasta agregan: «¡Denúncienlo!
 ¡Vamos a denunciarlo!»
 Aun mis mejores amigos
 esperan que tropiece.
 También dicen: «Quizá lo podamos seducir.
 Entonces lo venceremos
 y nos vengaremos de él».

Pero el SEÑOR está conmigo
 como un guerrero poderoso;
 por eso los que me persiguen
 caerán y no podrán prevalecer,
 fracasarán y quedarán avergonzados.
 Eterna será su deshonra;
 jamás será olvidada.
 Tú, SEÑOR Todopoderoso,
 que examinas al justo,
 que sondeas el corazón y la mente,
 hazme ver tu venganza sobre ellos,
 pues a ti he encomendado mi causa.

¡Canten al SEÑOR, alábenlo!
 Él salva a los pobres
 del poder de los malvados.

¡Maldito el día en que nací!
 ¡Maldito el día en que mi madre me dio a luz!
 ¡Maldito el hombre que alegró a mi padre

cuando le dijo: «¡Te ha nacido un hijo varón!»!

¡Que sea tal hombre como las ciudades
que el SEÑOR destruyó sin compasión.

Que oiga gritos en la mañana
y alaridos de guerra al mediodía!

¿Por qué Dios no me dejó morir
en el seno de mi madre?

Así ella habría sido mi tumba,
y yo jamás habría salido de su vientre.

¿Por qué tuve que salir del vientre
solo para ver problemas y aflicción,
y para terminar mis días en vergüenza?

3

Esta es la palabra del SEÑOR, que vino a Jeremías cuando el rey Sedequías envió a Pasur hijo de Malquías, y al sacerdote Sofonías hijo de Maseías, a que le dijeran:

«Consulta ahora al SEÑOR por nosotros, porque Nabucodonosor, rey de Babilonia, nos está atacando. Tal vez el SEÑOR haga uno de sus milagros, y lo obligue a retirarse».

Jeremías les respondió:

«Adviértanle a Sedequías que así dice el SEÑOR, el Dios de Israel: “Yo haré retroceder tus tropas, las que pelean contra el rey de Babilonia y contra los caldeos, que desde fuera de los muros los tienen sitiados. Haré que tus tropas se replieguen dentro de la ciudad. Yo mismo pelearé contra ustedes. Con gran despliegue de poder, y con ira, furor y gran indignación, heriré a hombres y animales, y los habitantes de esta ciudad morirán por causa de una peste terrible. Después de eso entregaré a Sedequías, rey de Judá, y a sus oficiales y a la gente que haya quedado con vida después de la peste, la espada y el hambre —afirma el SEÑOR—. Los entregaré en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y de los enemigos que buscan matarlos. Sin ninguna piedad, clemencia ni compasión, Nabucodonosor los herirá a filo de espada”.

»Y a este pueblo adviértele que así dice el SEÑOR: “Pongo delante de ustedes el camino de la vida y el camino de la muerte. El que se quede en esta ciudad morirá por la espada y la peste, o de hambre. Pero el que salga y se rinda a los caldeos que los están sitiando, vivirá. Así salvará su vida. Porque he decidido hacerle a esta ciudad el mal y no el bien —afirma el SEÑOR—. Será entregada en manos del rey de Babilonia, quien le prenderá fuego”.

»Di también a la casa real de Judá que escuchen la palabra del SEÑOR. Adviértele a la dinastía de David que así dice el SEÑOR:

»“Hagan justicia cada mañana,
y libren al explotado del poder del opresor,
no sea que mi ira se encienda como un fuego
y arda sin que nadie pueda extinguirla,
a causa de la maldad de sus acciones.

¡Yo estoy contra ti, Jerusalén,
reina del valle,
roca de la llanura!

—afirma el SEÑOR—.

Ustedes dicen: ‘¿Quién podrá venir contra nosotros?
¿Quién podrá entrar en nuestros refugios?’

Yo los castigaré conforme al fruto de sus acciones

—afirma el SEÑOR—;

a su bosque le prenderé fuego,

y ese fuego consumirá todos sus alrededores”».

2

Así dice el SEÑOR: «Ve a la casa del rey de Judá, y proclama allí este mensaje: “Tú, rey de Judá, que estás sentado sobre el trono de David, y tus oficiales y tu pueblo, que entran por estas puertas, escuchen la palabra del SEÑOR. Así dice el SEÑOR: ‘Practiquen el derecho y la justicia. Libren al oprimido del poder del opresor. No maltraten ni hagan violencia al extranjero, ni al huérfano ni a la viuda, ni derramen sangre inocente en este lugar. Si de veras cumplen con esta palabra, entonces por las puertas de este palacio entrarán reyes que ocuparán el trono de David; entrarán en carros y a caballo, acompañados por sus oficiales y su pueblo. Pero si no obedecen estas palabras, juro por mí mismo que este palacio se convertirá en un montón de ruinas. Yo, el SEÑOR, lo afirmo”».

Porque así dice el SEÑOR acerca de la casa real de Judá:

«Para mí, tú eres como Galaad
y como la cima del Líbano,
pero juro que te convertiré en un desierto,
en ciudades deshabitadas.

Enviaré contra ti destructores,
cada uno con sus armas,
que talarán tus cedros más hermosos

y los echarán en el fuego.

»Gente de muchas naciones pasará por esta ciudad, y se preguntará: “¿Por qué habrá tratado así el SEÑOR a esta gran ciudad?” Y se le responderá: “Porque **abandonaron el pacto del SEÑOR su Dios, adorando y sirviendo a otros dioses”».**

No lloren por el que está muerto,
ni hagan lamentaciones por él.

Lloren más bien por el exiliado,
por el que nunca volverá

ni verá más la tierra en que nació.

Así dice el SEÑOR acerca de Salún hijo de Josías, rey de Judá, que ascendió al trono después de su padre Josías y que salió de este lugar: «Nunca más volverá, sino que morirá en el lugar donde ha sido desterrado. No volverá a ver más este país.

»¡Ay del que edifica su casa
y sus habitaciones superiores
violentando la justicia y el derecho!

¡Ay del que obliga a su prójimo
a trabajar de balde,
y no le paga por su trabajo!

¡Ay del que dice: “Me edificaré una casa señorial,
con habitaciones amplias en el piso superior”!

Y le abre grandes ventanas,

y la recubre de cedro y la pinta de rojo.

»¿Acaso eres rey

solo por acaparar mucho cedro?

Tu padre no solo comía y bebía,
sino que practicaba el derecho y la justicia,
y por eso le fue bien.

Defendía la causa del pobre y del necesitado,
y por eso le fue bien.

¿Acaso no es esto conocerme?

—afirma el SEÑOR—.

»Pero tus ojos y tu corazón

solo buscan ganancias deshonestas,

solo buscan derramar sangre inocente

y practicar la opresión y la violencia».

Por eso, así dice el SEÑOR acerca de Joacim hijo de Josías, rey de Judá:

«Nadie lamentará su muerte ni gritará:

“¡Ay, mi hermano! ¡Ay, mi hermana!”

Nadie lamentará su muerte ni gritará:

“¡Ay, señor! ¡Ay, Su Majestad!”

Será enterrado como un asno,

y lo arrastrarán y lo arrojarán

fuera de las puertas de Jerusalén».

«¡Sube al Líbano y grita;

levanta tu voz en Basán!

¡Grita desde Abarín,

pues todos tus amantes han sido destruidos!

Yo te hablé cuando te iba bien,

pero tú dijiste: “¡No escucharé!”

Así te has comportado desde tu juventud:

¡nunca me has obedecido!

El viento arrastrará a todos tus pastores,

y tus amantes irán al cautiverio.

Por culpa de toda tu maldad

quedarás avergonzada y humillada.

Tú, que habitas en el Líbano,

que has puesto tu nido entre los cedros,

¡cómo gemirás cuando te vengan los dolores,

dolores como de parturienta!

»¡Tan cierto como que yo vivo —afirma el SEÑOR—, que aunque Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, sea un anillo en mi mano derecha, aun de allí lo arrancaré! Yo te entregaré en manos de los que buscan matarte, y en manos de los que tú más temes, es decir, en poder de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y de los babi-

lonios. A ti y a la madre que te dio a luz los arrojaré a un país que no los vio nacer, y allí morirán. Jamás volverán al país al que tanto anhelan volver».

¿Es Jeconías una vasija despreciable y rota,
un objeto que nadie desea?

¿Por qué son arrojados él y su descendencia,
y echados a un país que no conocen?

¡Tierra, tierra, tierra!

¡Escucha la palabra del SEÑOR!

Así dice el SEÑOR: «Anoten a este hombre
como si fuera un hombre sin hijos;
como alguien que fracasó en su vida.

Porque ninguno de sus descendientes
logrará ocupar el trono de David,
ni reinar de nuevo en Judá».

2

«¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan el rebaño de mis praderas!», afirma el SEÑOR. Por eso, así dice el SEÑOR, el Dios de Israel, a los pastores que apacientan a mi pueblo: «Ustedes han dispersado a mis ovejas; las han expulsado y no se han encargado de ellas. Pues bien, yo me encargaré de castigarlos a ustedes por sus malas acciones —afirma el SEÑOR—. Al resto de mis ovejas yo mismo las reuniré de todos los países adonde las expulsé; y las haré volver a sus pastos, donde crecerán y se multiplicarán. Pondré sobre ellas pastores que las pastorearán, y ya no temerán ni se espantarán, ni faltará ninguna de ellas —afirma el SEÑOR—.

»Vienen días —afirma el SEÑOR—,
en que de la simiente de David
haré surgir un vástago justo;

él reinará con sabiduría en el país,
y practicará el derecho y la justicia.

En esos días Judá será salvada,
Israel morará seguro.

Y este es el nombre que se le dará:

“El SEÑOR es nuestra salvación”.

»Por eso —afirma el SEÑOR— vienen días en que ya no se dirá: “Por la vida del SEÑOR, que hizo salir a los israelitas de la tierra de Egipto”, sino: “Por la vida del SEÑOR, que hizo salir a los descendientes de la familia de Israel, y los hizo llegar del país del norte, y de todos los países adonde los había expulsado”. Y habitarán en su propia tierra».

2

En cuanto a los profetas:

Se me parte el corazón en el pecho
y se me estremecen los huesos.

Por causa del SEÑOR
y de sus santas palabras,
hasta parezco un borracho,

alguien dominado por el vino.
 A causa de la maldición,
 el país está lleno de adúlteros,
 la tierra está de luto
 y los pastos del desierto se han secado.
 Los profetas corren tras la maldad,
y usan su poder para la injusticia.

«Impíos son los profetas y los sacerdotes;
 aun en mi propia casa encuentro su maldad
 —afirma el SEÑOR—.

»Por eso su camino será resbaladizo;
 serán empujados a las tinieblas,
 y en ellas se hundirán.

Yo traeré sobre ellos una calamidad
 en el año de su castigo
 —afirma el SEÑOR—.

»Algo insólito he observado
 entre los profetas de Samaria:
 profetizaron en nombre de Baal,
 y descarriaron a mi pueblo Israel.

Y entre los profetas de Jerusalén
 he observado cosas terribles:

cometen adulterio, y viven en la mentira;
 fortalecen las manos de los malhechores,
 ninguno se convierte de su maldad.

Todos ellos son para mí como Sodoma;
los habitantes de Jerusalén son como Gomorra».

Por tanto, así dice el SEÑOR Todopoderoso contra los profetas:

«Haré que coman alimentos amargos
 y que beban agua envenenada,
 porque los profetas de Jerusalén
han llenado de corrupción todo el país».

Así dice el SEÑOR Todopoderoso:

«No hagan caso de lo que dicen los profetas,
 pues alientan en ustedes falsas esperanzas;
 cuentan visiones que se han imaginado
 y que no proceden de la boca del SEÑOR.
 A los que me desprecian les aseguran
 que yo digo que gozarán de bienestar;
 a los que obedecen los dictados de su terco corazón
 les dicen que no les sobrevendrá ningún mal.
 ¿Quién de ellos ha estado en el consejo del SEÑOR?
 ¿Quién ha recibido o escuchado su palabra?
 ¿Quién ha atendido y escuchado su palabra?

El huracán del SEÑOR se ha desatado con furor;
un torbellino se cierne amenazante
sobre la cabeza de los malvados.

La ira del SEÑOR no cesará
hasta que haya realizado por completo
los propósitos de su corazón.

Al final de los tiempos
lo comprenderán con claridad.

Yo no envié a esos profetas,
pero ellos corrieron;
ni siquiera les hablé,
pero ellos profetizaron.

Si hubieran estado en mi consejo,
habrían proclamado mis palabras a mi pueblo;
lo habrían hecho volver de su mal camino
y de sus malas acciones.

»¿Soy acaso Dios solo de cerca?
¿No soy Dios también de lejos?
—afirma el SEÑOR—.

¿Podrá el hombre hallar un escondite
donde yo no pueda encontrarlo?
—afirma el SEÑOR—.

¿Acaso no soy yo el que llena los cielos y la tierra?
—afirma el SEÑOR—.

»He escuchado lo que dicen los profetas que profieren mentiras en mi nombre, los cuales dicen: “¡He tenido un sueño, he tenido un sueño!” ¿Hasta cuándo seguirán dándole valor de profecía a las mentiras y delirios de su mente? Con los sueños que se cuentan unos a otros pretenden hacer que mi pueblo se olvide de mi nombre, como sus antepasados se olvidaron de mi nombre por el de Baal. El profeta que tenga un sueño, que lo cuente; pero el que reciba mi palabra, que la proclame con fidelidad. ¿Qué tiene que ver la paja con el grano? —afirma el SEÑOR—. ¿No es acaso mi palabra como fuego, y como martillo que pulveriza la roca? —afirma el SEÑOR—.

»Por eso yo estoy contra los profetas que se roban mis palabras entre sí —afirma el SEÑOR—. Yo estoy contra los profetas que sueltan la lengua y hablan por hablar —afirma el SEÑOR—. Yo estoy contra los profetas que cuentan sueños mentirosos, y que al contarlos hacen que mi pueblo se extravíe con sus mentiras y sus presunciones —afirma el SEÑOR—. Yo no los he enviado ni les he dado ninguna orden. Son del todo inútiles para este pueblo —afirma el SEÑOR—.

2

»Y si este pueblo, o algún profeta o sacerdote, te pregunta: “¿Qué mensaje tenemos del SEÑOR?”, tú les responderás: “¿De qué mensaje hablan?” Yo los abandonaré —afirma el SEÑOR—. Y si un profeta o un sacerdote, o alguien del pueblo, dice: “Este es el mensaje del SEÑOR”, yo castigaré a ese hombre y a su casa. Así deberán hablarse entre amigos y hermanos: “¿Qué ha respondido el SEÑOR?”, o “¿Qué ha dicho el SEÑOR?” Pero no deberán mencionar más la frase “Mensaje del SEÑOR”, porque el mensaje de cada uno será su propia palabra, ya que ustedes

han distorsionado las palabras del Dios viviente, del SEÑOR Todopoderoso, nuestro Dios. Así les dirás a los profetas: “¿Qué les ha respondido el SEÑOR? ¿Qué les ha dicho?” Pero si ustedes responden: “¡Mensaje del SEÑOR!”, el SEÑOR dice: “Por cuanto ustedes han dicho: ‘¡Mensaje del SEÑOR!’ siendo que yo les había prohibido que pronunciaran esta frase, entonces me olvidaré de ustedes y los echaré de mi presencia, junto con la ciudad que les di a ustedes y a sus antepasados. Y los afligiré con un oprobio eterno, con una humillación eterna que jamás será olvidada”».

3

Después de que Nabucodonosor, rey de Babilonia, deportó de Jerusalén a Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, junto con los jefes de Judá y con los artesanos y herreros, el SEÑOR me mostró dos canastas de higos colocadas frente al templo del SEÑOR. Una de ellas tenía higos muy buenos, como los que maduran primero; la otra tenía higos muy malos, tan malos que no se podían comer.

Entonces el SEÑOR me preguntó: «¿Qué ves, Jeremías?» Yo respondí: «Veo higos. Unos están muy buenos, pero otros están tan malos que no se pueden comer».

Y la palabra del SEÑOR vino a mí: «Así dice el SEÑOR, el Dios de Israel: “A los deportados de Judá, que envié de este lugar al país de los babilonios, los consideraré como a estos higos buenos. Los miraré favorablemente, y los haré volver a este país. Los edificaré y no los derribaré, los plantaré y no los arrancaré. Les daré un corazón que me conozca, porque yo soy el SEÑOR. Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios, porque volverán a mí de todo corazón.

»“Pero a Sedequías, rey de Judá, y a sus jefes y a los sobrevivientes de Jerusalén —lo mismo a los que se quedaron en este país como a los que viven en Egipto— los trataré como a los higos malos, que de tan malos no se pueden comer —afirma el SEÑOR—. Los convertiré en motivo de espanto y de calamidad, para todos los reinos de la tierra. En todos los lugares por donde yo los disperse, serán objeto de escarnio, desprecio, burla y maldición. Enviaré contra ellos espada, hambre y pestilencia, hasta que sean exterminados de la tierra que les di a ellos y a sus antepasados”».

3

Esta es la palabra que vino a Jeremías con relación a todo el pueblo de Judá. La recibió en el año cuarto del reinado de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, es decir, durante el año primero del reinado de Nabucodonosor, rey de Babilonia. El profeta Jeremías les dijo lo siguiente a todo el pueblo de Judá y a todos los habitantes de Jerusalén: «Desde el año trece de Josías hijo de Amón, rey de Judá, hasta el día de hoy —y conste que ya han pasado veintitrés años!—, el SEÑOR me ha dirigido su palabra, y yo les he hablado en repetidas ocasiones, pero ustedes no me han hecho caso.

»Además, una y otra vez el SEÑOR les ha enviado a sus siervos los profetas, pero ustedes no los han escuchado ni les han prestado atención. Ellos los exhortaban: “Dejen ya su mal camino y sus malas acciones. Así podrán habitar en la tierra que, desde siempre y para siempre, el SEÑOR les ha dado a ustedes y a sus antepasados. No vayan tras otros dioses para servirles y adorarlos; no me irriten con la obra de sus manos, y no les haré ningún mal”.

»Pero ustedes no me obedecieron —afirma el SEÑOR—, sino que me irritaron con la obra de sus manos, para su propia desgracia.

»Por eso, así dice el SEÑOR Todopoderoso: “Por cuanto no han obedecido mis palabras, yo haré que vengan todos los pueblos del norte, y también mi siervo Nabucodonosor, rey de Babilonia. Los traeré contra este país, contra sus habitantes y contra todas las naciones vecinas, y los destruiré por completo: ¡los convertiré en objeto de horror, de burla y de eterna desolación! —afirma el SEÑOR—. Haré que desaparezcan entre ellos los gritos de gozo y alegría, los cantos de bodas, el ruido del molino y la luz de la lámpara. Todo este país quedará reducido a horror y desolación, y estas naciones servirán al rey de Babilonia durante setenta años”.

»Pero cuando se hayan cumplido los setenta años, yo castigaré por su iniquidad al rey de Babilonia y a aquella nación, país de los caldeos, y los convertiré en desolación perpetua —afirma el SEÑOR—. Haré que vengan sobre ese país todas las amenazas que le anuncié, y todo lo que está registrado en este libro y que Jeremías ha profetizado contra las naciones. Los caldeos, a su vez, caerán bajo el yugo de muchas naciones y reyes poderosos. Así les daré lo que merecen su conducta y sus hechos».

4

El SEÑOR, el Dios de Israel, me dijo: «Toma de mi mano esta copa del vino de mi ira, y dásela a beber a todas las naciones a las que yo te envíe. Cuando ellas la beban, se tambalearán y perderán el juicio, a causa de la espada que voy a enviar contra ellos».

Tomé de la mano del SEÑOR la copa, y se la di a beber a todas las naciones a las cuales el SEÑOR me envió: a Jerusalén y a las ciudades de Judá, a sus reyes y a sus jefes, para convertirlos en ruinas, en motivo de horror, burla y maldición, como hoy se puede ver. También se la di a beber al faraón, rey de Egipto, y a sus siervos y jefes y a todo su pueblo; a todos los forasteros, a todos los reyes del país de Uz, y a todos los reyes del país de los filisteos: a los de Ascalón, Gaza y Ecrón, y a los sobrevivientes de Asdod; a Edom y Moab, y a los hijos de Amón; a todos los reyes de Tiro y de Sidón; a todos los reyes de las costas al otro lado del mar; a Dedán, Temá y Buz; a todos los pueblos que se rapan las sienes; a todos los reyes de Arabia; a todos los reyes de las diferentes tribus del desierto; a todos los reyes de Zimri, Elam y Media; a todos los reyes del norte, cercanos o lejanos entre sí, y a todos los reinos que están sobre la faz de la tierra. Y después de ellos beberá el rey de Sesac.

«Tú les dirás: “Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: ‘Beban, emborráchense, vomiten y caigan para no levantarse más, por causa de la espada que estoy por mandar contra ustedes’”. Pero si se niegan a tomar de tu mano la copa y beberla, tú les dirás: “Así dice el SEÑOR Todopoderoso: ‘¡Tendrán que beberla!’ Desataré calamidades contra la ciudad que lleva mi nombre. ¿Y creen ustedes que no los voy a castigar? Al contrario, serán castigados —afirma el SEÑOR Todopoderoso—, porque yo desenvaino la espada contra todos los habitantes de la tierra”.

»Tú, Jeremías, profetiza contra ellos todas estas palabras:

»“Ruge el SEÑOR desde lo alto;
desde su santa morada hace tronar su voz.

Ruge violento contra su rebaño;
 grita como los que pisan la uva,
 contra todos los habitantes del mundo.
 El estruendo llega hasta los confines de la tierra,
 porque el SEÑOR litiga contra las naciones;
 enjuicia a todos los mortales,
 y pasa por la espada a los malvados”,
afirma el SEÑOR.

Así dice el SEÑOR Todopoderoso:

«La calamidad se extiende de nación en nación;
 una terrible tempestad se desata
desde los confines de la tierra».

En aquel día, las víctimas del SEÑOR quedarán tendidas de un extremo a otro de la tierra. Nadie las llorará ni las recogerá ni las enterrará; se quedarán sobre la **faz de la tierra, como el estiércol.**

Giman, pastores, y clamen;
 revuélquense en el polvo, jefes del rebaño,
 porque les ha llegado el día de la matanza;
 serán dispersados, y caerán como carneros escogidos.
 Los pastores no tendrán escapatoria;
 no podrán huir los jefes del rebaño.
 Escuchen el clamor de los pastores
 y el gemido de los jefes del rebaño,
 porque el SEÑOR destruye sus pastizales.
 Las hermosas praderas son assoladas,
 a causa de la ardiente ira del SEÑOR.
 Como león que deja abandonada su guarida,
 el SEÑOR ha dejado desolado su país,
 a causa de la espada devastadora,
 a causa de la ardiente ira del SEÑOR.

4

Al comienzo del reinado de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, vino a Jeremías esta palabra del SEÑOR: «Así dice el SEÑOR: “Párate en el atrio de la casa del SEÑOR, y di todas las palabras que yo te ordene a todas las ciudades de Judá que vienen a adorar en la casa del SEÑOR. No omitas ni una sola palabra. Tal vez te hagan caso y se conviertan de su mal camino. Si lo hacen, me arrepentiré del mal que pensaba hacerles por causa de sus malas acciones. Tú les advertirás que así dice el SEÑOR: ‘Si no me obedecen ni se ciñen a la ley que yo les he entregado, y si no escuchan las palabras de mis siervos los profetas, a quienes una y otra vez he enviado y ustedes han desobedecido, entonces haré con esta casa lo mismo que hice con Siló: ¡Haré de esta ciudad una maldición para todas las naciones de la tierra!’”»

Los sacerdotes, los profetas y el pueblo entero oyeron estas palabras que el profeta Jeremías pronunció en la casa del SEÑOR. Pero en cuanto Jeremías ter-

minó de decirle al pueblo todo lo que el SEÑOR le había ordenado, los sacerdotes y los profetas y todo el pueblo lo apresaron y le dijeron: «¿Vas a morir! ¿Por qué has profetizado en el nombre del SEÑOR que esta casa se quedará como Siló, y que esta ciudad quedará desolada y deshabitada?» Y todo el pueblo que estaba en la casa del SEÑOR se abalanzó sobre Jeremías.

Cuando los jefes de Judá escucharon estas cosas, fueron del palacio del rey a la casa del SEÑOR, y se apostaron a la entrada de la Puerta Nueva del templo. Allí los sacerdotes y los profetas dijeron a los jefes y a todo el pueblo: «Este hombre debe ser condenado a muerte, porque ha profetizado contra esta ciudad, tal como ustedes lo han escuchado con sus propios oídos».

Pero Jeremías les dijo a todos los jefes y a todo el pueblo: «El SEÑOR me envió para profetizar contra esta casa y contra esta ciudad todas las cosas que ustedes han escuchado. Así que enmienden ya su conducta y sus acciones, y obedezcan al SEÑOR su Dios, y el SEÑOR se arrepentirá del mal que les ha anunciado. En cuanto a mí, estoy en manos de ustedes; hagan conmigo lo que mejor les parezca. Pero sepan que si ustedes me matan, estarán derramando sangre inocente sobre ustedes mismos y sobre los habitantes de esta ciudad. Lo cierto es que el SEÑOR me ha enviado a que les anuncie claramente todas estas cosas».

Los jefes y todo el pueblo dijeron a los sacerdotes y a los profetas: «Este hombre no debe ser condenado a muerte, porque nos ha hablado en el nombre del SEÑOR nuestro Dios».

Entonces algunos de los ancianos del país se levantaron y le recordaron a toda la asamblea del pueblo que, durante el reinado de Ezequías, Miqueas de Moréset había profetizado a todo el pueblo de Judá:

«Así dice el SEÑOR Todopoderoso:

“Sión será arada como un campo,

Jerusalén quedará en ruinas,

y la montaña del templo se volverá un bosque”.

»¿Acaso Ezequías, rey de Judá, y todo su pueblo mataron a Miqueas? ¿No es verdad que Ezequías temió al SEÑOR y le pidió su ayuda, y que el SEÑOR se arrepintió del mal que les había anunciado? Sin embargo, nosotros estamos por provocar nuestro propio mal».

Hubo también otro profeta, de nombre Urías hijo de Semaías, de Quiriat Yearín, que profetizaba en el nombre del SEÑOR. Este profetizó contra la ciudad y contra el país, tal y como lo hizo Jeremías. Cuando el rey Joacim y sus funcionarios y jefes oyeron sus palabras, el rey intentó matarlo; pero al enterarse Urías, tuvo miedo y escapó a Egipto. Después el rey Joacim envió a Egipto a Elnatán hijo de Acbor, junto con otros hombres, y ellos sacaron de Egipto a Urías y lo llevaron ante el rey Joacim, quien mandó que mataran a Urías a filo de espada, y que arrojaran su cadáver a la fosa común.

Sin embargo, Ajicán hijo de Safán protegió a Jeremías y no permitió que cayera en manos del pueblo ni que lo mataran.

3

Al comienzo del reinado de Sedequías hijo de Josías, rey de Judá, vino a Jeremías esta palabra del SEÑOR:

Así me dijo el SEÑOR: «Hazte un yugo y unas correas, y pónelos sobre el cuello. Envía luego a los reyes de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón, un mensaje

por medio de los mensajeros que vienen a Jerusalén para ver a Sedequías, rey de Judá. Entrégales este mensaje para sus señores: “Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: ‘Digan a sus señores: Yo, con mi gran poder y mi brazo poderoso, hice la tierra, y los hombres y los animales que están sobre ella, y puedo dárselos a quien me plazca. Ahora mismo entrego todos estos países en manos de mi siervo Nabucodonosor, rey de Babilonia, y hasta las bestias del campo las he puesto bajo su poder. Todas las naciones le servirán a él, y a su hijo y a su nieto, hasta que también a su país le llegue la hora y sea sometido por numerosas naciones y grandes reyes. Y si alguna nación o reino rehúsa someterse a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y no dobla el cuello bajo el yugo del rey de Babilonia, yo castigaré a esa nación con espada, hambre y pestilencia, hasta que Nabucodonosor la destruya por completo —afirma el SEÑOR—.

»“Por tanto, no les hagan caso a sus profetas ni a sus adivinos, intérpretes de sueños, astrólogos y hechiceros, que les dicen que no se sometan al rey de Babilonia. Las mentiras que ellos les profetizan solo sirven para que ustedes se alejen de su propia tierra, y para que yo los expulse y mueran. En cambio, a la nación que doble el cuello bajo el yugo del rey de Babilonia y se someta a él —afirma el SEÑOR—, yo la dejaré en su propia tierra para que la trabaje y viva en ella”».

A Sedequías, rey de Judá, le dije lo mismo: «Doblen el cuello bajo el yugo del rey de Babilonia; sométanse a él y a su pueblo, y seguirán con vida. ¿Para qué van a morir tú y tu pueblo por la espada, el hambre y la pestilencia, tal como lo ha prometido el SEÑOR a toda nación que no se someta al rey de Babilonia? No les hagan caso a las palabras de los profetas que les dicen que no se sometan al rey de Babilonia, porque lo que les profetizan son mentiras. “¡Yo no los envié! —afirma el SEÑOR—. Ellos profetizan mentiras en mi nombre, que solo servirán para que yo los expulse a ustedes, y mueran tanto ustedes como sus profetas”».

También les comuniqué a los sacerdotes y a todo el pueblo que así dice el SEÑOR:

«No les hagan caso a los profetas que les aseguran que muy pronto les serán devueltos de Babilonia los utensilios de la casa del SEÑOR. ¡Tales profecías son puras mentiras! No les hagan caso. Sométanse al rey de Babilonia, y seguirán con vida. ¿Por qué ha de convertirse en ruinas esta ciudad? Si de veras son profetas y tienen palabra del SEÑOR, que le supliquen al SEÑOR Todopoderoso que no sean llevados a Babilonia los utensilios que aún quedan en la casa del SEÑOR, y en el palacio del rey de Judá y en Jerusalén.

»En cuanto a las columnas, la fuente de agua, las bases y los demás utensilios que quedaron en esta ciudad, los cuales no se llevó Nabucodonosor, rey de Babilonia, cuando deportó de Jerusalén a Babilonia a Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, junto con todos los nobles de Judá y Jerusalén, es decir, en cuanto a los utensilios que quedaron en la casa del SEÑOR y en el palacio del rey de Judá y en Jerusalén, así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Todo esto será llevado a Babilonia —afirma el SEÑOR—, y allí permanecerá hasta el día en que yo lo vaya a buscar y lo devuelva a este lugar”».

3

En el quinto mes de ese mismo año cuarto, es decir, al comienzo del reinado de Sedequías, rey de Judá, el profeta Jananías hijo de Azur, que era de Gabaón, me dijo en la casa del SEÑOR, en presencia de los sacerdotes y de todo el pueblo:

—Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Voy a quebrar el yugo

del rey de Babilonia. Dentro de dos años devolveré a este lugar todos los utensilios que Nabucodonosor, rey de Babilonia, se llevó de la casa del SEÑOR a Babilonia. También haré que vuelvan a este lugar Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, y todos los que fueron deportados de Judá a Babilonia. ¡Voy a quebrar el yugo del rey de Babilonia! Yo, el SEÑOR, lo afirmo”.

En presencia de los sacerdotes y de todo el pueblo que estaba en la casa del SEÑOR, el profeta Jeremías le respondió al profeta Jananías:

—¡Amén! Que así lo haga el SEÑOR. Que cumpla el SEÑOR las palabras que has profetizado. Que devuelva a este lugar los utensilios de la casa del SEÑOR y a todos los que fueron deportados a Babilonia. Pero presta atención a lo que voy a decirles a ti y a todo el pueblo: Los profetas que nos han precedido profetizaron guerra, hambre y pestilencia contra numerosas naciones y grandes reinos. Pero a un profeta que anuncia paz se le reconoce como profeta verdaderamente enviado por el SEÑOR, solo si se cumplen sus palabras.

Entonces el profeta Jananías tomó el yugo que estaba sobre el cuello del profeta Jeremías, y lo quebró. Y dijo en presencia de todo el pueblo:

—Así dice el SEÑOR: “De esta manera voy a quebrar, dentro de dos años, el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, que pesa sobre el cuello de todas las naciones”.

El profeta Jeremías, por su parte, optó por seguir su camino.

Algún tiempo después de que el profeta Jananías quebrara el yugo que pesaba sobre el cuello de Jeremías, la palabra del SEÑOR vino a este profeta:

«Ve y adviértele a Jananías que así dice el SEÑOR: “Tú has quebrado un yugo de madera, pero yo haré en su lugar un yugo de hierro. Porque así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: ‘Voy a poner un yugo de hierro sobre el cuello de todas estas naciones, para someterlas a Nabucodonosor, rey de Babilonia, y ellas se sujetarán a él. También a las bestias del campo las someteré a su poder’”».

Entonces el profeta Jeremías le dijo al profeta Jananías:

—Presta mucha atención. A pesar de que el SEÑOR no te ha enviado, tú has hecho que este pueblo confíe en una mentira. Por eso, así dice el SEÑOR: “Voy a hacer que desaparezcas de la faz de la tierra. Puesto que has incitado a la rebelión contra el SEÑOR, este mismo año morirás”.

En efecto, el profeta Jananías murió en el mes séptimo de ese mismo año.

3

Esta es la carta que el profeta Jeremías envió desde Jerusalén al resto de los ancianos que estaban en el exilio, a los sacerdotes y los profetas, y a todo el pueblo que Nabucodonosor había desterrado de Jerusalén a Babilonia. Esto sucedió después de que el rey Jeconías había salido de Jerusalén, junto con la reina madre, los eunucos, los jefes de Judá y de Jerusalén, los artesanos y los herreros. La carta fue enviada por medio de Elasá hijo de Safán, y de Guemarías hijo de Jilquías, a quienes Sedequías, rey de Judá, había enviado al rey Nabucodonosor, rey de Babilonia. La carta decía:

Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel, a todos los que he deportado de Jerusalén a Babilonia: «Construyan casas y habítenlas; planten huertos y coman de su fruto. Cásense, y tengan hijos e hijas; y casen a sus hijos e hijas, para que a su vez ellos les den nietos. Multiplíquense allá, y no disminuyan. Además, busquen el bienestar de la ciudad adonde los he deportado, y pidan al SEÑOR por ella, porque el bienestar de ustedes depende

del bienestar de la ciudad». Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: «No se dejen engañar por los profetas ni por los adivinos que están entre ustedes. No hagan caso de los sueños que ellos tienen. Lo que ellos les profetizan en mi nombre es una mentira. Yo no los he enviado», afirma el SEÑOR.

Así dice el SEÑOR: «Cuando a Babilonia se le hayan cumplido los setenta años, yo los visitaré; y haré honor a mi promesa en favor de ustedes, y los haré volver a este lugar. Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes —afirma el SEÑOR—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza. Entonces ustedes me invocarán, y vendrán a suplicarme, y yo los escucharé. Me buscarán y me encontrarán, cuando me busquen de todo corazón. Me dejaré encontrar —afirma el SEÑOR—, y los haré volver del cautiverio. Yo los reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde los haya dispersado, y los haré volver al lugar del cual los deporté», afirma el SEÑOR.

Ustedes podrán decir: «El SEÑOR nos ha dado profetas en Babilonia», pero esto es lo que dice el SEÑOR acerca del rey que ocupa el trono de David, y acerca de todo el pueblo que aún queda en esta ciudad, es decir, de sus hermanos que no fueron con ustedes al exilio. Así dice el SEÑOR Todopoderoso: «Voy a mandar contra ellos la espada, el hambre y la pestilencia. Haré que sean como higos podridos, que de tan malos no se pueden comer. Los perseguiré con espada, hambre y pestilencia, y haré que sean motivo de espanto para todos los reinos de la tierra, y que sean maldición y objeto de horror, de burla y de escarnio en todas las naciones por donde yo los disperse. Porque ustedes no han escuchado ni han hecho caso de las palabras que, una y otra vez, les envié por medio de mis siervos los profetas —afirma el SEÑOR—.

»Pero ahora todos ustedes los exiliados que hice deportar de Jerusalén a Babilonia, ¡obedezcan mi palabra!» Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel, acerca de Acab hijo de Colaiás, y de Sedequías hijo de Maseías, que les profetizan una mentira en mi nombre: «Voy a entregarlos en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y él los matará ante sus propios ojos. Por culpa de ellos, todos los deportados de Judá que están en Babilonia pronunciarán esta maldición: “Que haga el SEÑOR contigo lo mismo que hizo con Sedequías y Acab, a quienes el rey de Babilonia asó en el fuego”. Porque cometieron una infamia en Israel: adulteraron con la mujer de su prójimo y dijeron mentiras en mi nombre, cosas que jamás les ordené. Yo lo sé, y de eso soy testigo», afirma el SEÑOR.

2

También a Semaías hijo de Nejelán le comunicarás que así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: «Tú, en tu propio nombre, enviaste cartas a todo el pueblo que está en Jerusalén, al sacerdote Sofonías hijo de Maseías, y a todos los sacerdotes. En esas cartas decías: “El SEÑOR te ha puesto como sacerdote en lugar del sacerdote Joyadá, para que vigiles en la casa del SEÑOR. A todo loco que se haga pasar por profeta, lo pondrás en el cepo y en el calabozo. ¿Por qué, pues, no has reprendido a Jeremías de Anatot, que entre ustedes se hace pasar por profeta? Resulta que él nos envió un mensaje a Babilonia, el cual decía: ‘La deportación va a durar mucho tiempo; así que construyan casas, y habítenlas; planten huertos y coman de su fruto’”».

El sacerdote Sofonías leyó esta carta al profeta Jeremías. Entonces vino a Jeremías la palabra del SEÑOR:

«Comunícales a todos los deportados que así dice el SEÑOR acerca de Semaías de Nejelán: “Puesto que Semaías les ha profetizado sin que yo lo haya enviado, y les ha hecho confiar en una mentira, yo, el SEÑOR, castigaré a Semaías de Nejelán y a su descendencia, porque ha incitado al pueblo a rebelarse contra mí. Ninguno de su familia vivirá para contar el bien que le haré a mi pueblo”», afirma el SEÑOR.

3

La palabra del SEÑOR vino a Jeremías: «Así dice el SEÑOR, el Dios de Israel: “Escribe en un libro todas las palabras que te he dicho. Porque vienen días —afirma el SEÑOR— cuando yo haré volver del cautiverio a mi pueblo Israel y Judá, y los traeré a la tierra que di a sus antepasados, y la poseerán”», afirma el SEÑOR.

Esto fue lo que el SEÑOR le dijo a Jeremías acerca de Israel y Judá: «Así dice el SEÑOR:

»“Hemos escuchado un grito de espanto;
no hay paz, sino terror.

Pregunten y vean
si acaso los varones dan a luz.

¿Por qué, pues, veo a todos los hombres
con las manos sobre las caderas,
como mujeres con dolores de parto?

¿Por qué han palidecido
todos los rostros?

¡Ay! Será un día terrible,
un día que no tiene parangón.

Será un tiempo de angustia para Jacob,
pero será librado de ella.

»“En aquel día —afirma el SEÑOR Todopoderoso—,
quebraré el yugo que mi pueblo lleva sobre el cuello,
romperé sus ataduras,
y ya no serán esclavos de extranjeros.
Servirán al SEÑOR, su Dios,
y a David, a quien pondré como su rey.

»“No temas, Jacob, siervo mío;
no te asustes, Israel
—afirma el SEÑOR—.

A ti, Jacob, te libraré de ese país lejano;
a tus descendientes los libraré del exilio.

Volverás a vivir en paz y tranquilidad,
y ya nadie te infundirá temor.

Porque yo estoy contigo para salvarte
—afirma el SEÑOR—.

Destruiré por completo a todas las naciones
entre las que te había dispersado.

Pero a ti no te destruiré del todo,
sino que te castigaré con justicia;

¡de ninguna manera quedarás impune!”

»Así dice el SEÑOR:

»“Tu herida es incurable,
tu llaga no tiene remedio.
No hay quien defienda tu causa;
no hay remedio para tu mal
ni sanidad para tu enfermedad.
Todos tus amantes te han olvidado;
ya no se ocupan de ti.
Por causa de tu enorme iniquidad,
y por tus muchos pecados,
te he golpeado, te he corregido,
como lo haría un adversario cruel.
¿Por qué te quejas de tus heridas,
si tu dolor es incurable?
Por causa de tu enorme iniquidad
y por tus muchos pecados,
yo te he tratado así.

»“Todos los que te devoren serán devorados;
todos tus enemigos serán deportados.
Todos los que te saqueen serán saqueados;
todos los que te despojen serán despojados.
Pero yo te restauraré
y sanaré tus heridas
—afirma el SEÑOR—
porque te han llamado la Desechada,
la pobre Sión, la que a nadie le importa”.

»Así dice el SEÑOR:

»“Restauraré las fortunas de las carpas de Jacob,
y tendré compasión de sus moradas;
la ciudad resurgirá sobre sus ruinas,
y el palacio se asentará en el lugar debido.
Surgirán de ellos cánticos de gratitud,
y gritos de alegría.
Multiplicaré su descendencia, y no disminuirá;
los honraré, y no serán menospreciados.
Sus hijos volverán a ser como antes;
ante mí será restablecida su comunidad,
pero castigaré a todos sus opresores.
De entre ellos surgirá su líder;
uno de ellos será su gobernante.
Lo acercaré hacia mí, y él estará a mi lado,
pues ¿quién arriesgaría su vida por acercarse a mí?
—afirma el SEÑOR—.

Ustedes serán mi pueblo,
y yo seré su Dios”».

La tempestad del SEÑOR
ha estallado con furor;
una tempestad huracanada
se ha desatado sobre los malvados.
La ardiente ira del SEÑOR no pasará
hasta que haya realizado del todo
los propósitos de su corazón.
Todo esto lo comprenderán ustedes
al final de los tiempos.

1

«En aquel tiempo —afirma el SEÑOR— seré el Dios de todas las familias de Israel, y ellos serán mi pueblo».

Así dice el SEÑOR:

«El pueblo que escapó de la espada
ha hallado gracia en el desierto;
Israel va en busca de su reposo».

Hace mucho tiempo se me apareció el SEÑOR y me dijo:

«Con amor eterno te he amado;
por eso te sigo con fidelidad,
oh virginal Israel.
Te edificaré de nuevo;
¡sí, serás reedificada!
De nuevo tomarás pandeteras
y saldrás a bailar con alegría.
Volverás a plantar viñedos
en las colinas de Samaria,
y quienes los planten
gozarán de sus frutos
Vendrá un día en que los centinelas
gritarán por las colinas de Efraín:
“¡Vengan, subamos a Sión,
al monte del SEÑOR, nuestro Dios!”»

Así dice el SEÑOR:

«Canten jubilosos en honor de Jacob;
griten de alegría por la mejor de las naciones.
Hagan oír sus alabanzas y clamen:
“¡Salva, SEÑOR, a tu pueblo;
salva al remanente de Israel!”
Yo los traeré del país del norte;
los reuniré de los confines de la tierra.
¡Volverá una gran multitud!
Entre ellos vendrán ciegos y cojos,
embarazadas y parturientas.

Entre llantos vendrán,
y entre consuelos los conduciré.
Los guiaré a corrientes de agua
por un camino llano
en el que no tropezarán.
Yo soy el padre de Israel;
mi primogénito es Efraín.

»Naciones, escuchen la palabra del SEÑOR,
y anuncien en las costas más lejanas:
“El que dispersó a Israel, lo reunirá;
lo cuidará como un pastor a su rebaño”.
Porque el SEÑOR rescató a Jacob;
lo redimió de una mano más poderosa.
Vendrán y cantarán jubilosos en las alturas de Sión;
disfrutarán de las bondades del SEÑOR:
el trigo, el vino nuevo y el aceite,
las crías de las ovejas y las vacas.
Serán como un jardín bien regado,
y no volverán a desmayar.
Entonces las jóvenes danzarán con alegría,
y los jóvenes junto con los ancianos.
Convertiré su duelo en gozo, y los consolaré;
transformaré su dolor en alegría.
Colmaré de abundancia a los sacerdotes,
y saciaré con mis bienes a mi pueblo»,
afirma el SEÑOR.

Así dice el SEÑOR:

«Se oye un grito en Ramá,
lamentos y amargo llanto.
Es Raquel, que llora por sus hijos
y no quiere ser consolada;
¡sus hijos ya no existen!»

Así dice el SEÑOR:

«Reprime tu llanto,
las lágrimas de tus ojos,
pues tus obras tendrán su recompensa:
tus hijos volverán del país enemigo
—afirma el SEÑOR—.
Se vislumbra esperanza en tu futuro:
tus hijos volverán a su patria
—afirma el SEÑOR—.

»Por cierto, he escuchado el lamento de Efraín:
“Me has escarmentado como a un ternero sin domar,
y he aceptado tu corrección.

Hazme volver, y seré restaurado;
 porque tú, mi Dios, eres el SEÑOR.
 Yo me aparté, pero me arrepentí;
 al comprenderlo me di golpes de pecho.
 Me siento avergonzado y humillado
 porque cargo con el oprobio de mi juventud.”
 »¿Acaso no es Efraín mi hijo amado?
 ¿Acaso no es mi niño preferido?
 Cada vez que lo reprendo,
 vuelvo a acordarme de él.
 Por él mi corazón se conmueve;
 por él siento mucha compasión
 —afirma el SEÑOR—.

»Ponte señales en el camino,
 coloca marcas por donde pasaste,
 fíjate bien en el sendero.
 ¡Vuelve, virginal Israel;
 vuelve a tus ciudades!
 ¿Hasta cuándo andarás errante,
 hija infiel?
 El SEÑOR creará algo nuevo en la tierra,
 la mujer regresará a su esposo».

Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: «Cuando yo cambie su suerte, en la tierra de Judá y en sus ciudades volverá a decirse:

»“Monte santo, morada de justicia:
 ¡que el SEÑOR te bendiga!”

Allí habitarán juntos Judá y todas sus ciudades, los agricultores y los pastores de rebaños. Daré de beber a los sedientos y saciaré a los que estén agotados».

En ese momento me desperté, y abrí los ojos. Había tenido un sueño agradable.

«Vienen días —afirma el SEÑOR— en que con la simiente de hombres y de animales sembraré el pueblo de Israel y la tribu de Judá. Y así como he estado vigilándolos para arrancar y derribar, para destruir y demoler, y para traer calamidad, así también habré de vigilarlos para construir y plantar —afirma el SEÑOR—. En aquellos días no volverá a decirse:

»“Los padres comieron uvas agrias,
 y a los hijos se les destemplan los dientes”.

Al contrario, al que coma uvas agrias se le destemplan los dientes, es decir, que cada uno morirá por su propia iniquidad.

»Vienen días —afirma el SEÑOR— en que haré un nuevo pacto con el pueblo de Israel y con la tribu de Judá. No será un pacto como el que hice con sus antepasados el día en que los tomé de la mano y los saqué de Egipto, ya que ellos lo quebrantaron a pesar de que yo era su esposo —afirma el SEÑOR—.

»Este es el pacto que después de aquel tiempo haré con el pueblo de Israel —afirma el SEÑOR—: Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón.

Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrá nadie que enseñar a su prójimo, ni dirá nadie a su hermano: “¿Conoce al SEÑOR!” porque todos, desde el más pequeño hasta el más grande, me conocerán —afirma el SEÑOR—. Yo les perdonaré su iniquidad, y nunca más me acordaré de sus pecados».

Así dice el SEÑOR,
cuyo nombre es el SEÑOR Todopoderoso,
quien estableció el sol para alumbrar el día,
y la luna y las estrellas para alumbrar la noche,
y agita el mar para que rujan sus olas:

«Si alguna vez fallaran estas leyes
—afirma el SEÑOR—,
entonces la descendencia de Israel
ya nunca más sería mi nación especial».

Así dice el SEÑOR:

«Si se pudieran medir los cielos en lo alto,
y en lo bajo explorar los cimientos de la tierra,
entonces yo rechazaría a la descendencia de Israel
por todo lo que ha hecho
—afirma el SEÑOR—.

»Vienen días —afirma el SEÑOR—, en que la ciudad del SEÑOR será reconstruida, desde la torre de Jananel hasta la puerta de la Esquina. El cordel para medir se extenderá en línea recta, desde allí hasta la colina de Gareb, y luego girará hacia Goa. Y todo el valle donde se arrojan los cadáveres y las cenizas, y todos los campos, hasta el arroyo de Cedrón y hasta la puerta de los Caballos, en la esquina oriental, estarán consagrados al SEÑOR. ¡Nunca más la ciudad será arrancada ni derribada!»

3

Esta es la palabra del SEÑOR, que vino a Jeremías en el año décimo del reinado de Sedequías en Judá, es decir, en el año dieciocho de Nabucodonosor. En aquel tiempo el ejército del rey de Babilonia mantuvo sitiada a Jerusalén, y el profeta Jeremías estuvo preso en el patio de la guardia del palacio real.

Sedequías, el rey de Judá, lo tenía preso y le reprochaba: «¿Por qué andas profetizando: “Así dice el SEÑOR”? Andas proclamando que el SEÑOR dice: “Voy a entregar esta ciudad en manos del rey de Babilonia, y él la tomará; y Sedequías, rey de Judá, no escapará de la mano de los babilonios, sino que será entregado en manos del rey de Babilonia y tendrá que enfrentarse con él cara a cara”. Además, dices que el SEÑOR afirma: “Nabucodonosor se llevará a Sedequías a Babilonia, y allí se quedará hasta que yo vuelva a ocuparme de él”, y también: “Si ustedes combaten contra los babilonios, no vencerán”».

Jeremías respondió: «La palabra del SEÑOR vino a mí, y me dijo: “Janamel, hijo de tu tío Salún, vendrá a pedirte que le compres el campo que está en Anatot, pues tienes el derecho y la responsabilidad de comprarlo por ser el pariente más cercano”.

»En efecto, conforme a la palabra del SEÑOR, mi primo Janamel vino a verme en el patio de la guardia y me dijo: “Compra ahora mi campo que está en Anatot,

en el territorio de Benjamín, ya que tú tienes el derecho y la responsabilidad de comprarlo por ser el pariente más cercano”. Entonces comprendí que esto era palabra del SEÑOR, y le compré a mi primo Janamel el campo de Anatot por diecisiete monedas de plata. Reuní a los testigos, firmé la escritura, la sellé, y pagué el precio convenido. Luego tomé la copia sellada y la copia abierta de la escritura con las condiciones de compra, y se las entregué a Baruc, hijo de Nerías y nieto de Maseías, en presencia de Janamel, de los testigos que habían firmado la escritura, y de todos los judíos que estaban sentados en el patio de la guardia. Con ellos como testigos, le ordené a Baruc: “Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: ‘Toma la copia sellada y la copia abierta de esta escritura, y guárdalas en una vasija de barro, para que se conserven mucho tiempo’. Porque así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: ‘De nuevo volverán a comprarse casas, campos y viñedos en esta tierra’”.

»Después de entregarle la escritura a Baruc hijo de Nerías, oré al SEÑOR:

»¡Ah, SEÑOR mi Dios! Tú, con tu gran fuerza y tu brazo poderoso, has hecho los cielos y la tierra. Para ti no hay nada imposible. Muestras tu fiel amor a multitud de generaciones, pero también castigas a los hijos por la iniquidad de sus antepasados. ¡Oh Dios grande y fuerte, tu nombre es el SEÑOR Todopoderoso! Tus proyectos son grandiosos, y magníficas tus obras. Tus ojos observan todo lo que hace la humanidad, para dar a cada uno lo que merece, según su conducta y los frutos de sus acciones. Tú hiciste milagros y prodigios en la tierra de Egipto, y hasta el día de hoy los sigues haciendo, tanto en Israel como en todo el mundo; así te has conquistado la fama que hoy tienes. Tú, con gran despliegue de poder, y con milagros, prodigios y gran terror, sacaste de Egipto a tu pueblo. Le diste a Israel esta tierra, donde abundan la leche y la miel, tal como se lo habías jurado a sus antepasados. Pero cuando entraron y tomaron posesión de ella, no te obedecieron ni acataron tu ley, ni tampoco hicieron lo que les habías ordenado. Por eso les enviaste toda esta desgracia. Ahora las rampas de ataque han llegado hasta la ciudad para conquistarla. A causa de la espada, el hambre y la pestilencia, la ciudad caerá en manos de los babilonios que la atacan. SEÑOR, todo lo que habías anunciado se está cumpliendo, y tú mismo lo estás viendo. SEÑOR mi Dios, a pesar de que la ciudad caerá en manos de los babilonios, tú me has dicho: “Cómprate el campo al contado en presencia de testigos”».

Entonces vino la palabra del SEÑOR a Jeremías: «Yo soy el SEÑOR, Dios de toda la humanidad. ¿Hay algo imposible para mí? Por eso, así dice el SEÑOR: Voy a entregar esta ciudad en manos de los babilonios y de Nabucodonosor, su rey, y él la capturará. Y los babilonios que ataquen esta ciudad, entrarán en ella y le prenderán fuego, así como a las casas en cuyas azoteas se quemaba incienso a Baal y, para provocarme a ira, se derramaban libaciones a otros dioses. Porque desde su juventud el pueblo de Israel y el de Judá no han hecho sino lo malo delante de mí. El pueblo de Israel no ha dejado de provocarme a ira con la obra de sus manos —afirma el SEÑOR—. Desde el día en que construyeron esta ciudad hasta hoy, ella ha sido para mí motivo de ira y de furor. Por eso la quitaré de mi presencia, por todo el mal que han cometido los pueblos de Israel y de Judá: ellos, sus reyes, sus jefes, sus sacerdotes y sus profetas, todos los habitantes de Judá y de Jerusalén. Ellos no me miraron de frente, sino que me dieron la espalda. Y aunque una y otra vez les enseñaba, no escuchaban ni aceptaban corrección. Colocaban sus ídolos abominables en la casa que lleva mi nombre, y así la profanaban. También con-

struían altares a Baal en el valle de Ben Hinón, para pasar por el fuego a sus hijos e hijas en sacrificio a Moloc, cosa detestable que yo no les había ordenado, y que ni siquiera se me había ocurrido. De este modo hacían pecar a Judá.

»Por tanto, así dice el SEÑOR, Dios de Israel, acerca de esta ciudad que, según ustedes, caerá en manos del rey de Babilonia por la espada, el hambre y la pestilencia: Voy a reunirlos de todos los países adonde en mi ira, furor y terrible enojo los dispersé, y los haré volver a este lugar para que vivan seguros. Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Haré que haya coherencia entre su pensamiento y su conducta, a fin de que siempre me teman, para su propio bien y el de sus hijos. Haré con ellos un pacto eterno: Nunca dejaré de estar con ellos para mostrarles mi favor; pondré mi temor en sus corazones, y así no se apartarán de mí. Me regocijaré en favorecerlos, y con todo mi corazón y con toda mi alma los plantaré firmemente en esta tierra.

»Así dice el SEÑOR: Tal como traje esta gran calamidad sobre este pueblo, yo mismo voy a traer sobre ellos todo el bien que les he prometido. Se comprarán campos en esta tierra, de la cual ustedes dicen: “Es una tierra desolada, sin gente ni animales, porque fue entregada en manos de los babilonios”. En la tierra de Benjamín y en los alrededores de Jerusalén, en las ciudades de Judá, de la región montañosa, de la llanura, y del Néguev, se comprarán campos por dinero, se firmarán escrituras, y se sellarán ante testigos —afirma el SEÑOR—, porque yo cambiaré su suerte».

3

La palabra del SEÑOR vino a Jeremías por segunda vez, cuando este aún se hallaba preso en el patio de la guardia: «Así dice aquel cuyo nombre es el SEÑOR, el que hizo la tierra, y la formó y la estableció con firmeza: “Clama a mí y te responderé, y te daré a conocer cosas grandes y ocultas que tú no sabes”. Porque así dice el SEÑOR, Dios de Israel, acerca de las casas de esta ciudad y de los palacios de los reyes de Judá, que van a ser derribados para levantar defensas contra la espada y contra las rampas de asalto: “Los babilonios vienen para atacar la ciudad y llenarla de cadáveres. En mi ira y furor he ocultado mi rostro de esta ciudad; la heriré de muerte a causa de todas sus maldades.

»“Sin embargo, les daré salud y los curaré; los sanaré y haré que disfruten de abundante paz y seguridad. Cambiaré la suerte de Judá y de Israel, y los reconstruiré como al principio. Los purificaré de todas las iniquidades que cometieron contra mí; les perdonaré todos los pecados con que se rebelaron contra mí. Jerusalén será para mí motivo de gozo, y de alabanza y de gloria a la vista de todas las naciones de la tierra. Se enterarán de todo el bien que yo le hago, y temerán y temblarán por todo el bienestar y toda la paz que yo le ofrezco”.

»Así dice el SEÑOR: “Ustedes dicen que este lugar está en ruinas, sin gente ni animales. Sin embargo, en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, que están desoladas y sin gente ni animales, se oírán de nuevo el grito de gozo y alegría, el canto del novio y de la novia, y la voz de los que traen a la casa del SEÑOR ofrendas de acción de gracias y cantan:

»“Den gracias al SEÑOR Todopoderoso,
porque el SEÑOR es bueno,
porque su amor es eterno.”

Yo cambiaré la suerte de este país —afirma el SEÑOR—, y volverá a ser como al principio”.

»Así dice el SEÑOR Todopoderoso: “En este lugar que está en ruinas, sin gente ni animales, y en todas sus ciudades, de nuevo habrá pastos en donde los pastores harán descansar a sus rebaños. En las ciudades de la región montañosa, de la llanura, y del Néguev, en el territorio de Benjamín, en los alrededores de Jerusalén y en las ciudades de Judá, las ovejas volverán a ser contadas por los pastores —dice el SEÑOR—.

»“Llegarán días —afirma el SEÑOR—, en que cumpliré la promesa de bendición que hice al pueblo de Israel y a la tribu de Judá.

»“En aquellos días, y en aquel tiempo,
haré que brote de David un renuevo justo,
y él practicará la justicia y el derecho en el país.
En aquellos días Judá estará a salvo,
y Jerusalén morará segura.
Y será llamada así:

‘El SEÑOR es nuestra justicia’.

Porque así dice el SEÑOR: “Nunca le faltará a David un descendiente que ocupe el trono del pueblo de Israel. Tampoco a los sacerdotes levitas les faltará un descendiente que en mi presencia ofrezca holocausto, queme ofrendas de grano, y presente sacrificios todos los días”.

La palabra del SEÑOR vino a Jeremías: «Así dice el SEÑOR: “Si ustedes pudieran romper mi pacto con el día y mi pacto con la noche, de modo que el día y la noche no llegaran a su debido tiempo, también podrían romper mi pacto con mi siervo David, que no tendría un sucesor que ocupara su trono, y con los sacerdotes levitas, que son mis ministros. Yo multiplicaré la descendencia de mi siervo David, y la de los levitas, mis ministros, como las incontables estrellas del cielo y los granos de arena del mar”».

La palabra del SEÑOR vino a Jeremías: «¿No te has dado cuenta de que esta gente afirma que yo, el SEÑOR, he rechazado a los dos reinos que había escogido? Con esto desprecian a mi pueblo, y ya no lo consideran una nación. Así dice el SEÑOR: “Si yo no hubiera establecido mi pacto con el día ni con la noche, ni hubiera fijado las leyes que rigen el cielo y la tierra, entonces habría rechazado a los descendientes de Jacob y de mi siervo David, y no habría escogido a uno de su estirpe para gobernar sobre la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob. ¡Pero yo cambiaré su suerte y les tendré compasión!”»

3

La palabra del SEÑOR vino a Jeremías cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, estaba atacando a Jerusalén y a sus ciudades vecinas con todo su ejército y con todos los reinos y pueblos de la tierra regidos por él: «Así dice el SEÑOR, el Dios de Israel: “Ve y adviértele a Sedequías, rey de Judá, que así dice el SEÑOR: ‘Voy a entregar esta ciudad en manos del rey de Babilonia, quien la incendiará. Y tú no te escaparás de su poder, porque ciertamente serás capturado y entregado en sus manos. Tus ojos verán los ojos del rey de Babilonia, y él te hablará cara a cara, y serás llevado a Babilonia.’

»“No obstante, Sedequías, rey de Judá, escucha la promesa del SEÑOR para ti. Así dice el SEÑOR: “Tú no morirás a filo de espada sino en paz. También afirma

el SEÑOR: ‘Yo te prometo que, así como los reyes de antaño que te precedieron quemaron especias por tus antepasados, así también lo harán en tu funeral, lamentándose por ti y clamando: ¡Ay, señor!’”»

El profeta Jeremías dijo todo esto a Sedequías, rey de Judá, en Jerusalén. Mientras tanto, el ejército del rey de Babilonia estaba combatiendo contra Jerusalén y contra las ciudades de Judá que aún quedaban, es decir, Laquis y Azeca, que eran las únicas ciudades fortificadas.

3

La palabra del SEÑOR vino a Jeremías después de que el rey Sedequías hizo un pacto con todo el pueblo de Jerusalén para dejar libres a los esclavos. El acuerdo estipulaba que cada israelita debía dejar libre a sus esclavas y esclavos hebreos, y que nadie debía esclavizar a un compatriota judío. Todo el pueblo y los jefes que habían hecho el acuerdo liberaron a sus esclavos, de manera que nadie quedaba obligado a servirlos. Pero después se retractaron y volvieron a someter a esclavitud a los que habían liberado.

Una vez más la palabra del SEÑOR vino a Jeremías: «Así dice el SEÑOR, el Dios de Israel: “Yo hice un pacto con sus antepasados cuando los saqué de Egipto, lugar de esclavitud. Les ordené que cada siete años liberaran a todo esclavo hebreo que se hubiera vendido a sí mismo con ellos. Después de haber servido como esclavo durante seis años, debía ser liberado. Pero sus antepasados no me obedecieron ni me hicieron caso. Ustedes, en cambio, al proclamar la libertad de su prójimo, se habían convertido y habían hecho lo que yo apruebo. Además, se habían comprometido con un pacto en mi presencia, en la casa que lleva mi nombre. Pero ahora se han vuelto atrás y han profanado mi nombre. Cada uno ha obligado a sus esclavas y esclavos que había liberado a someterse de nuevo a la esclavitud”»

»Por tanto, así dice el SEÑOR: “No me han obedecido, pues no han dejado en libertad a sus hermanos. Por tanto, yo proclamo contra ustedes una liberación —afirma el SEÑOR—: dejaré en libertad a la guerra, la pestilencia y el hambre, para que lo que les pase a ustedes sirva de escarmiento para todos los reinos de la tierra. Puesto que han violado mi pacto, y no han cumplido las estipulaciones del pacto que acordaron en mi presencia, los trataré como al novillo que cortaron en dos, y entre cuyos pedazos pasaron para rubricar el pacto. A los jefes de Judá y de Jerusalén, y a los oficiales de la corte y a los sacerdotes, y a todos los que pasaron entre los pedazos del novillo, los entregaré en manos de sus enemigos, que atentan contra su vida, y sus cadáveres servirán de alimento a las aves de rapiña y a las fieras del campo.

»“A Sedequías, rey de Judá, y a sus jefes, los entregaré en manos de sus enemigos, que atentan contra sus vidas, es decir, en poder del ejército del rey de Babilonia, que por el momento se ha replegado. Voy a dar una orden —afirma el SEÑOR—, y los haré volver a esta ciudad. La atacarán y, luego de tomarla, la incendiarán. Dejaré a las ciudades de Judá en total desolación, sin habitantes”».

3

La palabra del SEÑOR vino a mí, Jeremías, en los días de Joacim hijo de Josías, rey de Judá: «Ve a la familia de los recabitas, e invítalos para que vengan a una de las salas de la casa del SEÑOR, y ofréceles vino».

Entonces fui a buscar a Jazánías, hijo de mi tocayo Jeremías y nieto de Jabasínías, y a sus hermanos y a todos sus hijos, y a toda la familia de los recabitas. Los llevé a la casa del SEÑOR, a la sala de los hijos de Janán hijo de Igdalías, hombre de Dios. Esta sala se encontraba junto a la de los jefes, que a su vez estaba encima de la de Maseías hijo de Salún, guardián del umbral. Les serví a los recabitas jaras y copas llenas de vino, y les dije: «¡Beban!»

Ellos me respondieron: «Nosotros no bebemos vino, porque Jonadab hijo de Recab, nuestro antepasado, nos ordenó lo siguiente: “Nunca beban vino, ni ustedes ni sus descendientes. Tampoco edifiquen casas, ni siembren semillas, ni planten viñedos, ni posean ninguna de estas cosas. Habiten siempre en tiendas de campaña, para que vivan mucho tiempo en esta tierra donde son extranjeros”. Nosotros obedecemos todo lo que nos ordenó Jonadab hijo de Recab, nuestro antepasado. Nunca bebemos vino, ni tampoco lo hacen nuestras mujeres ni nuestros hijos. No edificamos casas para habitarlas; no poseemos viñedos ni campos sembrados. Vivimos en tiendas de campaña y obedecemos todo lo que nos ordenó Jonadab, nuestro antepasado. Pero cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, invadió esta tierra, dijimos: “Vámonos a Jerusalén, para escapar del ejército babilonio y del ejército sirio”. Por eso ahora vivimos en Jerusalén».

Entonces la palabra del SEÑOR vino a Jeremías: «Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Ve y dile a toda la gente de Judá y Jerusalén: ¿No pueden aprender esta lección, y obedecer mis palabras? —afirma el SEÑOR—. Los descendientes de Jonadab hijo de Recab han cumplido con la orden de no beber vino, y hasta el día de hoy no lo beben porque obedecen lo que su antepasado les ordenó. En cambio ustedes, aunque yo les he hablado en repetidas ocasiones, no me han hecho caso. Además, no he dejado de enviarles a mis siervos, los profetas, para decirles: ‘Conviértanse ya de su mal camino, enmienden sus acciones y no sigan a otros dioses para servirlos; entonces habitarán en la tierra que yo les he dado a ustedes y a sus antepasados’. Pero ustedes no me han prestado atención; no me han hecho caso. Los descendientes de Jonadab hijo de Recab cumplieron la orden dada por su antepasado; en cambio, este pueblo no me obedece”».

»Por eso, así dice el SEÑOR, Dios Todopoderoso, el Dios de Israel: “Voy a enviar contra Judá y contra todos los habitantes de Jerusalén todas las calamidades que ya les he anunciado, porque les hablé y no me obedecieron; los llamé y no me respondieron”».

Jeremías también les dijo a los recabitas: «Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Por cuanto ustedes han obedecido las órdenes de Jonadab, su antepasado, y han cumplido con todos sus mandamientos y han hecho todo lo que él les ordenó, así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: ‘Nunca le faltará a Jonadab hijo de Recab un descendiente que esté a mi servicio todos los días’”».

3

Esta palabra del SEÑOR vino a Jeremías en el año cuarto del rey Joacim hijo de Josías: «Toma un rollo y escribe en él todas las palabras que desde los tiempos de Josías, desde que comencé a hablarte hasta ahora, te he dicho acerca de Israel, de Judá y de las otras naciones. Cuando los de Judá se enteren de todas las calamidades que pienso enviar contra ellos, tal vez abandonen su mal camino y pueda yo perdonarles su iniquidad y su pecado».

Jeremías llamó a Baruc hijo de Nerías, y mientras le dictaba, Baruc escribía en el rollo todo lo que el SEÑOR le había dicho al profeta. Luego Jeremías le dio

esta orden a Baruc: «Estoy detenido y no puedo ir a la casa del SEÑOR. Por tanto, ve a la casa del SEÑOR en el día de ayuno, y lee en voz alta ante el pueblo de Jerusalén las palabras del SEÑOR que te he dictado y que escribiste en el rollo. Léelas también a toda la gente de Judá que haya venido de sus ciudades. ¡A lo mejor su oración llega a la presencia del SEÑOR y cada uno se convierte de su mal camino! ¡Ciertamente son terribles la ira y el furor con que el SEÑOR ha amenazado a este pueblo!»

Baruc hijo de Nerías hizo tal y como le había ordenado el profeta Jeremías: Leyó en la casa del SEÑOR las palabras contenidas en el rollo.

En el mes noveno del año quinto de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, todo el pueblo de Jerusalén y todos los que habían venido de las otras ciudades de Judá fueron convocados a ayunar en honor del SEÑOR. Baruc se dirigió al atrio superior de la casa del SEÑOR, a la entrada de la Puerta Nueva, y desde la sala de Guemarías hijo de Safán, el cronista, leyó ante todo el pueblo el rollo que contenía las palabras de Jeremías.

Micaías hijo de Guemarías, nieto de Safán, escuchó todas las palabras del SEÑOR que estaban escritas en el rollo. Entonces bajó al palacio del rey, a la sala del cronista, donde estaban reunidos todos los jefes, es decir, el cronista Elisama, Delaías hijo de Semaías, Elnatán hijo de Acbor, Guemarías hijo de Safán, Sedequías hijo de Ananías, y todos los demás jefes. Micaías les contó todo lo que había escuchado de lo que Baruc había leído ante el pueblo. Entonces todos los jefes enviaron a Yehudi hijo de Netanías, nieto de Selemías y bisnieto de Cusí, para que le dijera a Baruc: «Toma el rollo que has leído ante el pueblo, y ven». Baruc hijo de Nerías lo tomó y se presentó ante ellos. Los jefes le dijeron:

—Siéntate y léenos lo que está en el rollo.

Baruc lo leyó ante ellos. Terminada la lectura, se miraron temerosos unos a otros y le dijeron:

—Tenemos que informar de todo esto al rey.

Luego le preguntaron a Baruc:

—Dínos, ¿cómo fue que escribiste todo esto? ¿Te lo dictó Jeremías?

—Sí —les respondió Baruc—, él me lo dictó, y yo lo escribí con tinta, en el rollo.

Entonces los jefes le dijeron a Baruc:

—Tú y Jeremías, vayan a esconderse. ¡Que nadie sepa donde están!

Después de dejar el rollo en la sala del cronista Elisama, los jefes se presentaron en el atrio, delante del rey, y lo pusieron al tanto de todo lo ocurrido. El rey envió a Yehudi a buscar el rollo, y Yehudi lo tomó de la sala de Elisama y lo leyó en presencia del rey y de todos los jefes que estaban con él. Era el mes noveno, y por eso el rey estaba en su casa de invierno, sentado junto a un brasero encendido. A medida que Yehudi terminaba de leer tres o cuatro columnas, el rey las cortaba con un estilete de escriba y las echaba al fuego del brasero. Así lo hizo con todo el rollo, hasta que este se consumió en el fuego. Ni el rey ni los jefes que escucharon todas estas palabras tuvieron temor ni se rasgaron las vestiduras. Esto sucedió a pesar de que Elnatán, Delaías y Guemarías le habían suplicado al rey que no quemara el rollo; pero el rey no les hizo caso. Por el contrario, mandó a Jeramel, su hijo, a Seraías hijo de Azriel, y a Selemías hijo de Abdel que arrestaran al escriba Baruc y al profeta Jeremías. Pero el SEÑOR los había escondido.

Luego que el rey quemó el rollo con las palabras que Jeremías le había dictado a Baruc, la palabra del SEÑOR vino a Jeremías: «Toma otro rollo, y escribe exactamente lo mismo que estaba escrito en el primer rollo quemado por Joacim,

rey de Judá. Y adviértele a Joacim que así dice el SEÑOR: “Tú quemaste aquel rollo, diciendo: ‘¿Por qué has escrito en él que con toda seguridad el rey de Babilonia vendrá a destruir esta tierra, y a borrar de ella a toda persona y animal?’” Por eso, así dice el SEÑOR acerca de Joacim, rey de Judá: “Ninguno de sus descendientes ocupará el trono de David; su cadáver será arrojado, y quedará expuesto al calor del día y a las heladas de la noche. Castigaré la iniquidad de él, la de su descendencia y la de sus siervos. Enviaré contra ellos, y contra los habitantes de Jerusalén y de Judá, todas las calamidades con que los amenacé, porque no me hicieron caso”».

Entonces Jeremías tomó otro rollo y se lo dio al escriba Baruc hijo de Nerías. Baruc escribió en el rollo todo lo que Jeremías le dictó, lo cual era idéntico a lo escrito en el rollo quemado por el rey Joacim. Se agregaron, además, muchas otras cosas semejantes.

4

Nabucodonosor, rey de Babilonia, puso como rey de Judá a Sedequías hijo de Josías, en lugar de Jeconías hijo de Joacim. Pero ni Sedequías ni sus siervos ni la gente de Judá hicieron caso a las palabras que el SEÑOR había hablado a través del profeta Jeremías. No obstante, el rey Sedequías envió a Jucal hijo de Selemías y al sacerdote Sofonías hijo de Maseías a decirle al profeta Jeremías: «Ora por nosotros al SEÑOR nuestro Dios».

Mientras tanto, Jeremías se movía con total libertad entre la gente, pues todavía no lo habían encarcelado. Por otra parte, el ejército del faraón había salido de Egipto. Y cuando los babilonios, que estaban sitiando a Jerusalén, se enteraron de la noticia, emprendieron la retirada.

La palabra del SEÑOR vino al profeta Jeremías: «Así dice el SEÑOR, el Dios de Israel: “Díganle al rey de Judá que los mandó a consultarme: ‘El ejército del faraón, que salió para apoyarlos, se volverá a Egipto. Los babilonios regresarán para atacar esta ciudad, y la capturarán y la incendiarán’”.

»Así dice el SEÑOR: “No se hagan ilusiones creyendo que los babilonios se van a retirar. ¡Se equivocan! No se van a retirar. Y aunque ustedes derrotaran a todo el ejército babilonio, y solo quedaran en sus campamentos algunos hombres heridos, estos se levantarían e incendiarían esta ciudad”».

Cuando por causa de la incursión del ejército del faraón el ejército de Babilonia se retiró de Jerusalén, Jeremías quiso trasladarse de Jerusalén al territorio de Benjamín para tomar posesión de una herencia. Pero al llegar a la puerta de Benjamín, un capitán de la guardia llamado Irías, hijo de Selemías y nieto de Jananías, detuvo al profeta Jeremías y lo acusó:

—¿Estás por pasarte a los babilonios!

Jeremías respondió:

—¡Mentira, no voy a pasarme a los babilonios!

Pero Irías no le hizo caso, sino que lo detuvo y lo llevó ante los jefes. Estos estaban enfurecidos contra Jeremías, así que luego de golpearlo lo encarcelaron en la casa del cronista Jonatán, ya que la habían convertido en prisión. Así Jeremías fue encerrado en un calabozo subterráneo, donde permaneció mucho tiempo.

El rey Sedequías mandó que trajeran a Jeremías al palacio, y allí le preguntó en secreto:

—¿Has recibido alguna palabra del SEÑOR?

—Sí —respondió Jeremías—, Su Majestad será entregado en manos del rey de Babilonia.

A su vez, Jeremías le preguntó al rey Sedequías:

—¿Qué crimen he cometido contra Su Majestad, o contra sus ministros o este pueblo, para que me hayan encarcelado? ¿Dónde están sus profetas, los que profetizaban que el rey de Babilonia no los atacaría ni a ustedes ni a este país? Pero ahora, ruego a Su Majestad me preste atención. Le pido que no me mande de vuelta a la casa del cronista Jonatán, no sea que yo muera allí.

Entonces el rey Sedequías ordenó que pusieran a Jeremías en el patio de la guardia y que, mientras hubiera pan en la ciudad, todos los días le dieran una porción del pan horneado en la calle de los Panaderos. Así fue como Jeremías permaneció en el patio de la guardia.

2

Sefatías hijo de Matán, Guedalías hijo de Pasur, Jucal hijo de Selemías, y Pasur hijo de Malquías, oyeron que Jeremías le decía a todo el pueblo: «Así dice el SEÑOR: “El que se quede en esta ciudad morirá de hambre, por la espada o por la peste. Pero el que se pase a los babilonios vivirá. ¡Se entregará como botín de guerra, pero salvará su vida!” Así dice el SEÑOR: “Esta ciudad caerá en poder del ejército del rey de Babilonia, y será capturada”».

Los jefes le dijeron al rey:

—Hay que matar a este hombre. Con semejantes discursos está desmoralizando a los soldados y a todo el pueblo que aún quedan en esta ciudad. Este hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia.

El rey Sedequías respondió:

—Lo dejo en sus manos. Ni yo, que soy el rey, puedo oponerme a ustedes.

Ellos tomaron a Jeremías y, bajándolo con cuerdas, lo echaron en la cisterna del patio de la guardia, la cual era de Malquías, el hijo del rey. Pero como en la cisterna no había agua, sino lodo, Jeremías se hundió en él.

El etíope Ebedmélec, funcionario de la casa real, se enteró de que habían echado a Jeremías en la cisterna. En cierta ocasión cuando el rey estaba participando en una sesión frente al portón de Benjamín, Ebedmélec salió del palacio real y le dijo:

—Mi rey y señor, estos hombres han actuado con saña. Han arrojado a Jeremías en la cisterna, y allí se morirá de hambre, porque ya no hay pan en la ciudad.

Entonces el rey ordenó al etíope Ebedmélec:

—Toma contigo tres hombres, y rescata de la cisterna al profeta Jeremías antes de que se muera.

Ebedmélec lo hizo así, y fue al depósito de ropa del palacio real, sacó de allí ropas y trapos viejos, y con unas sogas se los bajó a la cisterna a Jeremías. Ebedmélec le dijo a Jeremías:

—Ponte en los sobacos estas ropas y trapos viejos, para protegerte de las sogas.

Así lo hizo Jeremías. Los hombres tiraron de las sogas y lo sacaron de la cisterna. Y Jeremías permaneció en el patio de la guardia.

2

El rey Sedequías mandó que llevaran a Jeremías a la tercera entrada de la casa del SEÑOR, y allí le dijo:

—Te voy a preguntar algo, y por favor no me ocultes nada.

Jeremías le respondió al rey:

—Si respondo a la pregunta de Su Majestad, lo más seguro es que me mate. Y si le doy un consejo, no me va a hacer caso.

Pero en secreto el rey Sedequías le hizo este juramento a Jeremías:

—¡Te juro por el SEÑOR, que nos ha dado esta vida, que no te mataré ni te entregaré en manos de estos hombres que atentan contra tu vida!

Jeremías le dijo a Sedequías:

—Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Si Su Majestad se rinde ante los jefes del rey de Babilonia, salvará su vida, y esta ciudad no será incendiada; Su Majestad y su familia vivirán. Pero si no se rinde ante los jefes del rey de Babilonia, la ciudad caerá bajo el poder de los caldeos, y será incendiada, y usted no tendrá escapatoria”.

El rey Sedequías respondió:

—Yo les tengo terror a los judíos que se pasaron al bando de los babilonios, pues me pueden entregar en sus manos para que me torturen.

Jeremías le contestó:

—Obedezca Su Majestad la voz del SEÑOR que yo le estoy comunicando, y no caerá en manos de los babilonios. Así le irá bien a usted, y salvará su vida. Pero si Su Majestad se empecina en no rendirse, esta es la palabra que el SEÑOR me ha revelado: Todas las mujeres que aún quedan en el palacio del rey de Judá serán entregadas a los jefes del rey de Babilonia, y ellas mismas le echarán en cara:

»“Tus amigos más confiables
te han engañado y te han vencido.

Tienes los pies hundidos en el fango,
pues tus amigos te dieron la espalda”.

»Todas las mujeres y los hijos de Su Majestad serán entregados a los babilonios, y ni Su Majestad podrá escapar, sino que caerá bajo el poder del rey de Babilonia, y la ciudad será incendiada.

Sedequías le contestó a Jeremías:

—Que nadie se entere de estas palabras, pues de lo contrario morirás. Si los jefes se enteran de que yo hablé contigo, y vienen y te dicen: “Dinos ya lo que le has informado al rey, y lo que él te dijo; no nos ocultes nada, pues de lo contrario te mataremos”, tú les dirás: “Vine a suplicarle al rey que no me mandara de vuelta a casa de Jonatán, a morir allí”.

Y así fue. Todos los jefes vinieron a interrogar a Jeremías, pero él les contestó de acuerdo con lo que el rey le había ordenado. Entonces lo dejaron tranquilo, porque nadie había escuchado la conversación. Y Jeremías se quedó en el patio de la guardia hasta el día en que Jerusalén fue capturada.

Jerusalén fue tomada de la siguiente manera: En el mes décimo del año noveno del reinado de Sedequías en Judá, el rey Nabucodonosor de Babilonia y todo su ejército marcharon contra Jerusalén y la sitiaron. El día nueve del mes cuarto del año undécimo del reinado de Sedequías, abrieron una brecha en el muro de la ciudad, por la que entraron todos los jefes del rey de Babilonia, hasta instalarse en la puerta central: Nergal Sarézer de Samgar, Nebo Sarsequín, un oficial principal, Nergal Sarézer, también un alto funcionario, y todos los otros jefes del rey de Babilonia. Al verlos, el rey Sedequías de Judá y todos los soldados huyeron de la ciudad. Salieron de noche por el camino del jardín del rey, por la puerta que está entre los dos muros, tomando el camino del Arabá.

Pero el ejército babilónico los persiguió hasta alcanzarlos en las llanuras de Jericó. Capturaron a Sedequías y lo llevaron ante Nabucodonosor, rey de Babilonia, que estaba en Riblá, en el territorio de Jamat. Allí dictó sentencia contra Sedequías, y ante sus propios ojos hizo degollar a sus hijos, lo mismo que a todos los nobles de Judá. Luego mandó que a Sedequías le sacaran los ojos y le pusieran cadenas de bronce, para llevarlo a Babilonia.

Los babilonios prendieron fuego al palacio real y a las casas del pueblo, y derribaron los muros de Jerusalén. Finalmente Nabuzaradán, el comandante de la guardia, llevó cautivos a Babilonia tanto al resto de la población como a los desertores, es decir, a todos los que quedaban. Nabuzaradán, comandante de la guardia, solo dejó en el territorio de Judá a algunos de los más pobres, que no poseían nada. En aquel día les asignó campos y viñedos.

En cuanto a Jeremías, el rey Nabucodonosor de Babilonia había dado la siguiente orden a Nabuzaradán, el comandante de la guardia: «Vigíalo bien, sin hacerle ningún daño, y atiende a todas sus necesidades». Nabuzaradán, comandante de la guardia, Nebusazbán, un oficial principal, Nergal Sarézer, un alto funcionario, y todos los demás oficiales del rey de Babilonia, mandaron sacar a Jeremías del patio de la guardia y se lo confiaron a Guedalías hijo de Ajicán, nieto de Safán, para que lo llevaran de vuelta a su casa. Así Jeremías se quedó a vivir en medio del pueblo.

3

Aún estaba Jeremías preso en el patio de la guardia cuando la palabra del SEÑOR vino a él: «Ve y dile a Ebedmélec, el etíope, que así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Voy a cumplir las palabras que anuncié contra esta ciudad, para mal y no para bien. En aquel día, tú serás testigo de todo esto. Pero en ese mismo día yo te rescataré —afirma el SEÑOR—, y no caerás en las manos de los hombres que temes. Porque ciertamente yo te libraré —afirma el SEÑOR—, y no caerás a filo de espada; antes bien, tu vida será tu botín, porque has confiado en mí”».

3

La palabra del SEÑOR vino a Jeremías después de que Nabuzaradán, el comandante de la guardia, lo había dejado libre en Ramá. Allí lo había encontrado Nabuzaradán preso y encadenado, entre todos los cautivos de Judá y Jerusalén que eran deportados a Babilonia. El comandante de la guardia tomó aparte a Jeremías, y le dijo: «El SEÑOR tu Dios decretó esta calamidad para este lugar, y ahora el SEÑOR ha cumplido sus amenazas. Todo esto les ha pasado porque pecaron contra el SEÑOR y desobedecieron su voz. No obstante, hoy te libero de las cadenas que te sujetan las manos. Si quieres venir conmigo a Babilonia, ven, que yo te cuidaré. Pero si no quieres, no lo hagas. Mira, tienes ante tus ojos toda la tierra: ve adonde más te convenga».

Como Jeremías no se decidía, Nabuzaradán añadió: «Vuelve junto a Guedalías hijo de Ajicán, nieto de Safán, a quien el rey de Babilonia ha nombrado gobernador de las ciudades de Judá, y vive con él y con tu pueblo, o ve adonde más te convenga». Jeremías se fue entonces junto a Guedalías hijo de Ajicán, en Mizpa, y se quedó con él, en medio del pueblo que había permanecido en el país.

2

Cuando todos los jefes y soldados del ejército que estaban en el campo se enteraron de que el rey de Babilonia había puesto a Guedalías hijo de Ajicán como gobernador del país, y de que le había confiado el cuidado de hombres, mujeres y niños, así como de los más pobres del país que no habían sido deportados a Babilonia, fueron a Mizpa para presentarse ante Guedalías. Entre ellos estaban: Ismael hijo de Netanías, Johanán y Jonatán hijos de Carea, Seraías hijo de Tanjumet, los hijos de Eftay de Netofa, y Jezanías, hijo de un hombre de Macá, y sus hombres. Guedalías hijo de Ajicán, nieto de Safán, les hizo este juramento a ellos y a sus tropas: «No teman a los babilonios. Si ustedes se quedan en el país y sirven al rey de Babilonia, les aseguro que les irá bien. Yo me quedaré en Mizpa, para representarlos ante los babilonios que vengan hasta acá. Pero ustedes, comiencen a almacenar en recipientes vino, frutos de verano y aceite, y vivan en las ciudades que han ocupado».

Todos los judíos que estaban en Moab, Amón y Edom, y en todos los otros países, se enteraron también de que el rey de Babilonia había dejado un remanente en Judá, y nombrado como gobernador a Guedalías hijo de Ajicán, nieto de Safán. Entonces todos estos judíos regresaron a la tierra de Judá, de todos los países donde estaban dispersos. Al llegar, se presentaron en Mizpa ante Guedalías, y también almacenaron vino y frutos de verano en abundancia.

Johanán hijo de Carea, y todos los demás jefes militares que estaban en el campo, se presentaron ante Guedalías en Mizpa, y le dijeron:

—¿No sabes que Balís, rey de Amón, ha mandado a Ismael hijo de Netanías, para matarte?

Pero Guedalías hijo de Ajicán no les creyó. Y allí en Mizpa, Johanán hijo de Carea le propuso en secreto a Guedalías:

—Déjame ir a matar a Ismael hijo de Netanías. ¡Nadie tiene que enterarse! ¿Por qué vamos a permitir que te asesine? Eso causaría la dispersión de todos los judíos que se han reunido a tu alrededor, y acabaría con lo que queda de Judá.

Pero Guedalías hijo de Ajicán le respondió a Johanán hijo de Carea:

—¡Ni lo pienses! ¡Lo que dices acerca de Ismael es mentira!

2

En el mes séptimo Ismael, hijo de Netanías y nieto de Elisama, que era de stirpe real y había sido uno de los oficiales del rey, vino a Mizpa con diez hombres y se presentó ante Guedalías hijo de Ajicán. Y ahí en Mizpa, mientras comían juntos, Ismael hijo de Netanías se levantó y, junto con los diez hombres que lo acompañaban, hirió a filo de espada a Guedalías hijo de Ajicán, nieto de Safán, quitándole la vida. Así hicieron con quien había sido nombrado gobernador del país por el rey de Babilonia. Ismael mató también a todos los judíos y soldados que se encontraban en Mizpa con Guedalías.

Al día siguiente del asesinato de Guedalías, cuando todavía nadie se había enterado, llegaron de Siquén, Siló y Samaria ochenta hombres con la barba afeitada, la ropa rasgada, y el cuerpo lleno de cortaduras que ellos mismos se habían hecho. Traían ofrendas de cereales, e incienso, para presentarlas en la casa del SEÑOR. Desde Mizpa salió a su encuentro Ismael hijo de Netanías; iba llorando y, cuando los encontró, les dijo:

—Vengan a ver a Guedalías hijo de Ajicán.

Pero no habían llegado al centro de la ciudad cuando Ismael hijo de Netanías y sus secuaces los mataron y los arrojaron en una cisterna. Había entre ellos diez hombres, que le rogaron a Ismael:

—¡No nos mates; tenemos escondidos en el campo trigo, cebada, aceite y miel!

Ismael accedió, y no los mató como a sus compañeros. El rey Asá había hecho una fosa para defenderse de Basá, rey de Israel, y en esa fosa fue donde Ismael arrojó los cadáveres de los hombres que había matado, junto con Guedalías, llenándola de cadáveres.

Después Ismael se llevó en cautiverio a las hijas del rey y a todo el resto del pueblo que había quedado en Mizpa, a quienes Nabuzaradán, comandante de la guardia, había puesto bajo el mando de Guedalías hijo de Ajicán. Ismael hijo de Netanías salió con sus cautivos hacia el territorio de los amonitas.

Cuando Johanán hijo de Carea, y todos los jefes militares que estaban con él, se enteraron del crimen que había cometido Ismael hijo de Netanías, reunieron a todos sus hombres y fueron a pelear contra él. Lo encontraron cerca del gran estanque que está en Gabaón. Y sucedió que toda la gente que estaba con Ismael se alegró al ver a Johanán hijo de Carea, acompañado de todos los jefes militares. Todo el pueblo que Ismael llevaba cautivo desde Mizpa se dio la vuelta y se fue con Johanán hijo de Carea. Pero Ismael hijo de Netanías y ocho de sus hombres se escaparon de Johanán y huyeron hacia Amón.

Entonces Johanán hijo de Carea, junto con todos los jefes militares que lo acompañaban, tomaron y rescataron al resto del pueblo que desde Mizpa se había llevado Ismael hijo de Netanías, luego de haber asesinado a Guedalías hijo de Ajicán: eran soldados, mujeres, niños y altos funcionarios. Se pusieron en marcha hasta llegar a Guerut Quimán, que está junto a Belén, desde donde pensaban continuar a Egipto para huir de los babilonios. Estaban con temor, ya que Ismael hijo de Netanías había matado a Guedalías hijo de Ajicán, a quien el rey de Babilonia había nombrado gobernador del país.

2

Entonces se acercaron Johanán hijo de Carea y Azarías hijo de Osaías, junto con los jefes militares y todo el pueblo, desde el más chico hasta el más grande, y le dijeron al profeta Jeremías:

—Por favor, atiende a nuestra súplica y ruega al SEÑOR tu Dios por todos nosotros los que quedamos. Como podrás darte cuenta, antes éramos muchos, pero ahora quedamos solo unos cuantos. Ruega para que el SEÑOR tu Dios nos indique el camino que debemos seguir, y lo que debemos hacer.

Jeremías les respondió:

—Ya los he oído. Voy a rogar al SEÑOR, al Dios de ustedes, tal como me lo han pedido. Les comunicaré todo lo que el SEÑOR me diga, y no les ocultaré absolutamente nada.

Ellos le dijeron a Jeremías:

—Que el SEÑOR tu Dios sea un testigo fiel y verdadero contra nosotros, si no actuamos conforme a todo lo que él nos ordene por medio de ti. Sea o no de nuestro agrado, obedeceremos la voz del SEÑOR nuestro Dios, a quien te enviamos a consultar. Así, al obedecer la voz del SEÑOR nuestro Dios, nos irá bien.

Diez días después, la palabra del SEÑOR vino a Jeremías. Este llamó a Johanán hijo de Carea, a todos los jefes militares que lo acompañaban, y a todo el pueblo, desde el más chico hasta el más grande, y les dijo: «Así dice el SEÑOR, Dios de Israel, a quien ustedes me enviaron para interceder por ustedes: “Si se quedan en este país, yo los edificaré y no los derribaré, los plantaré y no los arrancaré, porque me duele haberles causado esa calamidad. No teman al rey de Babilonia,

al que ahora temen —afirma el SEÑOR—; no le teman, porque yo estoy con ustedes para salvarlos y librarlos de su poder. Tendré compasión de ustedes, y de esa manera él también les tendrá compasión y les permitirá volver a su tierra”.

»Pero si desobedecen la voz del SEÑOR, Dios de ustedes, y dicen: “No nos quedaremos en esta tierra, sino que nos iremos a Egipto, donde no veremos guerra, ni escucharemos el sonido de la trompeta, ni pasaremos hambre, y allí nos quedaremos a vivir”, entonces presten atención a la palabra del SEÑOR, ustedes los que quedan en Judá: Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Si ustedes insisten en trasladarse a Egipto para vivir allá, la guerra que tanto temen los alcanzará, y el hambre que los aterra los seguirá de cerca hasta Egipto, y en ese lugar morirán. Todos los que están empeñados en trasladarse a Egipto para vivir allá, morirán por la guerra, el hambre y la peste. Ninguno sobrevivirá ni escapará a la calamidad que haré caer sobre ellos”. Porque así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Así como se ha derramado mi ira y mi furor sobre los habitantes de Jerusalén, así se derramará mi furor sobre ustedes, si se van a Egipto. Se convertirán en objeto de maldición, de horror, de imprecación y de oprobio, y nunca más volverán a ver este lugar”.

»¡Remanente de Judá! El SEÑOR les ha dicho que no vayan a Egipto. Sepan bien que hoy les hago una advertencia seria. Ustedes cometieron un error fatal cuando me enviaron al SEÑOR, Dios de ustedes, y me dijeron: “Ruega al SEÑOR, nuestro Dios, por nosotros, y comunícanos todo lo que él te diga, para que lo cumplamos”. Hoy se lo he hecho saber a ustedes, pero no han querido obedecer la voz del SEÑOR su Dios en nada de lo que él me encargó comunicarles. Por lo tanto, sepan bien que en el lugar donde quieren residir morirán por la guerra, el hambre y la peste».

Cuando Jeremías terminó de comunicarle al pueblo todo lo que el SEÑOR su Dios le había encomendado decirles, Azarías hijo de Osaías, Johanán hijo de Carea, y todos los arrogantes le respondieron a Jeremías: «¿Lo que dices es una mentira! El SEÑOR nuestro Dios no te mandó a decirnos que no vayamos a vivir a Egipto. Es Baruc hijo de Nerías el que te incita contra nosotros, para entregarnos en poder de los babilonios, para que nos maten o nos lleven cautivos a Babilonia».

Así que ni Johanán hijo de Carea, ni los jefes militares, ni nadie del pueblo, obedecieron el mandato del SEÑOR, de quedarse a vivir en el país de Judá. Por el contrario, Johanán hijo de Carea y todos los jefes militares se llevaron a la gente que aún quedaba en Judá, es decir, a los que habían vuelto para vivir en Judá luego de haber sido dispersados por todas las naciones: los hombres, las mujeres y los niños, las hijas del rey, y toda la gente que Nabuzaradán, comandante de la guardia, había confiado a Guedalías hijo de Ajicán, nieto de Safán, y también a Jeremías el profeta y a Baruc hijo de Nerías; y contrariando el mandato del SEÑOR se dirigieron al país de Egipto, llegando hasta la ciudad de Tafnes.

3

En Tafnes, la palabra del SEÑOR vino a Jeremías: «Toma en tus manos unas piedras grandes y, a la vista de los judíos, entiérralas con argamasa en el pavimento, frente a la entrada del palacio del faraón en Tafnes. Luego comunícales que así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Voy a mandar a buscar a mi siervo Nabucodonosor, rey de Babilonia; voy a colocar su trono sobre estas piedras que he enterrado, y él armará sobre ellas su toldo real. Vendrá al país de Egipto y lo atacará: el que esté destinado a la muerte, morirá; el que esté destinado al exilio,

será exiliado; el que esté destinado a la guerra, a la guerra irá. Prenderá fuego a los templos de los dioses de Egipto; los quemará y los llevará cautivos. Sacudirá a Egipto, como un pastor que se sacude los piojos de la ropa, y luego se irá de allí sin inmutarse. Destruirá los obeliscos de Bet Semes, y prenderá fuego a los templos de los dioses de Egipto”».

3

La palabra del SEÑOR vino a Jeremías para todos los judíos que habitaban en Egipto, es decir, para los que vivían en las ciudades de Migdol, Tafnes y Menfis, y en la región del sur: «Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Ustedes han visto todas las calamidades que yo provoqué sobre Jerusalén y sobre todas las ciudades de Judá. Hoy yacen en ruinas, sin morador alguno, a causa de las maldades que cometieron. Ellos provocaron mi enojo al adorar y ofrecer incienso a otros dioses, que ni ellos ni sus antepasados conocieron. Una y otra vez les envié a mis siervos los profetas, para que les advirtieran que no incurrieran en estas cosas tan abominables que yo detesto. Pero ellos no escucharon ni prestaron atención; no se arrepintieron de sus maldades, sino que siguieron ofreciendo incienso a otros dioses. Por eso se derramó mi ira contra las ciudades de Judá; por eso se encendió mi furor contra las calles de Jerusalén, las cuales se convirtieron en desolación hasta el día de hoy”».

»Y ahora, así dice el SEÑOR, el Dios Todopoderoso, el Dios de Israel: “¿Por qué se provocan ustedes mismos un mal tan grande? ¿Por qué provocan la muerte de la gente de Judá, de hombres, mujeres, niños y recién nacidos, hasta acabar con todos? Me agravan con las obras de sus manos, al ofrecer incienso a otros dioses en el país de Egipto, donde han ido a vivir. Lo único que están logrando es ganarse su propia destrucción, y convertirse en maldición y oprobio entre todas las naciones de la tierra. ¿Acaso ya se han olvidado de todas las maldades que cometieron sus antepasados, de las que cometieron los reyes de Judá y sus esposas, y de las que ustedes y sus esposas cometieron en Judá y en las calles de Jerusalén? Sin embargo, hasta el día de hoy no se han humillado ni han sentido temor; no se han comportado según mi ley y mis preceptos, que les di a ustedes y a sus antepasados”».

»Por eso, así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “He decidido ponerme en contra de ustedes, para su mal, y destruir a todo Judá. Tomaré al resto de Judá, que se empeñó en ir a vivir a Egipto, y todos perecerán allí; caerán a filo de espada, o el hambre los exterminará. Desde el más pequeño hasta el más grande, morirán de hambre o a filo de espada. Se convertirán en objeto de maldición, de horror, de imprecación y de oprobio. Con hambre, peste y espada castigaré a los que habitan en Egipto, como castigué a Jerusalén. No escapará ninguno del resto de Judá que se fue a vivir a Egipto, ni sobrevivirá para volver a Judá. Aunque deseen y añoren volver a vivir en Judá, no podrán regresar, salvo algunos fugitivos”».

Entonces los hombres que sabían que sus esposas ofrecían incienso a otros dioses, así como las mujeres que estaban presentes, es decir, un grupo numeroso, y todo el pueblo que vivía en la región sur de Egipto, respondieron a Jeremías:

—No le haremos caso al mensaje que nos diste en el nombre del SEÑOR. Al contrario, seguiremos haciendo lo que ya hemos dicho: Ofreceremos incienso y libaciones a la Reina del Cielo, como lo hemos hecho nosotros, y como antes lo hicieron nuestros antepasados, nuestros reyes y nuestros funcionarios, en las

ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén. En aquel tiempo teníamos comida en abundancia, nos iba muy bien y no sufríamos ninguna calamidad. Pero desde que dejamos de ofrecer incienso y libaciones a la Reina del Cielo nos ha faltado todo, y el hambre y la espada están acabando con nosotros.

Y las mujeres añadieron:

—Cuando nosotras ofrecíamos incienso y libaciones a la Reina del Cielo, ¿acaso no sabían nuestros maridos que hacíamos tortas con su imagen, y que les ofrecíamos libaciones?

Entonces Jeremías le respondió a todo el pueblo, es decir, a los hombres y mujeres que le habían contestado:

—¿Piensan ustedes que el SEÑOR no se acuerda, o no se daba cuenta de que ustedes y sus antepasados, sus reyes y sus funcionarios, y todo el pueblo, ofrecían incienso en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén? Cuando el SEÑOR ya no pudo soportar más las malas acciones y las cosas abominables que ustedes hacían, su país se convirtió en objeto de maldición, en un lugar desértico, desolado y sin habitantes, tal como está hoy. Ustedes ofrecieron incienso y pecaron contra el SEÑOR, y no obedecieron su voz ni cumplieron con su ley, sus preceptos y estipulaciones. Por eso en este día les ha sobrevenido esta desgracia.

Jeremías le dijo a todo el pueblo, incluyendo a las mujeres:

—Escuchen la palabra del SEÑOR todos ustedes, gente de Judá que vive en Egipto: Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: “Cuando ustedes y sus mujeres dicen: ‘Ciertamente cumpliremos nuestros votos de ofrecer incienso y libaciones a la Reina del Cielo’, demuestran con sus acciones que cumplen lo que prometen. ¡Está bien, vayan y cumplan sus promesas, lleven a cabo sus votos! Pero escuchen la palabra del SEÑOR todos ustedes, gente de Judá que vive en Egipto: ‘Juro por mi nombre soberano —dice el SEÑOR— que ninguno de los de Judá que vive en Egipto volverá a invocar mi nombre, ni a jurar diciendo: ¡Por la vida del SEÑOR omnipotente! Porque yo los estoy vigilando, para mal y no para bien. El hambre y la espada acabarán con todos los judíos que viven en Egipto. Tan solo unos pocos lograrán escapar de la espada y regresar a Judá. Entonces todo el resto de Judá que se fue a vivir a Egipto sabrá si se cumple mi palabra o la de ellos’.

»“Esta será la señal de que voy a castigarlos en este lugar, para que sepan que mis amenazas contra ustedes se habrán de cumplir —afirma el SEÑOR—. Así dice el SEÑOR: ‘Voy a entregar al faraón Hofra, rey de Egipto, en poder de los enemigos que atentan contra su vida, tal como entregué a Sedequías, rey de Judá, en poder de su enemigo Nabucodonosor, rey de Babilonia, que atentaba contra su vida’”.

2

Esta es la palabra que el profeta Jeremías le comunicó a Baruc hijo de Nerías, en el año cuarto del gobierno de Joacim hijo de Josías, cuando Baruc escribía en un rollo estas palabras que Jeremías le dictaba: «Así dice el SEÑOR, Dios de Israel, acerca de ti, Baruc: “Tú dijiste: ‘¡Ay de mí! ¡El SEÑOR añade angustia a mi dolor! Estoy agotado de tanto gemitir, y no encuentro descanso’.

»“Pues le dirás que así dice el SEÑOR: ‘Voy a destruir lo que he construido, y a arrancar lo que he plantado; es decir, arrasaré con toda esta tierra. ¿Buscas grandes cosas para ti? No las pidas, porque voy a provocar una desgracia sobre toda la gente, pero a ti te concederé la posibilidad de conservar la vida dondequiera que vayas —afirma el SEÑOR—. Ese será tu botín’”.

4

La palabra del SEÑOR acerca de las naciones vino a Jeremías el profeta. En cuanto a Egipto, este es el mensaje contra el ejército del faraón Necao, rey de Egipto, que en el año cuarto del gobierno de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, fue derrotado en Carquemis, junto al río Éufrates, por Nabucodonosor, rey de Babilonia:

«¡Preparen el escudo y el broquel,
y avancen al combate!
¡Ensillen los caballos,
monten los corceles!
¡Alístense, pónganse los cascos!
¡Afilen las lanzas, vístanse las corazas!
Pero ¿qué es lo que veo?
Sus guerreros están derrotados;
aterrados retroceden.
Sin mirar atrás, huyen despavoridos.
¡Cunde el terror por todas partes!
—afirma el SEÑOR—.
El más veloz no puede huir
ni el más fuerte, escapar.
En el norte, a orillas del río Éufrates
trastabillan y caen.

»¿Quién es ese que sube como el Nilo,
como ríos de aguas agitadas?
Es Egipto, que trepa como el Nilo,
como ríos de aguas agitadas.
Dice Egipto: “Subiré y cubriré toda la tierra;
destruiré las ciudades y sus habitantes”.
¡Ataquen, corceles!
¡Carros, avancen con furia!
¡Que marchen los guerreros!
¡Que tomen sus escudos
los soldados de Cus y de Fut!
¡Que tensen el arco
los soldados de Lidia!

»Aquel día pertenece
al Señor, al SEÑOR Todopoderoso.
Será un día de venganza;
se vengará de sus enemigos.
La espada devorará hasta saciarse;
con sangre apagará su sed.
En la tierra del norte,
a orillas del río Éufrates,
el Señor, el SEÑOR Todopoderoso,
realizará una matanza.

»¡Virginal hija de Egipto,
 ve a Galaad y consigue bálsamo!
 En vano multiplicas los remedios;
 ya no sanarás.
 Las naciones ya saben de tu humillación;
 tus gritos llenan la tierra.
 Un guerrero tropieza contra otro,
 y juntos caen por tierra».

2

Esta es la palabra del SEÑOR, que vino a Jeremías el profeta cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino para atacar el país de Egipto:

«Anuncien esto en Egipto,
 proclámenlo en Migdol, Menfis y Tafnes:
 “¡A sus puestos! ¡Manténganse alerta!
 ¡La espada devora a su alrededor!”
 ¿Por qué yacen postrados tus guerreros?
 ¡No pueden mantenerse en pie,
 porque el SEÑOR los ha derribado!
 Tropiezan una y otra vez,
 se caen uno sobre otro.
 Se dicen: “¡Levántate,
 volvamos a nuestra gente,
 a la tierra donde nacimos,
 lejos de la espada del opresor!”
 Allí gritan: “¡El faraón es puro ruido!
 ¡el rey de Egipto ya perdió su oportunidad!”

»¡Vivo yo! —declara el Rey,
 cuyo nombre es el SEÑOR Todopoderoso—:
 Como el Tabor, que sobresale de entre los montes,
 y como el Carmelo, que se erige sobre el mar,
 así será el enemigo que viene.
 Tú, que habitas en Egipto,
 prepara tu equipaje para el exilio,
 porque Menfis se convertirá en desolación,
 en una ruina deshabitada.

»Novilla hermosa es Egipto,
 pero viene contra ella un tábano del norte.
 Los mercenarios en sus filas
 son como novillos cebados;
 también ellos se vuelven atrás;
 todos juntos huyen sin detenerse,
 porque ha llegado el día de su ruina,
 el momento de su castigo.
 Egipto huye silbando como serpiente,

pues el enemigo avanza con fuerza.
 Se acercan contra ella con hachas,
 como si fueran leñadores;
 por impenetrables que sean sus bosques,
 los talan por completo
 —afirma el SEÑOR—.

Más numerosos que langostas,
 son los leñadores;
 nadie los puede contar.
 Egipto la hermosa será avergonzada
 y entregada a la gente del norte».

El SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel, dice: «Voy a castigar a Amón, dios de Tebas, a Egipto, a sus dioses y reyes, al faraón y a los que en él confían. Los entregaré al poder de quienes atentan contra su vida, al poder de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y de sus siervos. Luego Egipto será habitada como en los días de antaño —afirma el SEÑOR—.

»Pero tú, Jacob siervo mío, no temas;
 no te asustes, Israel.
 Porque te salvaré de un lugar remoto;
 y a tu descendencia, del destierro.
 Jacob volverá a vivir en paz;
 estará seguro y tranquilo.
 Tú, Jacob, siervo mío, no temas,
 porque yo estoy contigo
 —afirma el SEÑOR—.

»Aunque aniquile a todas las naciones
 por las que te he dispersado,
 a ti no te aniquilaré.
 Te corregiré con justicia,
 pero no te dejaré sin castigo».

3

Antes de que el faraón atacara Gaza, la palabra del SEÑOR acerca de los filisteos vino al profeta Jeremías:

«Así dice el SEÑOR:

»“¡Miren! Las aguas del norte
 suben cual torrente desbordado.
 Inundan la tierra y todo lo que contiene,
 sus ciudades y sus habitantes.
 ¡Grita toda la gente!
 ¡Gimen los habitantes de la tierra!
 Al oír el galope de sus corceles,
 el estruendo de sus carros
 y el estrépito de sus ruedas,
 los padres abandonan a sus hijos

porque sus fuerzas desfallecen.
 Ha llegado el día
 de exterminar a los filisteos,
 y de quitarles a Tiro y Sidón
 todos los aliados con que aún cuenten.

El SEÑOR exterminará a los filisteos
 y al resto de las costas de Caftor.

Se rapan la cabeza los de Gaza;
 se quedan mudos los de Ascalón.

Tú, resto de las llanuras,
¿hasta cuándo te harás incisiones?

»"¡Ay, espada del SEÑOR!
 ¿Cuándo vas a descansar?

¡Vuélvete a la vaina!
¡Deténate, quédate quieta!

»"¿Cómo va a descansar,
 si el SEÑOR le ha dado órdenes
 de atacar a Ascalón
 y a la costa del mar?"»

3

Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel, acerca de Moab:

«¡Ay de Nebo, porque será devastada!
 ¡Quiriatayin será capturada y puesta en vergüenza!
 ¡Su fortaleza será humillada y destruida!

La gloria de Moab ha desaparecido;
 en Hesbón maquinan el mal contra ella:
 "¡Vengan, hagamos desaparecer a esta nación!"

También tú, Madmén, serás silenciada,
 y la espada te perseguirá.

Se oye el clamor desde Joronayin:
 ¡devastación y gran destrucción!
 Moab será quebrantada;
 ya se oyen los gritos de sus pequeños.

Por la cuesta de Luhit
 suben llorando sin cesar;
 por la bajada de Joronayin
 se oyen gritos de dolor,
 por causa de la destrucción.

¡Huyan! ¡Sálvese quien pueda!
 ¡Sean como las zarzas del desierto!

Por cuanto confías en tus obras y en tus riquezas,
 también tú serás capturada.

Quemós, tu dios, irá al exilio,

junto con sus sacerdotes y oficiales.
 El destructor vendrá contra toda ciudad,
 y ni una sola de ellas escapará.
 El valle quedará en ruinas,
 y la meseta quedará destruida,
 tal como lo ha dicho el SEÑOR.
 Coloquen una lápida para Moab,
 porque yace destruida;
 sus ciudades están desoladas,
 y sin habitante alguno.

»¡Maldito el que sea negligente para realizar el trabajo del SEÑOR!
 ¡Maldito el que de la sangre retraiga su espada!

»Moab ha vivido en paz desde su juventud;
 ha reposado sobre sus heces.
 No ha pasado de vasija en vasija,
 ni ha ido jamás al exilio.
 Por eso conserva su sabor
 y no pierde su aroma.
 Pero vienen días —afirma el SEÑOR—
 en que enviaré gente que transvasará a Moab;
 y vaciará sus vasijas
 y romperá sus cántaros.
 Entonces Moab se avergonzará de Quemós,
 como el pueblo de Israel se avergonzó de Betel,
 santuario en el que había depositado su confianza.

»¿Cómo se atreven a decir:
 “Somos guerreros,
 hombres valientes para la guerra”?
 Moab será devastada
 y sus ciudades, invadidas
 —afirma el Rey,
 cuyo nombre es el SEÑOR Todopoderoso—:
 Lo mejor de su juventud
 descenderá al matadero.
 La ruina de Moab se acerca;
 su calamidad es inminente.
 Lloren por él todos sus vecinos,
 los que saben de su fama.
 Digan: “¿Cómo se ha quebrado el cetro
 tan poderoso e imponente!”

»Tú, que habitas en Dibón:
 desciende de tu lugar de honor
 y siéntate en el sequedal,
 porque el destructor de Moab te ataca
 y destruye tus fortificaciones.

Tú, que habitas en Aroer,
párate a la vera del camino, y observa;
pregunta a los que huyen, hombres y mujeres:
“¿Qué es lo que ha sucedido?”

Moab está humillado;
ha sido destrozado.

¡Giman y clamen!

¡Anuncien por el río Arnón
que Moab ha sido devastado!

El juicio ha llegado hasta la meseta
contra Holón, Yahaza y Mefat;

contra Dibón, Nebo y Bet Diblatayin;

contra Quiriatayin, Bet Gamul y Bet Megón,

contra Queriot y Bosra,

y contra todas las ciudades de Moab,
cercanas y lejanas.

El poder de Moab ha desaparecido;

¡su fuerza está abatida!

—afirma el SEÑOR—.

»¡Emborrachen a Moab,
porque ha desafiado al SEÑOR!

¡Que se regodee en su vómito,
y se convierta en objeto de burla!

¿Acaso no te burlabas de Israel,
y con tus palabras lo despreciabas,
como si hubiera sido sorprendido entre ladrones?

Habitantes de Moab,

¡abandonen las ciudades

y vivan entre las rocas!

Sean como las palomas

que anidan al borde de los precipicios.

»Conocemos bien el orgullo de Moab,
ese orgullo exagerado.

¡Tanta soberbia y tanto orgullo!

¡Tanta arrogancia y altivez!

Yo conozco su insolencia,
pero sus jactancias no logran nada

—afirma el SEÑOR—.

Por eso lloro por Moab;

gimo por toda su gente,

sollozo por el pueblo de Quir Jeres.

Lloro por ti, viña de Sibma,

más que por Jazer;

tus sarmientos sobrepasan el mar

y llegan hasta Jazer,

pero caerá el destructor

sobre tu cosecha y sobre tu vendimia.

De los fértiles campos de Moab
han desaparecido el gozo y alegría.

Acabé con el vino de tus lagares;
ya nadie pisa las uvas entre gritos de alborozo;
los gritos ya no son de regocijo.

»El clamor de Hesbón llega hasta Elalé y Yahaza,
su voz se alza desde Zoar
hasta Joronayin y Eglat Selisiyá.

Porque hasta las aguas de Nimrín
se han secado.

Acabaré con la gente de Moab
que ofrece sacrificios en altares paganos
y quema incienso a sus dioses
—afirma el SEÑOR—.

»Por eso, con sonido de flautas
gime por Moab mi corazón;
con sonido de flautas
gime mi corazón por Quir Jeres,
porque han desaparecido
las riquezas que acumularon.

Toda cabeza está rapada
y toda barba rasurada;
en todas las manos hay incisiones,
y todos están vestidos de luto.

Sobre todos los techos de Moab,
y por todas sus plazas,
solo se escuchan lamentos;
porque rompí en pedazos a Moab
como a una vasija desechada
—afirma el SEÑOR—.

¡Cómo quedó hecha pedazos!
¡Cómo gimen!

Moab ha vuelto la espalda
del todo avergonzada.

Es para todos sus vecinos
objeto de burla y de terror».

Así dice el SEÑOR:

«¡Miren! Vuela el enemigo como águila;
sobre Moab despliega sus alas.
Sus ciudades serán capturadas,
y conquistadas sus fortalezas.
En aquel día, el corazón de los guerreros de Moab
será como el de una parturienta.
Moab será destruida como nación,

porque ha desafiado al SEÑOR.

El terror, la fosa y la trampa,
aguardan al habitante de Moab
—afirma el SEÑOR—.

El que huya del terror caerá en la fosa;
el que salga de la fosa caerá en la trampa;
porque yo hago venir sobre Moab
el tiempo de su castigo
—afirma el SEÑOR—.

»A la sombra de Hesbón
se detienen exhaustos los fugitivos.
De Hesbón sale un fuego;
de la ciudad de Sijón, una llama
que consume las sienes de Moab
y el cráneo de los arrogantes y revoltosos.
¡Ay de ti, Moab!
El pueblo de Quemós está destruido;
tus hijos son llevados al exilio;
tus hijas, al cautiverio.
Pero en los días venideros
yo cambiaré la suerte de Moab»,
afirma el SEÑOR.

Aquí concluye el juicio contra Moab.

3

Así dice el SEÑOR acerca de los amonitas:

1

«¿Acaso Israel no tiene hijos?
¿Acaso no tiene herederos?
¿Por qué el dios Moloc ha heredado Gad,
y su pueblo vive en sus ciudades?
Vienen días —afirma el SEÑOR—
en que yo haré resonar el grito de guerra
contra Rabá de los amonitas;
y se convertirá en un montón de ruinas,
y sus ciudades serán incendiadas.
Entonces Israel despojará de todo
a los que de todo la despojaron
—afirma el SEÑOR—.
»¡Gime, Hesbón, porque Hai ha sido destruida!
¡Griten, hijas de Rabá!
¡Vístanse de luto, y hagan lamentación;
corran de un lado a otro, dentro de los muros!,
porque Moloc marcha al destierro,
junto con sus sacerdotes y oficiales.

¿Por qué te jactas de tus valles,
de tus fértiles valles,
hija rebelde, que confías en tus tesoros
y dices: “¿Quién me atacará?”
Voy a hacer que te acose
el terror por todas partes
—afirma el SEÑOR
Todopoderoso—.
Todos serán expulsados, cada uno por su lado,
y nadie reunirá a los fugitivos.

»Pero después de esto,
cambiaré la suerte de los amonitas»,
afirma el SEÑOR.

3

Así dice el SEÑOR Todopoderoso acerca de Edom:

«¿Ya no hay sabiduría en Temán?
¿Se acabó el consejo de los inteligentes?
¿Acaso se ha echado a perder su sabiduría?
Habitantes de Dedán:
¡Huyan, vuélvanse atrás!
¡Escóndanse en lo más profundo de la tierra!
Yo provocaré un desastre sobre Esaú,
pues le llegó la hora del castigo.
Si los vendimiadores llegaran a ti,
¿no te dejarían algunos racimos?
Si de noche te llegaran ladrones,
¿no se llevarían solo lo que pudieran?
Pero yo despojaré por completo a Esaú;
descubriré sus escondites, y no podrá ocultarse.
Sus hijos, parientes y vecinos,
serán destruidos y dejarán de existir.
¡Abandona a tus huérfanos,
que yo les protegeré la vida!
¡Tus viudas pueden confiar en mí!»

Así dice el SEÑOR: «Los que no estaban condenados a beber la copa de castigo, la bebieron. ¿Y acaso tú vas a quedarte sin castigo? ¡De ninguna manera quedarás impune, sino que también beberás de esa copa! Juro por mí mismo —afirma el SEÑOR—, que Bosra se convertirá en objeto de maldición, y en horror, oprobio y desolación. Para siempre quedarán en ruinas todas sus ciudades».

He oído un mensaje del SEÑOR.
Un heraldo lo anuncia entre las naciones:
«¡Reúnanse, ataquen a la ciudad!
¡Prepárense para la guerra!»

«Te haré pequeño entre las naciones,
 menospreciado entre los hombres.
 Tú, que habitas en las hendiduras de las rocas;
 tú, que ocupas las alturas de los montes:
 fuiste engañado por el terror que infundías
 y por el orgullo de tu corazón.
 Aunque pongas tu nido tan alto como el del águila,
 desde allí te haré caer
 —afirma el SEÑOR—.

Tan espantosa será la caída de Edom,
 que todo el que pase junto a la ciudad
 quedará pasmado al ver todas sus heridas.
 Será como en la destrucción de Sodoma y Gomorra
 y de sus ciudades vecinas;
 nadie volverá a vivir allí,
 ni la habitará ningún ser humano
 —afirma el SEÑOR—.

»Como león que sale de los matorrales del Jordán
 hacia praderas de verdes pastos,
 en un instante espantaré de su tierra a los de Edom,
 y sobre ellos nombraré a mi elegido.
 Porque, ¿quién como yo?
 ¿Quién me puede desafiar?
 ¿Qué pastor se me puede oponer?»

Por eso, escuchen el plan que el SEÑOR
 ha diseñado contra Edom;
 escuchen lo que tiene proyectado
 contra los habitantes de Temán:
 Serán arrastrados
 los más pequeños del rebaño;
 por causa de ellos
 sus praderas quedarán asoladas.
 Tiembla la tierra
 por el estruendo de su caída;
 hasta en el Mar Rojo
 resuenan sus gritos.
 Remonta vuelo el enemigo,
 se desliza como un águila,
 extiende sus alas sobre Bosra.
 En aquel día se angustiarán los valientes de Edom,
 como se angustia una mujer de parto.

3

Mensaje acerca de Damasco:

«Jamat y Arfad están desconcertadas,

pues ya saben de la mala noticia.
 Naufragan en el mar de la angustia,
 y no pueden calmarse.
 Damasco desfallece;
 trató de huir, pero la dominó el pánico.
 Se halla presa de la angustia y el dolor,
 como si estuviera de parto.
 ¿Por qué no ha sido abandonada
 la ciudad famosa, la que era mi delicia?
 En aquel día sus jóvenes
 quedarán tendidos en las calles;
 ¡perecerán todos sus soldados!
 —afirma el SEÑOR Todopoderoso—.
 Prenderé fuego al muro de Damasco,
 y los palacios de Ben Adad serán consumidos».

3

Así dice el SEÑOR acerca de Cedar y de los reinos de Jazor que fueron atacados por Nabucodonosor, rey de Babilonia:

«¡Vamos, ataquen a Cedar!
 ¡Destruyan a esa gente del oriente!
 Sus carpas y rebaños les serán arrebatados,
 se llevarán sus toldos, bienes y camellos.
 La gente les gritará:
 “¡Cunde el terror por todas partes!”

»¡Huyan, habitantes de Jazor!
 Escapen ya, escóndanse
 en lo más profundo de la tierra
 —afirma el SEÑOR—.
 Nabucodonosor, rey de Babilonia,
 maquina planes contra ustedes;
contra ustedes ha diseñado un plan.

»¡Vamos, ataquen a esta nación indolente
 que vive del todo confiada,
 nación que no tiene puertas ni cerrojos,
 y que vive muy aislada!
 —afirma el SEÑOR—.
 Sus camellos serán el botín,
 y su numeroso ganado, el despojo.
 Dispersaré a los cuatro vientos
 a los que se rapan las sienes;
 de todas partes les traeré su ruina
 —afirma el SEÑOR—.
 Jazor se convertirá en una guarida de chacales,
 en un lugar desolado para siempre.

Ningún ser humano vivirá allí,
nadie habitará en ese lugar».

3

La palabra del SEÑOR acerca de Elam vino al profeta Jeremías al comienzo del reinado de Sedequías, rey de Judá.

Así dice el SEÑOR Todopoderoso:

«Voy a quebrar el arco de Elam;
voy a acabar con lo mejor de su poderío.
Voy a desatar contra Elam los cuatro vientos
desde los cuatro confines de la tierra.
Los voy a esparcir por los cuatro vientos,
y no quedará nación alguna
adonde no lleguen sus desterrados.
Aterrará a Elam frente a sus enemigos,
frente a los que atentan contra su vida;
desataré mi ardiente ira,
y traeré sobre ellos calamidad
—afirma el SEÑOR—.
Haré que la espada los persiga
hasta que los haya exterminado.
Estableceré mi trono en Elam,
y destruiré a su rey y a sus oficiales
—afirma el SEÑOR—.

»Pero en los días venideros
cambiaré la suerte de Elam»,
afirma el SEÑOR.

3

La palabra del SEÑOR acerca de los babilonios y de su país vino al profeta Jeremías:

«¡Anuncien y proclamen entre las naciones!
¡Proclámenlo, levanten un estandarte!
No oculten nada, sino digan:
“¡Babilonia será conquistada!
¡Bel quedará en vergüenza!
¡Marduc quedará aterrado!
¡Sus imágenes quedan humilladas,
y aterrados sus ídolos!”
Porque la ataca una nación del norte,
que dejará desolada a su tierra.
Hombres y animales saldrán huyendo,
y no habrá nadie que la habite.

»En aquellos días, en aquel tiempo,

la gente de Israel y de Judá
irá llorando en busca del SEÑOR, su Dios
—afirma el SEÑOR—.

Preguntarán por el camino de Sión,
y hacia allá se encaminarán.

Vendrán y se aferrarán al SEÑOR
en un pacto eterno, que ya no olvidarán.

»Mi pueblo ha sido como un rebaño perdido;
sus pastores lo han descarriado,
lo han hecho vagar por las montañas.

Ha ido de colina en colina,
y se ha olvidado de su redil.

Todos los que lo encuentran, lo devoran;
“No somos culpables —decían sus enemigos—,
porque ellos pecaron contra el SEÑOR;
¡él es morada de justicia,
esperanza de sus antepasados!”

»¡Huyan de Babilonia;
abandonen ese país!

Sean como los machos cabríos
que guían a las ovejas.

Porque yo movilizo contra Babilonia,
una alianza de grandes naciones del norte.

Se alistarán contra ella,
y desde el norte será conquistada.

Sus flechas son como expertos guerreros
que no vuelven con las manos vacías.

Babilonia será saqueada,
y todos sus saqueadores se saciarán

—afirma el SEÑOR—.

»¡Ustedes, que saquean mi heredad,
alégrense y regocíjense!

¡Salten como terneros en la pradera,
relinchen como sementales!

Pero la patria de ustedes
quedará humillada;
la que les dio la vida quedará en vergüenza.

Será la última de las naciones;
se convertirá en sequedal, desierto y estepa.

Por el enojo del SEÑOR
no será habitada,
sino que quedará en desolación.

Todo el que pase por Babilonia
quedará pasmado al ver todas sus heridas.

»¡Tomen posiciones alrededor de Babilonia,

todos los que tensan el arco!
 ¡Dispárenle, no escatimen flechas,
 porque ha pecado contra el SEÑOR!
 Griten en torno de ella:
 ¡Babilonia se rinde!
 ¡Cayeron sus torres,
 se derrumbaron sus muros!
 ¡Esta es la venganza del SEÑOR!
 ¡Vénguese de ella!
 ¡Páguenle con la misma moneda!
 Exterminen al que siembra en Babilonia,
 y al que maneja la hoz en la cosecha.
 Ante la espada del opresor,
 cada uno retorna a su pueblo,
 cada cual huye a su país.

»Israel es como un rebaño descarriado,
 acosado por los leones.
 Primero lo devoró el rey de Asiria,
 y luego Nabucodonosor, rey de Babilonia,
 le quebró todos los huesos».

Por eso, así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel:

«Castigaré al rey de Babilonia y a su país
 como castigué al rey de Asiria.
 Haré que Israel vuelva a su prado
 y que se alimente en el Carmelo y en Basán.
 Su apetito quedará saciado
 en las montañas de Efraín y Galaad.
 En aquellos días se buscará la iniquidad de Israel,
 pero ya no se encontrará.
 En aquel tiempo se buscarán los pecados de Judá,
 pero ya no se hallarán,
 porque yo perdonaré a los que deje con vida
 —afirma el SEÑOR—.

»¡Ataca el país de Meratayin
 y a los que viven en Pecod!
 ¡Mátalos, destrúyelos por completo!
 ¡Cumple con todas mis órdenes!
 —afirma el SEÑOR—.

¡En el país hay estruendo de guerra
 y de impresionante destrucción!
 ¡Cómo ha sido quebrado y derribado
 el martillo de toda la tierra!
 ¡Babilonia ha quedado desolada
 en medio de las naciones!
 Te tendí una trampa, y en ella caíste

antes de que te dieras cuenta.
 Fuiste sorprendida y apresada,
 porque te opusiste al SEÑOR.
 El SEÑOR ha abierto su arsenal,
 y ha sacado las armas de su ira;
 el SEÑOR omnipotente, el Todopoderoso,
 tiene una tarea que cumplir
 en el país de los babilonios.
 ¡Atáquenla desde los confines de la tierra!
 ¡Abran sus graneros!
 ¡Amontónenla como a las gavillas!
 ¡Destrúyanla por completo!
 ¡Que no quede nada de ella!
 ¡Maten a todos sus novillos!
 ¡Llévenlos al matadero!
 ¡Ay de ellos, pues les ha llegado el día,
 el día de su castigo!
 Se oye la voz de los fugitivos,
 de los que escaparon de Babilonia;
 vienen a anunciar en Sión
 la venganza del SEÑOR, nuestro Dios,
 la venganza por su templo.

»Recluten contra Babilonia a los arqueros,
 a todos los que tensan el arco;
 acampen a su alrededor,
 y que no escape ninguno.
 Retribúyanle según sus obras,
 páguenle con la misma moneda.
 Porque ella ha desafiado al SEÑOR,
 al Santo de Israel.
 Por eso en aquel día
 caerán sus jóvenes en las calles
 y perecerán todos sus soldados
 —afirma el SEÑOR—.

»Estoy contra ti, nación arrogante
 —afirma el Señor, el SEÑOR Todopoderoso—;
 al fin ha llegado el día,
 el día de tu castigo.
 El arrogante tropezará y caerá,
 y no habrá quien lo ayude a levantarse.
 Prenderé fuego a todas sus ciudades,
 fuego que consumirá cuanto le rodea».

Así dice el SEÑOR Todopoderoso:

«Israel y Judá son pueblos oprimidos;
 sus enemigos los tienen apresados,

no los dejan en libertad.
 Pero su redentor es fuerte,
 su nombre es el SEÑOR Todopoderoso.
 Con vigor defenderá su causa;
 traerá la paz a la tierra,
pero a Babilonia, el terror.

»¡Muerte a los babilonios!
 ¡Muerte a sus jefes y sabios!
 —afirma el SEÑOR—.
 ¡Muerte a sus falsos profetas!
 ¡Que pierdan la razón!
 ¡Muerte a sus guerreros!
 ¡Que queden aterrorizados!
 ¡Muerte a sus caballos y carros!
 ¡Muerte a todos sus mercenarios!
 ¡Que se vuelvan como mujeres!
 ¡Muerte a sus tesoros!
 ¡Que sean saqueados!
 ¡Muerte a sus aguas!
 ¡Que queden secas!
 Porque Babilonia es un país de ídolos,
de ídolos terribles que provocan la locura.

»Por eso las fieras del desierto
 vivirán allí con las hienas;
 también los avestruces harán allí su morada.
 Nunca más volverá a ser habitada;
 quedará despoblada para siempre.
 Será como cuando Dios destruyó a Sodoma y Gomorra,
 y a sus ciudades vecinas;
 allí nadie volverá a vivir,
 ni la habitará ningún ser humano
 —afirma el SEÑOR—.

»Del norte viene un ejército;
 desde los confines de la tierra
 se preparan una gran nación y muchos reyes.
 Vienen armados con arcos y lanzas;
 son crueles y desalmados.
 Vienen montados a caballo;
 su estruendo es como el bramido del mar.
 Contra ti, bella Babilonia, contra ti
 marchan en formación de combate,
 alineados como un solo hombre.
 El rey de Babilonia ha escuchado la noticia,
 y sus brazos flaquean;
 de él se apodera la angustia

y le vienen dolores de parto.
 Como león que sale de los matorrales del Jordán
 hacia praderas de verdes pastos,
 en un instante espantaré de su tierra a los de Babilonia,
 y sobre ellos nombraré a mi elegido.
 Porque, ¿quién como yo?
 ¿Quién me puede desafiar?
 ¿Qué pastor se me puede oponer?»
 Por eso, escuchen el plan que el SEÑOR
 ha diseñado contra Babilonia,
 escuchen lo que tiene proyectado
 en contra del país de los babilonios:
 Serán arrastrados
 los más pequeños del rebaño;
 por causa de ellos,
 sus praderas quedarán asoladas.
 Tiembla la tierra
 por la estruendosa caída de Babilonia;
 resuenan sus gritos
 en medio de las naciones.

Así dice el SEÑOR:

«Voy a levantar un viento destructor
 contra Babilonia y la gente de Leb Camay.
 Enviaré contra Babilonia
 gente que la lance por los aires,
 que la aviente como se avienta el trigo,
 hasta dejarla vacía.
 En el día de su calamidad
 la atacarán por todas partes.
 Que no tense el arquero su arco,
 ni se vista la coraza.
 No perdonen a sus jóvenes;
 destruyan a su ejército por completo.
 Caerán muertos en el país de los babilonios;
 serán traspasados en las calles.
 Aunque Israel y Judá están llenos de culpa
 delante del Santo de Israel,
 no han sido abandonados por su Dios,
 el SEÑOR Todopoderoso.

»¡Huyan de Babilonia!
 ¡Sálvese quien pueda!
 No perezcan por causa de su iniquidad.
 Porque ha llegado la hora
 de que el SEÑOR tome venganza;
 ¡él le dará su merecido!

En la mano del SEÑOR
 Babilonia era una copa de oro
 que embriagaba a toda la tierra.
 Las naciones bebieron de su vino
 y se enloquecieron.
 Pero de pronto Babilonia cayó hecha pedazos.
 ¡Giman por ella!
 Traigan bálsamo para su dolor;
 tal vez pueda ser curada.

»“Quisimos curar a Babilonia,
 pero no pudo ser sanada;
 abandonémosla, y regrese cada uno a su país,
 porque llega su condena hasta los cielos;
 ¡se eleva hasta las nubes!”

»“¡El SEÑOR nos ha vindicado!
 Vengan, que en Sión daremos a conocer
 lo que ha hecho el SEÑOR, nuestro Dios”.

»¡Afilen las flechas!
 ¡Ármense con escudos!
 El SEÑOR ha despertado el espíritu
 de los reyes de Media
 para destruir a Babilonia.
 Esta es la venganza del SEÑOR,
 la venganza por su templo.
 ¡Levanten el estandarte
 contra los muros de Babilonia!
 ¡Refuercen la guardia!
 ¡Pongan centinelas!
 ¡Preparen la emboscada!
 El SEÑOR cumplirá su propósito;
 cumplirá su decreto contra los babilonios.
 Tú, que habitas junto a muchas aguas
 y eres rica en tesoros,
 has llegado a tu fin,
 al final de tu existencia.
 El SEÑOR Todopoderoso ha jurado por sí mismo:
 “Te llenaré de enemigos, como de langostas,
 y sobre ti lanzarán gritos de victoria”.

»Con su poder hizo el SEÑOR la tierra;
 con su sabiduría afirmó el mundo;
 con su inteligencia extendió los cielos.
 Ante su trueno, braman las lluvias en el cielo,
 y desde los confines de la tierra
 hace que suban las nubes;
 entre relámpagos desata la lluvia,

y saca de sus depósitos el viento.

»Todo hombre es necio e ignorante;
todo orfebre se avergüenza de sus ídolos.

Sus ídolos son una mentira;
no tienen aliento de vida.

Son absurdos, objetos de burla;
en el tiempo del juicio serán destruidos.

La porción de Jacob no es como aquellos;
su Dios es el creador de todas las cosas.

Su nombre es el SEÑOR Todopoderoso;

Israel es la tribu de su heredad.

»Tú eres mi mazo, mi arma de guerra;
contigo destrozo naciones y reinos.

Contigo destrozo jinetes y caballos;
contigo destrozo aurigas y carros de guerra.

Contigo destrozo hombres y mujeres;
contigo destrozo jóvenes y ancianos,
contigo destrozo jóvenes y doncellas.

Contigo destrozo pastores y rebaños;
contigo destrozo labradores y yuntas,
contigo destrozo jefes y gobernantes.

»Pero en presencia de ustedes les daré su merecido a Babilonia y a todos sus habitantes por todo el mal que han hecho en Sión —afirma el SEÑOR—.

»Estoy en contra tuya, monte del exterminio,
que destruyes toda la tierra
—afirma el SEÑOR—.

Extenderé mi mano contra ti;
te haré rodar desde los peñascos
y te convertiré en monte quemado.

No volverán a tomar de ti piedra angular,
ni piedra de cimiento,
porque para siempre quedarás desolada
—afirma el SEÑOR—.

»¡Levanten la bandera en el país!

¡Toquen la trompeta entre las naciones!

¡Convoquen contra ella

a los reinos de Ararat, Mini y Asquenaz!

¡Pongan al frente un general!

¡Que avancen los caballos cual plaga de langostas!

¡Convoquen contra ella a las naciones,

a los reyes de Media,

y a sus gobernadores y oficiales!

¡Convoquen a todo su imperio!

La tierra tiembla y se sacude;
se cumplen los planes de Dios contra Babilonia,

al convertirla en un desierto desolado
 donde nadie ha de habitar.
 Dejaron de combatir los guerreros de Babilonia;
 se escondieron en las fortalezas.
 Sus fuerzas se agotaron;
 se volvieron como mujeres.
 Sus moradas fueron incendiadas
 y destrozados sus cerrojos.
 Corre un emisario tras el otro;
 un mensajero sigue a otro mensajero,
 para anunciarle al rey de Babilonia
 que toda la ciudad ha sido conquistada.
 Los vados han sido ocupados,
 e incendiados los esteros;
 llenos de pánico quedaron los guerreros».

Porque así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel:

«La bella Babilonia es como una era
 en el momento de la trilla;
 ¡ya le llega el tiempo de la cosecha!»

«Nabucodonosor, el rey de Babilonia,
 me devoró, me confundió;
 me dejó como un plato vacío.
 Me tragó como un monstruo marino,
 con mis delicias se ha llenado el estómago
 para luego vomitarme.
 Dice Jerusalén:
 “¡Que recaiga sobre Babilonia
 la violencia que me hizo!”
 Dice la moradora de Sión:
 “¡Que mi sangre se derrame
 sobre los babilonios!”»

Por eso, así dice el SEÑOR:

«Voy a defender tu causa,
 y llevaré a cabo tu venganza;
 voy a secar el agua de su mar,
 y dejaré secos sus manantiales.
 Babilonia se convertirá en un montón de ruinas,
 en guarida de chacales,
 en objeto de horror y de burla,
 en un lugar sin habitantes.
 Juntos rugen como leones;
 gruñen como cachorros de león.
 Cuando entren en calor, les serviré bebida;
 los embriagaré para que se diviertan.
 Así dormirán un sueño eterno

del que ya no despertarán

—afirma el SEÑOR—.

Voy a llevarlos al matadero,

como si fueran corderos;

como carneros y chivos.

»¡Cómo ha sido capturada Sesac!

¡Cómo ha sido conquistado

el orgullo de toda la tierra!

Babilonia se ha convertido

en un horror para las naciones.

El mar ha subido contra Babilonia;

agitadas olas la han cubierto.

Desoladas han quedado sus ciudades:

como un seqedal, como un desierto.

Nadie habita allí;

nadie pasa por ese lugar.

Voy a castigar al dios Bel en Babilonia;

haré que vomite lo que se ha tragado.

Ya no acudirán a él las naciones,

ni quedará en pie el muro de Babilonia.

»¡Huye de ella, pueblo mío!

¡Sálvese quien pueda de mi ardiente ira!

No desfallezcan, no se acobarden

por los rumores que corren por el país.

Año tras año surgen nuevos rumores;

cunde la violencia en el país,

y un gobernante se levanta contra otro.

Se acercan ya los días

en que castigaré a los ídolos de Babilonia.

Toda su tierra será avergonzada;

caerán sus víctimas en medio de ella.

Entonces el cielo y la tierra,

y todo lo que hay en ellos,

lanzarán gritos de júbilo contra Babilonia,

porque del norte vendrán sus destructores

—afirma el SEÑOR—.

»Babilonia tiene que caer

por las víctimas de Israel,

así como en toda la tierra

cayeron las víctimas de Babilonia.

Ustedes, los que escaparon de la espada,

huyan sin demora.

Invocuen al SEÑOR en tierras lejanas,

y no dejen de pensar en Jerusalén».

«Sentimos vergüenza por los insultos;

estamos cubiertos de deshonra,
 porque han penetrado extranjeros
 en el santuario del SEÑOR».

«Por eso, vienen días
 en que castigaré a sus ídolos;
 a lo largo de todo el país
 gemirán sus heridos
 —afirma el SEÑOR—.

Aunque Babilonia suba hasta los cielos,
 y en lo alto fortifique sus baluartes,
 yo enviaré destructores contra ella
 —afirma el SEÑOR—.

»Se oyen clamores por la gran destrucción
 del país de Babilonia.

El SEÑOR la destruye por completo;
 pone fin a su bullicio.

Rugen sus enemigos como olas agitadas;
 resuena el estruendo de su voz.

Llega contra Babilonia el destructor;
 sus guerreros serán capturados,
 y sus arcos serán hechos pedazos.

Porque el SEÑOR es un Dios
 que a cada cual le da su merecido.

Voy a embriagar a sus jefes y a sus sabios;
 a sus gobernadores, oficiales y guerreros;
 y dormirán un sueño eterno,
 del que no despertarán»,

afirma el Rey,
 cuyo nombre es el SEÑOR Todopoderoso.

Así dice el SEÑOR Todopoderoso:

«Los anchos muros de Babilonia
 serán derribados por completo;
 sus imponentes puertas serán incendiadas.

Los pueblos se agotan en vano,
 y las naciones se fatigan
 por lo que se desvanece como el humo».

2

Este es el mandato que el profeta Jeremías dio a Seraías, hijo de Nerías y nieto de Maseías, cuando fue a Babilonia con Sedequías, rey de Judá, durante el año cuarto de su reinado. Seraías era el jefe de este viaje. Jeremías había descrito en un rollo todas las calamidades que le sobrevendrían a Babilonia, es decir, todo lo concerniente a ella. Jeremías le dijo a Seraías: «En cuanto llegues a Babilonia, asegúrate de leerles todas estas palabras. Luego diles: “SEÑOR, tú has dicho que vas a destruir este lugar, y que lo convertirás en una desolación perpetua, hasta que no quede en él un solo habitante, ni hombre ni animal”. Cuando termines de

leer el rollo, átele una piedra y arrójalo al Éufrates. Luego diles: “Así se hundirá Babilonia, y nunca más se levantará del desastre que voy a traer sobre ella”».

Aquí concluyen las palabras de Jeremías.

4

Sedequías tenía veintiún años cuando ascendió al trono, y reinó en Jerusalén once años. Su madre se llamaba Jamutal hija de Jeremías, oriunda de Libná. Al igual que Joacim, Sedequías hizo lo que ofende al SEÑOR, a tal grado que el SEÑOR, en su ira, echó a Jerusalén y a Judá de su presencia. Todo esto sucedió en Jerusalén y en Judá.

Sedequías se rebeló contra el rey de Babilonia. En el año noveno del reinado de Sedequías, a los diez días del mes décimo, Nabucodonosor, rey de Babilonia, marchó con todo su ejército y atacó a Jerusalén. Acampó frente a la ciudad y construyó una rampa de asalto a su alrededor. La ciudad estuvo sitiada hasta el año undécimo del reinado de Sedequías.

A los nueve días del mes cuarto, cuando el hambre se agravó en la ciudad y no había más alimento para el pueblo, se abrió una brecha en el muro de la ciudad, de modo que, aunque los babilonios la tenían cercada, todo el ejército se escapó. Salieron de noche, por la puerta que estaba entre los dos muros, junto al jardín real. Huyeron camino al Arabá, pero el ejército babilonio persiguió al rey Sedequías hasta alcanzarlo en la llanura de Jericó. Sus soldados se dispersaron, abandonándolo, y los babilonios lo capturaron. Entonces lo llevaron ante el rey de Babilonia, que estaba en Riblá, en el territorio de Jamat. Allí Nabucodonosor dictó sentencia contra Sedequías, y ante sus propios ojos hizo degollar a sus hijos, lo mismo que a todos los nobles de Judá. Luego mandó que a Sedequías le sacaran los ojos y que le pusieran cadenas de bronce para llevarlo a Babilonia, donde permaneció preso hasta el día en que murió.

A los diez días del mes quinto del año diecinueve del reinado de Nabucodonosor, rey de Babilonia, su servidor Nabuzaradán, que era comandante de la guardia, fue a Jerusalén y le prendió fuego al templo del SEÑOR, al palacio real y a todas las casas de Jerusalén, incluso a todos los edificios importantes. Entonces el ejército de los babilonios bajo su mando derribó todas las murallas que rodeaban la ciudad. Nabuzaradán además deportó a la gente que quedaba en la ciudad, es decir, al resto de los artesanos y a los que se habían aliado con el rey de Babilonia. Sin embargo, dejó a algunos de los más pobres para que se encargaran de los viñedos y de los campos.

Los babilonios quebraron las columnas de bronce, las bases y la fuente de bronce que estaban en el templo del SEÑOR, y se llevaron todo el bronce a Babilonia. También se llevaron las ollas, las tenazas, las despabiladeras, los tazones, la vajilla y todos los utensilios de bronce que se usaban para el culto. Además, el comandante de la guardia se apoderó de las palanganas, los incensarios, los aspersorios, las ollas, los candelabros, los platos y fuentes para las libaciones, todo lo cual era de oro y de plata.

El bronce de las dos columnas, de la fuente, de los doce toros que estaban debajo de la fuente, y de las bases, que el rey Salomón había hecho para el templo del SEÑOR, era tanto que no se podía pesar. Cada columna medía ocho metros de altura y cinco y medio de circunferencia; su espesor era de ocho centímetros, y era hueca por dentro. El capitel de bronce que estaba encima de cada colum-

na medía dos metros de altura y estaba decorado alrededor con una red y con granadas de bronce. Las dos columnas tenían el mismo adorno. De cada columna pendían noventa y seis granadas, y las granadas que estaban alrededor de la red eran cien en total.

El comandante de la guardia tomó presos a Seraías, sacerdote principal, a Sofonías, sacerdote de segundo rango, y a los tres porteros. De los que quedaban en la ciudad, apresó al oficial encargado de las tropas, a siete de los servidores personales del rey, al cronista principal del ejército, encargado de reclutar soldados de entre el pueblo, y a sesenta ciudadanos que todavía estaban dentro de la ciudad. Después de apresarlos, Nabuzaradán, comandante de la guardia, se los llevó al rey de Babilonia, que estaba en Riblá. Allí, en el territorio de Jamat, el rey los hizo ejecutar.

Así Judá fue desterrado y llevado cautivo. Este es el número de personas desterradas por Nabucodonosor:

en el año séptimo de su reinado, tres mil veintitrés judíos;

en el año dieciocho de su reinado, ochocientas treinta y dos personas de Jerusalén;

en el año veintitrés de su reinado, Nabuzaradán, el capitán de la guardia real, desterró a setecientos cuarenta y cinco judíos.

En total fueron desterradas cuatro mil seiscientas personas.

En el día veintisiete del mes duodécimo del año treinta y siete del exilio de Joaquín, rey de Judá, Evil Merodac, rey de Babilonia, en el año primero de su reinado, indultó a Joaquín y lo sacó de la cárcel. Lo trató amablemente y le dio una posición más alta que la de los otros reyes que estaban con él en Babilonia. Joaquín dejó su ropa de prisionero, y por el resto de su vida comió a la mesa del rey. Además, durante toda su vida y hasta el día de su muerte, Joaquín gozó de una pensión diaria que le proveía el rey de Babilonia.